



PERCY JACKSON Y LA VARA DE HERMES

& OTRAS HISTORIAS
DE SEMIDIOSES



RICK RIORDAN

Lectulandia

**Rick Riordan une los mundos de Percy Jackson y los Héroes del Olimpo.
Semidioses, el destino os espera.**

Se aproxima un futuro difícil: lucha contra monstruos, aventuras por todo el mundo y enfrentamientos con dioses griegos y romanos.

¿A qué peligros se enfrentan los semidioses fugitivos Luke y Thalia cuando se dirigen al Campamento Mestizo? ¿Percy y Annabeth podrán recuperar los objetos que ha robado un gigante que respira fuego? ¿Cómo se supone exactamente que Leo, Piper y Jason tienen que encontrar una mesa andante, esquivar un grupo de Maeands fiesteros (y quizás un poco psicóticos) y evitar una explosión masiva todo en menos de una hora?

Rick Riordan

Percy Jackson y la vara de Hermes

ePub r1.0

Titivillus 12.12.2020

Título original: *The Demigod Diaries*
Rick Riordan, 2012
Traducción: Ignacio Gómez Calvo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para la Escuela Winston de San Antonio,
un refugio para semidioses

Querido joven semidiós:

Tu destino te aguarda. Ahora que has descubierto quiénes son tus auténticos padres, debes prepararte para un difícil futuro: enfrentamientos contra monstruos, aventuras por el mundo y relaciones con temperamentales dioses griegos y romanos. No te envidio.

Espero que este libro te ayude en tus viajes. Tuve que pensármelo mucho antes de publicar estas historias, pues me fueron reveladas con la máxima confidencialidad. Sin embargo, tu supervivencia es lo primero, y este libro te permitirá hacerte una idea de cómo es el mundo de los semidioses; una información que con suerte te ayude a seguir con vida.

Empezaremos por *El diario de Luke Castellan*. A lo largo de los años, muchos lectores y campistas del Campamento Mestizo me han pedido que relate la historia de los primeros años de Luke y las aventuras que vivió con Thalia y Annabeth antes de llegar al campamento. Me he resistido a narrarla ya que ni a Annabeth ni a Thalia les gusta hablar de esa época. La única información de la que dispongo está escrita de puño y letra de Luke en el diario original que Quirón me dio. Sin embargo, creo que ha llegado la hora de contar un poquito de la historia de Luke. Puede que nos ayude a entender qué le pasó a un semidiós que tanto prometía. En ese pasaje descubrirás cómo Thalia y Luke llegaron a Richmond, Virginia, persiguiendo a una cabra mágica, que estuvieron a punto de morir en una casa de los horrores y cómo conocieron a una niña llamada Annabeth.

También he incluido un plano de la casa de Halcyon Green en Richmond. A pesar de los peligros descritos en el relato, la casa ha sido reconstruida, cosa que es muy inquietante. Si vas allí, ten cuidado. Es posible que todavía contenga tesoros, pero lo más seguro es que también contenga monstruos y trampas.

Nuestro segundo relato sin duda alguna me dará problemas con Hermes. *Percy Jackson y la vara de Hermes* describe un incidente vergonzoso para el dios de los viajeros, que él esperaba resolver discretamente con la ayuda de Percy y Annabeth. Cronológicamente, la historia tiene lugar entre *El último héroe del Olimpo* y *El héroe perdido*, cuando Percy y Annabeth acababan de

empezar a salir, antes de que él desapareciera. Es un buen ejemplo de cómo la rutina cotidiana de un semidiós puede verse interrumpida de un momento a otro por una crisis en el Monte Olimpo. ¡Aunque solo vayas de pícnic a Central Park, lleva siempre tu espada! Hermes me ha amenazado con retrasos en el correo, una conexión a internet pésima y un desastre en la bolsa si publico ese relato. Espero que solo sea un farol.

Después he incorporado una entrevista con George y Martha, las serpientes de Hermes, y unos retratos de semidioses importantes con los que puede que coincidas en tus misiones, entre ellos la primera imagen de Thalia Grace. No le gusta mucho que le hagan retratos, pero esta vez logramos convencerla.

A continuación, *Leo Valdez y la búsqueda de Buford* te permitirá acceder a la trastienda del Búnker 9 mientras Leo trata de construir su último barco volador, el *Argo II* (también conocido como «la máquina de guerra superachicharrante»). Descubrirás que pueden darse enfrentamientos con monstruos dentro de los límites del Campamento Mestizo. Esta vez Leo se mete en un lío con posibles efectos catastróficos y tiene que lidiar con juerguistas psicóticas, mesas andantes y materiales explosivos. Ni siquiera con la ayuda de Piper y Jason está claro si podrá sobrevivir.

También incluyo un plano del Búnker 9, aunque debes tener presente que solo es un boceto. Nadie, ni siquiera Leo, ha descubierto todos los pasadizos secretos, túneles y habitaciones escondidas del búnker. Solo podemos imaginar lo grande y complejo que es ese sitio en realidad.

Por último, la historia más peligrosa de todas: *El hijo de la magia*. El tema que trata es tan delicado que no he podido escribirlo yo. No había forma de que pudiera acercarme lo bastante al joven semidiós Alabaster para entrevistarle. Me habría identificado como un espía del Campamento Mestizo y es probable que hubiera acabado conmigo en el acto. Sin embargo, mi hijo Haley logró acceder a sus secretos. Haley, que ahora tiene dieciséis años, la edad de Percy Jackson, ha escrito *El hijo de la magia* especialmente para este libro, y tengo que decir que ha conseguido dar respuesta a algunas cuestiones que eran misterios, incluso para mí. ¿Quién controla la Niebla y cómo? ¿Por qué los monstruos pueden percibir a los semidioses? ¿Qué fue de los semidioses que lucharon en el ejército de Cronos durante la invasión de Manhattan? Todas esas preguntas son abordadas en *El hijo de la magia*. El relato arroja luz sobre una parte totalmente nueva y llena de peligros del mundo de Percy Jackson.

Espero que *Percy Jackson y la vara de Hermes. Y otras historias de semidioses* te ayuden a prepararte para tus aventuras. Como Annabeth dice, el conocimiento es un arma. Te deseo suerte, joven lector. Ten a mano tu armadura y tus armas. Estate alerta. ¡Y, recuerda, no estás solo!

Atentamente,



Rick Riordan
Escriba principal
Campamento Mestizo
Long Island, Nueva York

EL DIARIO
DE
LUKE CASTELLAN



Me llamo Luke.

Sinceramente, no sé si podré llevar este diario al día. Tengo una vida de locos. Pero le prometí al viejo que lo intentaría. Después de lo que ha pasado hoy... en fin, se lo debo.

Me tiemblan las manos mientras hago guardia aquí sentado. No puedo sacarme de la cabeza esas horribles imágenes. Tengo unas pocas horas hasta que se levanten las chicas. Tal vez si pongo la historia por escrito, consiga olvidarla.

Debería empezar por la cabra mágica.

Thalia y yo habíamos estado siguiendo a la cabra por toda Virginia durante tres días. No estaba seguro del motivo. A mí la cabra no me parecía nada del otro mundo, pero nunca había visto a Thalia tan inquieta. Estaba convencida de que la cabra era una especie de señal de su padre, Zeus.

Sí, su padre es un dios griego. El mío también. Somos semidioses. Si te parece chulo, piénsalo mejor. Los semidioses somos imanes para los monstruos. Todas esas criaturas asquerosas de la antigua Grecia como las furias y las harpías siguen vivas, y pueden percibir a los héroes como nosotros a kilómetros de distancia. Por ese motivo, Thalia y yo nos pasamos todo el tiempo huyendo. Nuestros superpoderosos padres no acostumbran a hablarnos, y menos aún a ayudarnos. ¿Por qué? Si intentara explicarlo, llenaría el diario, así que pasaré a otra cosa.

El caso es que esa cabra aparecía de vez en cuando, siempre a lo lejos. Cada vez que intentábamos alcanzarla, el animal se esfumaba y aparecía más lejos, como si quisiera llevarnos a alguna parte.

Yo la habría dejado en paz. Thalia no me explicaba por qué le parecía importante, pero llevábamos viajando juntos suficiente tiempo para que yo supiera fiarme de su juicio. De modo que seguíamos a la cabra.

Llegamos a Richmond muy de mañana. Cruzamos fatigosamente un estrecho puente que pasaba por encima de un lento río verde y dejamos atrás parques llenos de árboles y cementerios de la guerra de Secesión. A medida que nos acercábamos al centro de la ciudad, atravesamos barrios tranquilos de casas de ladrillo rojo apretujadas unas con otras, con porches con columnas blancas y pequeños jardines.

Me imaginaba a todas las familias normales que vivían en aquellas acogedoras casas. Me preguntaba cómo sería tener un hogar, saber de dónde saldría mi próxima comida y no tener que preocuparme por si me devoraban los monstruos a diario. Había escapado de casa cuando tenía solo nueve años, cinco largos años antes. Apenas me acordaba de lo que era dormir en una cama de verdad.

Después de andar otro kilómetro y medio, tenía los pies como si se me estuvieran derritiendo dentro de las zapatillas de deporte. Esperaba que encontrásemos un sitio para descansar y, con suerte, comiésemos algo. En cambio, encontramos a la cabra.

La calle que seguíamos se abría en un gran parque circular. Unas señoriales mansiones de ladrillo rojo daban a la rotonda. En medio del círculo, en lo alto de un pedestal de mármol blanco de seis metros, había un tío de bronce sentado a caballo. Al pie del monumento se hallaba la cabra pastando.

—¡Escóndete! —Thalia tiró de mí y me metió detrás de una hilera de rosales.

—Es solo una cabra —dije por millonésima vez—. ¿Por qué...?

—Es especial —insistió Thalia—. Es uno de los animales sagrados de mi padre. Se llama Amaltea.

Era la primera vez que mencionaba el nombre de la cabra. Me preguntaba por qué parecía tan nerviosa.

A Thalia le dan miedo pocas cosas. Solo tiene doce años, dos menos que yo, pero si la vieras andando por la calle, le dejarías vía libre. Lleva unas botas de piel negras, unos vaqueros negros y una cazadora de cuero raída con chapas de grupos de punk. Tiene el pelo moreno cortado de forma irregular como el de un animal salvaje. Sus ojos azul intenso te atraviesan como si estuviera pensando la mejor forma de machacarte.

Si algo le daba miedo, tenía que tomármelo en serio.

—Entonces, ¿has visto a esa cabra antes? —pregunté.

Ella asintió con la cabeza a regañadientes.

—En Los Ángeles, la noche que me escapé. Amaltea me llevó fuera de la ciudad. Y más adelante, la noche que tú y yo nos conocimos, me llevó hasta ti.

Miré fijamente a Thalia. Que yo supiera, nuestro encuentro había sido casual. Tropezamos literalmente el uno con el otro en la cueva de un dragón en las afueras de Charleston y nos aliamos para seguir vivos. Ella nunca había dicho nada de una cabra.

No le gustaba hablar de su antigua vida en Los Ángeles, y yo la respetaba demasiado para entrometerme. Sabía que su madre se había enamorado de Zeus y que, pasado un tiempo, él la dejó plantada, como suelen hacer los dioses. A su madre se le fue la olla y empezó a beber y a hacer cosas raras — no conozco los detalles— hasta que al final Thalia decidió huir. En otras palabras, su pasado se parecía mucho al mío.

Respiró entrecortadamente.

—Luke, cuando Amaltea aparece es que está a punto de pasar algo importante..., algo peligroso. Es como una advertencia de Zeus o una guía.

—¿Respecto a qué?

—No lo sé..., pero mira. —Señaló al otro lado de la calle—. Esta vez no desaparece. Debemos de estar cerca del sitio al que nos lleva.

Thalia estaba en lo cierto. La cabra se encontraba quieta a menos de cien metros de nosotros mordisqueando hierba con satisfacción al pie del monumento.

Yo no era ningún experto en animales de granja, pero ahora que estábamos más cerca, Amaltea me pareció algo rara. Tenía los cuernos enroscados de un carnero y las ubres hinchadas de una cabra hembra. Y su pelo gris desgredado... ¿brillaba? Como si fueran una nube de neón, parecía que llevaba pegadas al cuerpo briznas de luz que le daban un aspecto difuso y fantasmal.

Un par de coches dieron la vuelta a la rotonda, pero nadie dio señales de haber visto la cabra radiactiva. No me sorprendía. Hay una especie de camuflaje mágico que impide que los mortales vean el verdadero aspecto de los monstruos y los dioses. Thalia y yo no sabíamos cómo se llamaba esa fuerza ni cómo funcionaba, pero era bastante potente. Los mortales podían ver la cabra como un simple perro callejero o no verla en absoluto.

Thalia me agarró la muñeca.

—Vamos. Intentemos hablar con ella.

—Primero nos escondemos de la cabra —dije—. ¿Y ahora quieres hablar con ella?

Me sacó a rastras de los rosales y tiró de mí hasta el otro lado de la calle. Yo no protesté. Cuando a Thalia se le mete algo en la cabeza, no te queda más remedio que pasar por el aro. Siempre se sale con la suya.

Además, no podía dejar que se fuera sin mí. Me ha salvado la vida una docena de veces. Es mi única amiga. Antes de conocerla, había viajado sin compañía durante años, solo y triste. De vez en cuando me hacía amigo de algún mortal, pero cuando les contaba la verdad sobre mí, no lo entendían. Les confesaba que era hijo de Hermes, el mensajero inmortal con sandalias aladas. Les explicaba que los monstruos y los dioses griegos existen y que están más vivos que nunca en el mundo moderno. Y mis amigos mortales decían: «¡Hala, cómo mola! ¡Ojalá yo fuera un semidiós!». Como si fuera un juego. Siempre acababa marchándome.

Pero Thalia lo entendía. Era como yo. Ahora que la había encontrado, estaba decidido a seguir con ella. Si quería perseguir a una cabra mágica brillante, eso haríamos, aunque me diera mala espina.

Nos acercamos a la estatua. La cabra no se fijó en nosotros. Masticó un poco de hierba y a continuación embistió con los cuernos contra la base del monumento, que tenía una placa de bronce que rezaba: «Robert E. Lee». Yo no sabía mucho de historia, pero estaba bastante seguro de que Lee era un general que había perdido una guerra. No me parecía un buen presagio.

Thalia se arrodilló al lado de la cabra.

—¿Amaltea?

El animal se volvió. Tenía unos tristes ojos color ámbar y un collar de bronce alrededor del pescuezo. Su cuerpo estaba envuelto en una luz blanca difusa, pero lo que me llamó la atención fueron sus ubres. Cada teta tenía escritas unas letras griegas como tatuajes. Yo sabía leer un poco de griego antiguo; supongo que era una especie de don natural de los semidioses. En las tetas ponía: «Néctar», «Leche», «Agua», «Pepsi», «Pulse aquí si quiere hielo» y «Mountain Dew Light». O a lo mejor yo leí mal. Eso esperaba.

Thalia miró a la cabra a los ojos.

—Amaltea, ¿qué quieres que haga? ¿Te envía mi padre?

El animal me miró. Parecía un poco molesta, como si yo me estuviera entrometiendo en una conversación privada.

Di un paso atrás resistiendo las ganas de coger mi arma. Ah, por cierto, mi arma era un palo de golf. Puedes reírte. Antes tenía una espada hecha de bronce celestial, que es letal para los monstruos, pero se derritió en ácido (una

larga historia). Ahora solo tenía un hierro nueve que llevaba a la espalda. No era un arma precisamente épica. Si a la cabra se le iba la pinza con nosotros, yo lo tendría bastante mal.

Me aclaré la garganta.

—Ejem, ¿estás segura de que esta cabra es de tu padre, Thalia?

—Es inmortal —contestó—. Cuando Zeus era un bebé, su madre Rea lo escondió en una cueva...

—¿Porque Cronos quería comérselo? —Había oído en alguna parte la historia del viejo rey de los titanes que engullía a sus propios hijos.

Thalia asintió con la cabeza.

—Así que esta cabra, Amaltea, vigilaba al bebé Zeus en su cuna y le daba de mamar.

—¿Mountain Dew Light? —pregunté.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?

—Lee las ubres —le mandé—. Esa cabra tiene cinco sabores distintos, además de un dispensador de hielo.

—Beee —dijo Amaltea.

Thalia acarició la cabeza de la cabra.

—Tranquila. Luke no quería insultarte. ¿Por qué nos has traído aquí, Amaltea? ¿Adónde quieres que vaya?

La cabra embistió con la cabeza contra el monumento. Un ruido de metal chirriante sonó arriba. Alcé la vista y vi que el general Lee movía el brazo derecho.

Estuve a punto de esconderme detrás de la cabra. Thalia y yo habíamos luchado contra varias estatuas móviles en el pasado. Se llamaban autómatas y no daban más que problemas. No ardía en deseos de enfrentarme a Robert E. Lee con un hierro nueve.

Por fortuna, la estatua no atacó. Simplemente apuntó al otro lado de la calle.

Miré a mi amiga con nerviosismo.

—¿Qué quiere decir eso?

Thalia señaló con la cabeza adonde apuntaba el general.

Al otro lado de la rotonda había una mansión de ladrillo rojo cubierta de hiedra. A cada lado del edificio se veían enormes robles de los que caía musgo español. Las ventanas de la casa tenían las contraventanas cerradas y estaban a oscuras. Columnas blancas desconchadas flanqueaban el porche de la parte delantera. La puerta estaba pintada de negro carbón. Incluso aquella

radiante mañana soleada, el lugar tenía un aspecto lúgubre e inquietante, como una casa embrujada de *Lo que el viento se llevó*.

Noté la boca seca.

—¿La cabra quiere que vayamos allí?

—Beee. —El animal agachó la cabeza como si asintiera.

Thalia le acarició sus curvos cuernos.

—Gracias, Amaltea. Me... me fío de ti.

Yo no entendía por qué decía eso, considerando lo asustada que parecía.

La cabra me inquietaba, y no solo porque expendiese productos de Pepsi. Algo daba vueltas en lo más profundo de mi mente. Me parecía haber oído otra historia sobre la cabra de Zeus, algo sobre su pelo brillante...

De repente la niebla se volvió más densa y se elevó alrededor de Amaltea. Un nubarrón en miniatura se la tragó. La nube relampagueó. Cuando la niebla se disolvió, la cabra había desaparecido.

Ni siquiera había podido probar el dispensador de hielo.

Miré la casa ruínosa al otro lado de la calle. Los árboles musgosos situados a cada lado de la mansión parecían garras esperando para atraparnos.

—¿Estás segura? —pregunté a Thalia.

Ella se volvió hacia mí.

—Amaltea me lleva a cosas buenas. La última vez que apareció me llevó hasta ti.

El cumplido me hizo entrar en calor como una taza de chocolate caliente. Así de pringado soy. Thalia puede lanzarme una mirada, dedicarme una palabra amable y conseguir que haga prácticamente cualquier cosa. Pero no pude evitar preguntarme si en Charleston la cabra la había llevado hasta mí o si simplemente la había llevado a la cueva del dragón.

Espiré.

—Está bien. Mansión malrollera, allá vamos.

La aldaba de latón tenía la forma de la cara de Medusa, y eso no era buena señal. Las tablas del suelo del porche crujían bajo nuestros pies y las contraventanas se estaban cayendo a pedazos, pero el cristal estaba sucio y cubierto con unas cortinas oscuras por el otro lado, de modo que no podíamos ver el interior.

Thalia llamó.

No hubo respuesta.

Meneó el pomo, pero la puerta parecía cerrada con llave. Yo confiaba en que decidiera abandonar, pero me miró con expectación.

—¿Puedes hacer eso que sabes hacer?

Apreté los dientes.

—Detesto hacerlo.

Aunque no conozco a mi padre y tampoco tengo ganas de conocerlo, poseo algunas de sus habilidades. Además de ser mensajero de los dioses, Hermes es el dios de los comerciantes —cosa que explica por qué se me da tan bien el dinero— y los viajeros, cosa que explica por qué ese capullo divino abandonó a mi madre y no volvió nunca. También es el dios de los ladrones. A lo largo de la historia ha robado cosas como las reses de Apolo, mujeres, buenas ideas, carteras, la cordura de mi madre y mi oportunidad de vivir una vida digna.

Perdón, ¿he parecido amargado?

En fin, gracias a los robos divinos de mi padre, tengo ciertas habilidades que no me gusta ir pregonando por ahí.

Puse la mano en la cerradura de la puerta. Me concentré mientras percibía las clavijas internas que controlaban el pestillo. Con un clic, el cerrojo se retiró. La cerradura del pomo fue todavía más fácil. Le di unos golpecitos, lo giré, y la puerta se abrió.

—Cómo mola —murmuró Thalia, aunque me había visto hacerlo un montón de veces.

La entrada desprendía un maléfico olor acre, como el aliento de un moribundo. Thalia la cruzó igualmente. A mí no me quedó más remedio que seguirla.

Dentro había un anticuado salón de baile. En lo alto brillaba una araña de luces con abalorios de bronce celestial —puntas de flecha, piezas de armadura y empuñaduras de espada rotas— que arrojaban un enfermizo lustre amarillo sobre el salón. Un pasillo conducía a la izquierda y otro a la derecha. Una escalera se enroscaba junto a la pared del fondo. Gruesas cortinas tapaban las ventanas.

La mansión podría haber sido imponente en el pasado, pero ahora estaba destrozada. El suelo de mármol a cuadros estaba manchado de barro y una sustancia seca incrustada que esperaba que fuera ketchup. En un rincón, se veía un sofá destripado. Varias sillas de caoba habían sido hechas astillas. Al pie de una escalera había un montón de latas, harapos y huesos; huesos de tamaño humano.

Thalia desenvainó el arma de su cinturón. El cilindro metálico parecía un bote de spray de defensa personal, pero cuando lo agitó, se alargó hasta que tuvo en la mano una lanza de tamaño normal con la punta de bronce celestial. Yo agarré mi palo de golf, que no era ni de lejos tan molón.

—A lo mejor esto no es tan buena... —empecé a decir.

La puerta se cerró de golpe detrás de nosotros.

Me lancé sobre el pomo y tiré. No hubo suerte. Pegué la mano a la cerradura e intenté abrirla a fuerza de voluntad. Esta vez no pasó nada.

—Es algún tipo de magia —dije—. Estamos atrapados.

Thalia corrió a la ventana más cercana. Trató de descorrer las cortinas, pero la gruesa tela negra se enroscó alrededor de sus manos.

—¡Luke! —gritó.

Las cortinas se licuaron y se convirtieron en telones de lodo aceitoso como gigantescas lenguas negras. Ascendieron por sus brazos y cubrieron su lanza. Sentí que el corazón iba a salirme por la garganta, pero arremetí contra las cortinas y las golpeé con mi palo de golf.

El lodo tembló y volvió a transformarse en tela el tiempo suficiente para que yo liberase a Thalia. Su lanza cayó al suelo con gran estruendo.

La aparté de un tirón mientras las cortinas se convertían de nuevo en fango y trataban de atraparla. Las cortinas de lodo azotaron el aire. Afortunadamente, parecían sujetas a las barras. Tras varios intentos fallidos más por alcanzarnos, el lodo se asentó y volvió a transformarse en cortinas.

Thalia temblaba entre mis brazos. Su lanza había caído cerca y echaba humo como si la hubieran mojado en ácido.

Ella levantó las manos. Le humeaban y tenían ampollas. Palideció como si estuviera entrando en *shock*.

—¡Espera! —La bajé al suelo y rebusqué en mi mochila—. Espera, Thalia. Ya lo tengo.

Finalmente encontré mi botella de néctar. La bebida de los dioses podía curar heridas, pero el envase estaba casi vacío. Vertí lo que quedaba en sus heridas y, de inmediato, el humo se disipó y las ampollas desaparecieron.

—Te pondrás bien —dije—. Descansa.

—No... no podemos... —Le temblaba la voz, pero logró levantarse. Echó un vistazo a las cortinas con una mezcla de miedo y asco—. Si todas las ventanas son como esa y la puerta está cerrada con llave...

—Encontraremos otra salida —prometí.

No me pareció el momento para recordarle que no estaríamos allí de no ser por aquella estúpida cabra.

Consideré nuestras opciones: una escalera que subía o dos pasillos oscuros. Miré por el pasillo de la izquierda entornando los ojos y distinguí un par de lucecillas rojas que brillaban cerca del suelo. ¿Podían ser lamparillas?

Entonces las luces se movieron. Se pusieron a subir y a bajar al mismo tiempo que se intensificaban y se aproximaban. Un gruñido me puso los pelos de punta.

Thalia emitió un sonido estrangulado.

—Ejem, Luke...

Señaló el otro pasillo. Otro par de brillantes ojos rojos nos miraban desde las sombras. De los dos pasillos venía un extraño y hueco clac, clac, clac, como si alguien tocara unas castañuelas de hueso.

—La escalera tiene buena pinta —dije.

Como en respuesta a mis palabras, una voz de hombre gritó por encima de nosotros:

—Sí, por aquí.

La voz estaba llena de tristeza, como si estuviera dando indicaciones para llegar a un funeral.

—¿Quién eres? —grité.

—Deprisa —gritó también la voz, aunque no parecía entusiasmada.

A mi derecha, la misma voz repitió:

—Deprisa. —Clac, clac, clac.

No daba crédito a mis oídos. La voz parecía venir de la criatura del pasillo: la criatura de brillantes ojos rojos. Pero ¿cómo una voz podía venir de dos sitios distintos?

Entonces la misma voz gritó desde el pasillo de la izquierda:

—Deprisa. —Clac, clac, clac.

Me he enfrentado a cosas espantosas —perros que escupían fuego, escorpiones de abismos, dragones, por no hablar de unas aceitosas cortinas negras que devoraban personas—, pero había algo en aquellas voces que resonaban a mi alrededor, en aquellos ojos brillantes que avanzaban por cada lado y en los extraños chasquidos que me hacían sentir como un ciervo rodeado de lobos. Cada músculo de mi cuerpo se tensó. Mi instinto me decía: «Corre».

Cogí la mano de Thalia y salí disparado hacia la escalera.

—Luke...

—¡Vamos!

—Si es otra trampa...

—¡No tenemos alternativa!

Subí por la escalera arrastrándola. Sabía que ella tenía razón. Podíamos estar buscándonos la muerte, pero también sabía que teníamos que escapar de las criaturas de abajo.

Me daba miedo mirar atrás, pero oía que aquellos extraños seres se acercaban gruñendo como lince y pateando el suelo de mármol con un sonido de cascos de caballo. ¿Qué Hades eran?

Una vez en lo alto de la escalera, enfilamos otro pasillo. Unos apliques de pared que parpadeaban tenuemente hacían que las puertas situadas a cada lado pareciesen bailar. Salté por encima de un montón de huesos y le di una patada sin querer a un cráneo humano.

Delante de nosotros, la voz de hombre gritó:

—¡Por aquí! —Parecía más apremiante que antes—. ¡La última puerta a la izquierda! ¡Deprisa!

Detrás de nosotros, las criaturas repitieron sus palabras:

—¡Izquierda! ¡Deprisa!

Tal vez esos seres misteriosos simplemente se dedicaban a imitar como los loros. O tal vez la voz de delante también era de un monstruo. Aun así, había algo en el tono del hombre que resultaba genuino. Parecía que estuviera solo y triste, como un rehén.

—Tenemos que ayudarle —anunció Thalia, como si me leyera el pensamiento.

—Sí —convine.

Avanzamos a toda velocidad. El estado de deterioro del pasillo aumentó: papel pintado que se despegaba como la corteza de un árbol, apliques hechos añicos... La alfombra estaba rota por todas partes y llena de huesos. De debajo de la última puerta a la izquierda salía luz.

Detrás de nosotros, el golpeteo de cascos aumentó de volumen.

Cuando llegamos a la puerta, me lancé contra ella, pero se abrió sola. Thalia y yo entramos en tromba y caímos de bruce en la alfombra.

La puerta se cerró de golpe.

Afuera, las criaturas gruñeron de decepción y rascaron las paredes.

—Hola —dijo la voz del hombre, esta vez mucho más cerca—. Lo siento mucho.

Me daba vueltas la cabeza. Creía que lo había oído a mi izquierda, pero cuando levanté la vista, estaba justo delante de nosotros.

Llevaba unas botas de piel de serpiente y un traje con motas verdes y marrones que podía estar hecho del mismo material. Era alto y delgado, con el

pelo gris de punta casi tan despeinado como el de Thalia. Parecía un Einstein muy envejecido, pálido y elegantemente vestido.

Tenía los hombros caídos. Sus tristes ojos verdes se hallaban acentuados por unas ojeras. Es posible que hubiera sido atractivo en el pasado, pero la piel de la cara le colgaba como si la tuviera medio desinflada.

Su habitación estaba distribuida como un estudio. A diferencia del resto de la casa, se encontraba en bastante buen estado. Contra la pared del fondo había una cama individual, una mesa con un ordenador y una ventana cubierta con unas cortinas como las de abajo. A lo largo de la pared derecha había una librería, una cocina pequeña y dos puertas: una de un cuarto de baño y otra de un armario grande.

—Ejem, Luke... —dijo Thalia.

Señaló a nuestra izquierda.

Poco faltó para que se me saliera el corazón de la caja torácica.

El lado izquierdo de la habitación tenía una hilera de barrotes como una celda. Dentro se hallaba expuesto el espécimen más espeluznante que había visto en mi vida. El suelo de grava estaba lleno de huesos y partes de armadura, y un monstruo con cuerpo de león y pelo rojo herrumbre se paseaba de un lado a otro. En lugar de garras, tenía cascos de caballo, y su cola se agitaba como un látigo. Su cabeza era una mezcla de caballo y lobo, con unas orejas puntiagudas, un hocico alargado y unos labios negros de apariencia inquietantemente humana.

El monstruo gruñó. Por un instante pensé que llevaba uno de esos protectores bucales que utilizan los boxeadores. En lugar de dientes, tenía dos huesos sólidos con forma de herradura, y cuando cerraba la boca, emitían el irritante clac, clac, clac que había oído abajo.

El monstruo, al que se le caían gotas de saliva de sus extrañas protuberancias óseas, me clavó sus brillantes ojos rojos. Me dieron ganas de escapar, pero no había adónde ir. Todavía podía oír a las otras criaturas —por lo menos a dos— gruñendo en el pasillo.

Thalia me ayudó a levantarme. Le cogí la mano y me volví hacia el anciano.

—¿Quién es usted? —pregunté—. ¿Y qué es esa cosa de la jaula?

El anciano hizo una mueca. Tenía una expresión tan triste que pensé que iba a echarse a llorar. Abrió la boca, pero cuando habló no le salieron palabras.

Como en un horrendo número de ventriloquía, el monstruo habló por él con la voz de un anciano:

—Soy Halcyon Green. Lo siento mucho, pero sois vosotros los que estáis en la jaula. Os han hecho venir aquí para morir.

Habíamos dejado la lanza de Thalia abajo, de modo que solo teníamos un arma: mi palo de golf. Lo blandí contra el anciano, pero él no hizo ningún movimiento amenazante. Parecía tan lastimoso y deprimido que no me sentí con el valor para pegarle.

—S-será mejor que se explique —dije tartamudeando—. ¿Por qué...? ¿Cómo...? ¿Qué...?

Como puedes ver, lo de hablar en público es mi fuerte.

El monstruo hizo un ruido seco con sus fauces de hueso.

—Entiendo vuestra confusión —dijo con la voz del anciano. Su tono compasivo no se correspondía con el brillo asesino de sus ojos—. La criatura que veis aquí es una leucrota. Tiene la habilidad de imitar voces humanas. Así es como atrae a su presa.

Desvié la vista del hombre al monstruo.

—Pero... ¿la voz es suya? O sea, el tío del traje de piel de serpiente... ¿Estoy oyendo lo que él quiere que oiga?

—Así es. —La leucrota lanzó un profundo suspiro—. Yo soy, como dices, el tío del traje de piel de serpiente. Esa es mi maldición. Soy Halcyon Green, hijo de Apolo.

Thalia retrocedió tambaleándose.

—¿Es un semidiós? Pero es muy...

—¿Viejo? —preguntó la leucrota. El hombre, Halcyon Green, observó sus manos con manchas como si le costase creer que fuesen suyas—. Sí, lo soy.

Yo entendía la sorpresa de Thalia. Solo habíamos conocido a unos pocos semidioses en nuestros viajes: algunos amistosos y otros no tanto. Pero todos eran jóvenes como nosotros. Nuestras vidas estaban tan llenas de peligros que tanto ella como yo dudábamos que algún semidiós llegase a adulto. Sin embargo, Halcyon Green era un vejestorio; por lo menos tenía sesenta años.

—¿Cuánto hace que está aquí? —pregunté.

Halcyon se encogió de hombros lánguidamente. El monstruo habló por él:

—He perdido la cuenta. ¿Décadas? Como mi padre es el dios de los oráculos, nací con la maldición de ver el futuro. Apolo me advirtió que guardase el secreto. Me dijo que no debía contar nunca lo que viese porque haría enfadar a los dioses. Pero hace muchos años... no me pude contener.

Conocí a una niña que estaba destinada a morir en un accidente. Le salvé la vida revelándole el futuro.

Yo trataba de concentrarme en el anciano, pero era difícil no mirar la boca del monstruo: aquellos labios negros, las babeantes fauces con dentadura de hueso.

—No lo entiendo... —Me obligué a mirar a Halcyon a los ojos—. Usted hizo algo bueno. ¿Por qué cabreó eso a los dioses?

—No les gusta que los mortales se inmiscuyan en el destino —dijo la leucrota—. Mi padre me maldijo. Me obligó a llevar esta ropa, la piel de Pitón, que antiguamente custodió el Oráculo de Delfos, como recordatorio de que no soy un oráculo. Me quitó la voz y me encerró en esta mansión, el hogar donde crecí. Luego los dioses pusieron a las leucrotas para que me vigilaran. Normalmente, las leucrotas solo imitan el habla humana, pero estas están conectadas a mis pensamientos. Hablan por mí. Me mantienen vivo como cebo para atraer a otros semidioses. Fue el método que se le ocurrió a Apolo para recordarme, eternamente, que mi voz solo llevaría a los demás a la muerte.

Se me llenó la boca de un furioso sabor a cobre. Sabía que los dioses podían ser crueles. El irresponsable de mi padre no me había hecho caso durante catorce años. Pero la maldición de Halcyon era una injusticia absoluta. Era perversa.

—Debería luchar —dije—. No se merece esto. Escápese. Mate a los monstruos. Nosotros le ayudaremos.

—Tiene razón —convino Thalia—. Él se llama Luke, por cierto. Yo me llamo Thalia. Hemos luchado contra muchos monstruos. Tiene que haber algo que podamos hacer, Halcyon.

—Llamadme Hal —dijo el anciano, y negando con la cabeza, desalentado, añadió—: Vosotros no lo entendéis. No sois los primeros que venís aquí. Todos los semidioses creen que existe esperanza cuando llegan. A veces intento ayudarles, pero nunca da resultado. Las ventanas están protegidas con cortinas mortales...

—Me he dado cuenta —murmuró Thalia.

—... y sobre la puerta pesa un potente hechizo. Deja entrar, pero no salir.

—Eso ya lo veremos. —Me volví y pegué la mano a la cerradura. Me concentré hasta que me cayeron gotas de sudor por el cuello, pero no pasó nada. Mis poderes no servían.

—Os lo he dicho —dijo amargamente la leucrota—. Ninguno de nosotros puede irse. Es inútil luchar contra los monstruos. No se les puede hacer daño

con ningún metal conocido por el hombre ni por los dioses.

Para demostrarlo, el anciano apartó el borde de su chaqueta de piel de serpiente y dejó a la vista una daga que llevaba en el cinturón. Desenvainó la peligrosa hoja de bronce celestial y se acercó a la celda del monstruo.

La leucrota le gruñó. Hal metió el cuchillo entre los barrotes directo a la cabeza del monstruo. Normalmente, el bronce celestial desintegraba a un monstruo con solo tocarlo, pero la hoja rebotó en el hocico de la leucrota sin dejarle marca alguna. La criatura se puso a dar patadas a los barrotes con las pezuñas, y Hal retrocedió.

—¿Lo veis? —dijo el monstruo por Hal.

—Entonces, ¿se rinde? —preguntó Thalia—. ¿Ayuda a los monstruos a atraernos y espera a que nos maten?

Él envainó su daga.

—Lo siento mucho, querida, pero no tengo alternativa. Yo también estoy aquí atrapado. Si no colaboro, las leucrotas me dejarán morir de hambre. Podrían haberos matado en cuanto entrasteis en la casa, pero me utilizan para atraeros hasta arriba. Me permiten disfrutar de vuestra compañía un rato. Eso alivia mi soledad. Y luego... a los monstruos les gusta comer al anochecer. Hoy ese momento será a las diecinueve horas y tres minutos. —Señaló un reloj digital situado sobre su mesa que marcaba las 10.34—. Cuando desaparecéis, yo... yo subsisto a base de vuestros víveres.

Miró ávidamente mi mochila, y un escalofrío me recorrió la columna.

—Es usted tan malo como los monstruos —dije.

El anciano hizo una mueca. Me daba igual si le ofendía. En la mochila tenía dos barritas de chocolate, un sándwich de jamón, una cantimplora con agua y una botella vacía de néctar. No quería que me matasen por eso.

—Tenéis derecho a odiarme —dijo la leucrota con la voz de Hal—, pero no puedo salvaros. Al anochecer esos barrotes se levantarán y los monstruos os atraparán y os matarán. No hay forma de escapar.

Dentro del recinto del monstruo, un panel cuadrado se abrió chirriando en la pared del fondo. No me había fijado en él, pero debía de dar a otra habitación. Otras dos leucrotas entraron en la jaula. Las tres me clavaron sus brillantes ojos rojos, abriendo y cerrando sus dentaduras de hueso con expectación.

Me preguntaba cómo podían comer con unas bocas tan raras. Entonces, como en respuesta a mi pregunta, una leucrota cogió una vieja pieza de armadura con la boca. El peto de bronce celestial parecía lo bastante grueso

como para parar una lanzada, pero la criatura lo mordió con la fuerza de unas tenazas e hizo un agujero con forma de herradura en el metal.

—Como podéis ver —dijo otra leucrota con la voz de Hal—, los monstruos son extraordinariamente fuertes.

Se me quedaron las piernas como espaguetis pasados. Thalia me clavó los dedos en el brazo.

—Dícales que se vayan —suplicó—. ¿Puede hacer que se marchen, Hal? El anciano frunció el ceño.

—Si lo hago, no podremos hablar —apuntó el primer monstruo.

—Además, cualquier estrategia para escapar que se os ocurra ya la ha intentado poner en práctica otra persona —continuó el segundo monstruo con la misma voz.

—No tiene sentido hablar en privado —dijo el tercer monstruo.

Thalia empezó a pasearse, inquieta como los monstruos.

—¿Saben lo que decimos? O sea, ¿se limitan a hablar o también entienden las palabras?

La primera leucrota soltó un chillido agudo. Entonces, imitó la voz de Thalia:

—¿También entienden las palabras?

Se me revolvió el estómago. El monstruo había imitado a la perfección a Thalia. Si hubiera oído esa voz a oscuras pidiendo ayuda, habría ido corriendo hacia ella.

—Las criaturas poseen la inteligencia de los perros —explicó el segundo monstruo por Hal—. Comprenden emociones y unas cuantas frases sencillas. Pueden atraer a sus presas gritando cosas como «¡Socorro!». Pero no sé qué grado de entendimiento tienen del lenguaje. Da igual. No podéis engañarlas.

—Mándeles que se vayan —dije—. Tiene un ordenador. Escriba lo que quiere decir. Si vamos a morir al anochecer, no quiero tener a esos bichos mirándome todo el día.

Hal vaciló. Acto seguido se volvió hacia los monstruos y se los quedó mirando en silencio. Al cabo de unos instantes, las leucrotas gruñeron. Salieron del recinto, y el panel del fondo se cerró detrás de ellas.

El anciano me miró. Abrió las manos como si se disculpase o como si quisiera hacer una pregunta.

—Luke —dijo Thalia, inquieta—, ¿tienes un plan?

—Todavía no —reconocí—. Pero más vale que tengamos uno al atardecer.

Esperar para morir era una sensación extraña. Normalmente, cuando Thalia y yo luchábamos contra monstruos, disponíamos de unos dos segundos para tramar un plan. La amenaza era inmediata. Sobrevivíamos o moríamos al instante. Ahora estábamos atrapados sin nada que hacer, sabiendo que al atardecer los barrotes se levantarían y seríamos aplastados y descuartizados por unos monstruos a los que no se podía matar con ningún arma. Luego Halcyon Green se zamparía mis barritas de chocolate.

La incertidumbre era casi peor que un ataque.

Una parte de mí sentía la tentación de dejar sin sentido al viejo con el palo de golf y dárselo de comer a las cortinas. Así por lo menos no podría seguir ayudando a los monstruos a atraer a más semidioses a aquella trampa mortal. Pero no tenía el valor para hacerlo. Hal era muy frágil y patético. Además, no tenía la culpa de la maldición que pesaba sobre él. Llevaba décadas atrapado en aquella habitación, obligado a depender de unos monstruos para usar su voz y sobrevivir, obligado a presenciar cómo otros semidioses morían, y todo porque había salvado la vida de una niña. ¿Qué clase de justicia era esa?

Seguía enfadado con Hal por habernos llevado hasta allí, pero entendía por qué había perdido la esperanza después de tantos años. Ya puestos, si alguien se merecía que le dieran con un palo de golf en la cabeza era Apolo... y los demás dioses del Olimpo que tan irresponsables eran como padres.

Hicimos inventario de lo que había en el piso-cárcel de Hal. Las estanterías estaban llenas de libros, de volúmenes de historia a novelas de suspense.

«Podéis leer cualquier libro», escribió Hal en su ordenador. «Menos mi diario, por favor. Es personal».

Puso la mano en actitud protectora sobre un maltrecho libro encuadernado en piel verde que había al lado del teclado.

—No hay problema —dije. Dudaba que alguno de los libros nos resultase de ayuda, y no creía que Hal tuviera algo interesante sobre lo que escribir habiendo estado encerrado en esa habitación casi toda su vida.

Nos mostró el navegador de internet del ordenador. Estupendo. Podíamos pedir una *pizza* y ver cómo los monstruos se jalaban al repartidor. No era muy útil que dijéramos. Supongo que podríamos haber enviado un correo electrónico a alguien pidiendo ayuda, pero no sabíamos a quién acudir, y yo nunca había mandado un correo electrónico. Thalia y yo ni siquiera teníamos móviles. Habíamos descubierto por las malas que cuando los semidioses utilizan la tecnología atraen a los monstruos como la sangre atrae a los tiburones.

Pasamos al cuarto de baño. Estaba bastante limpio considerando el tiempo que hacía que Hal vivía allí. Tenía otros dos conjuntos de ropa de piel de serpiente, aparentemente recién lavados a mano, colgados de la barra de encima de la bañera. El botiquín estaba lleno de cosas: artículos de tocador, medicamentos, cepillos de dientes, material de primeros auxilios, ambrosía y néctar. Intenté no pensar de dónde había salido todo aquello mientras lo registraba, pero no vi nada que pudiera derrotar a las leucrotas.

Thalia cerró un cajón de golpe, decepcionada.

—¡No lo entiendo! ¿Por qué me ha traído aquí Amaltea? ¿Los otros semidioses también vinieron por la cabra?

Hal frunció el entrecejo. Nos hizo señas para que volviéramos con él a su ordenador. Se encorvó sobre el teclado y tecleó: «¿Qué cabra?».

Yo no veía qué sentido tenía continuar manteniéndolo en secreto. Le conté que habíamos seguido a la reluciente cabra dispensadora de Pepsi hasta Richmond, y que nos había señalado esta casa.

Hal se quedó desconcertado. «He oído hablar de Amaltea, pero no sé por qué os trajo aquí», escribió. «A los otros semidioses les atrajo el tesoro de la mansión. Creía que a vosotros también».

—¿Tesoro? —preguntó Thalia.

El anciano se levantó y nos mostró su vestidor. Estaba lleno de más provisiones recogidas de semidioses desgraciados: abrigos demasiado pequeños para Hal, unas anticuadas antorchas de madera y brea, piezas de armadura abolladas y unas cuantas espadas de bronce celestial que estaban torcidas y rotas. Qué desperdicio. Yo necesitaba otra espada.

Hal cambió de sitio cajas de libros, zapatos, unos cuantos lingotes de oro y una cestita llena de diamantes que no parecían interesarle. Desenterró una caja fuerte metálica de veinte decímetros cuadrados y la señaló como diciendo: «Tachán».

—¿Puede abrirla? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—¿Sabe lo que hay dentro? —inquirió Thalia.

Hal volvió a negar con la cabeza.

—Tiene trampas —aventuré.

Ahora asintió con la cabeza energicamente y a continuación deslizó un dedo a través de su cuello.

Me arrodillé al lado de la caja fuerte. No la toqué, pero mantuve las manos cerca de la cerradura de combinación. Los dedos me ardieron de calor

como si la caja fuera un horno. Me concentré hasta que percibí el mecanismo del interior. No me gustó lo que encontré.

—Este trasto no mola —murmuré—. Lo que hay dentro debe de ser importante.

Thalia se arrodilló a mi lado.

—Es el motivo por el que estamos aquí, Luke. —Su tono rebosaba emoción—. Zeus quería que yo encontrase esto.

La miré con escepticismo. No sabía cómo podía tener tanta confianza en su padre. Zeus no la había tratado mejor de lo que Hermes me había tratado a mí. Además, muchos semidioses habían sido atraídos hasta allí, y todos estaban muertos.

Aun así, me clavó aquellos intensos ojos azules, y supe que volvería a salirse con la suya.

Suspiré.

—Vas a pedirme que la abra, ¿verdad?

—¿Puedes?

Me mordí el labio. Tal vez la próxima vez que formase equipo con alguien debería elegir a una persona que no me cayera tan bien. Era incapaz de decir que no a Thalia.

—Ya han intentado abrir esta caja —advertí—. La manija está maldita. Deduzco que quien la toca queda reducido a un montón de cenizas.

Miré a Hal. Su cara se puso tan gris como su pelo. Lo interpreté como una confirmación.

—¿Puedes evitar la maldición? —me preguntó Thalia.

—Creo que sí —contesté—. La que me preocupa es la segunda trampa.

—¿La segunda trampa? —dijo ella.

—Nadie ha conseguido introducir la combinación —le expliqué—. Lo sé porque hay un recipiente de veneno listo para romperse en cuanto alguien acierte el tercer número. No se ha activado nunca.

A juzgar por los ojos abiertos como platos de Hal, esa información era nueva para él.

—Puedo intentar desactivarlo —dije—, pero si meto la pata, todo esto se llenará de gas. Moriremos.

Thalia tragó saliva.

—Confío en ti. Tú... no metas la pata.

Me volví hacia el anciano.

—Puede esconderse en la bañera. Póngase unas toallas húmedas sobre la cara. Le protegerán.

Hal se movió incómodo. La tela de piel de serpiente de su traje se rizó como si todavía estuviera viva e intentara tragarse algo desagradable. Su cara reflejó una serie de emociones: miedo, duda, pero sobre todo vergüenza. Supongo que no soportaba la idea de agazaparse en una bañera mientras dos chicos arriesgaban sus vidas. O a lo mejor todavía le quedaba un poco de espíritu de semidiós. Señaló la caja fuerte como diciendo: «Adelante».

Toqué el cerrojo de combinación. Me concentré tan intensamente que me sentí como si estuviera levantando unas pesas de más de doscientos kilos. Se me aceleró el pulso. Un hilillo de sudor me cayó por la nariz. Finalmente percibí unos engranajes que giraban. El metal chirrió, las clavijas hicieron clic y los cerrojos se retiraron. Evitando con cuidado la manija, abrí la portezuela haciendo palanca con las puntas de los dedos y saqué una ampolla intacta de líquido verde.

Hal espiró.

Thalia me besó en la mejilla, cosa que no debería haber hecho mientras yo tenía en la mano un tubo de veneno mortal.

—Qué bien lo haces —dijo.

¿Compensó eso el riesgo? Sí, bastante.

Miré dentro de la caja fuerte, y parte de mi entusiasmo se desvaneció.

—¿Eso es todo?

Thalia metió la mano y sacó una pulsera.

No parecía gran cosa; solo una serie de eslabones de plata pulidos.

Se la abrochó alrededor de la muñeca. No pasó nada.

Frunció el ceño.

—Debería hacer algo. Si Zeus me ha enviado aquí...

Hal se puso a dar palmadas para llamar nuestra atención. De repente sus ojos parecían casi tan alborotados como su pelo. Gesticulaba como un loco, pero yo no tenía ni idea de lo que quería decir. Finalmente dio una patada de frustración en el suelo con su bota de piel de serpiente y nos llevó otra vez a la habitación principal.

Se sentó detrás del ordenador y empezó a teclear. Miré el reloj de la mesa. Tal vez el tiempo avanzaba más rápido en la casa o tal vez el tiempo pasa volando cuando esperas para morir, pero ya eran las doce del mediodía pasadas. Había transcurrido la mitad del día.

Hal nos enseñó la novela breve que había escrito: «¡¡¡Sois los elegidos!!!
¡¡¡Habéis conseguido el tesoro!!! ¡¡¡No me lo puedo creer!!! ¡¡¡Esa caja fuerte ha estado cerrada desde antes de que yo naciera!!! ¡¡¡Apolo me dijo que mi

maldición se terminaría cuando el dueño del tesoro lo reclamase!!! Si tú eres la dueña...».

Había más cosas escritas, con muchos signos de exclamación, pero antes de que terminase de leer, Thalia dijo:

—Un momento. En mi vida he visto esta pulsera. ¿Cómo voy a ser la dueña? Y si se supone que su maldición se ha terminado, ¿significa eso que los monstruos han desaparecido?

Un clac, clac, clac procedente del pasillo respondió a esa pregunta.

Miré a Hal frunciendo el entrecejo.

—¿Ha recuperado la voz?

Él abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Dejó caer los hombros.

—A lo mejor Apolo se refería a que vamos a rescatarlo —propuso Thalia.

Hal escribió una nueva frase: «O a lo mejor a que muero hoy».

—Gracias, Don Chistoso —dije—. Creía que usted adivinaba el futuro. ¿No sabe lo que pasará?

«No puedo mirar. Es demasiado peligroso», escribió Hal. «Ya veis lo que me pasó la última vez que intenté usar mis poderes».

—Claro —mascullé—. No se arriesgue. Podría arruinar la bonita vida que lleva aquí.

Sabía que era un comentario cruel, pero la cobardía del anciano me sacaba de quicio. Había dejado que los dioses lo usasen como saco de boxeo demasiado tiempo. Ya era hora de que se defendiese, a ser posible antes de que Thalia y yo nos convirtiésemos en la próxima comida de las leucrotas.

Hal agachó la cabeza. Le temblaba el pecho, y me di cuenta de que estaba llorando en silencio.

Thalia me lanzó una mirada de irritación.

—Tranquilo, Hal —le consoló—. No vamos a rendirnos. Esta pulsera debe de ser la respuesta. Tiene que tener algún poder especial.

Hal respiró entrecortadamente. Se volvió hacia el teclado y escribió: «Es de plata. Aunque se transforme en un arma, ningún metal hace daño a los monstruos».

Thalia se volvió hacia mí con una mirada de súplica en los ojos, como diciendo: «Te toca aportar una idea útil».

Estudié el recinto vacío de los monstruos y el panel metálico por el que habían salido. Si la puerta de la habitación no se abría y la ventana estaba cubierta con cortinas de ácido devorahombres, puede que ese panel fuera nuestra única salida. No podíamos utilizar armas metálicas. Yo tenía una ampolla de veneno, pero si no me equivocaba, ese veneno mataría a todos los

que estábamos en la habitación en cuanto se dispersase. Repasé mentalmente otro montón de ideas, pero rápidamente las rechacé todas.

—Tendremos que buscar otro tipo de arma —decidí—. Hal, ¿me presta su ordenador?

No parecía convencido, pero me cedió su asiento.

Miré la pantalla. Sinceramente, nunca había utilizado mucho los ordenadores. Como dije antes, la tecnología atrae a los monstruos. Pero Hermes era el dios de la comunicación, las autopistas y el comercio. Quizá también tenía poder sobre internet. No me habría venido nada mal un resultado divino de Google en ese momento.

—Solo por una vez —murmuré a la pantalla—, dame un respiro. Demuéstrame que ser hijo tuyo tiene alguna ventaja.

—¿Qué, Luke? —preguntó Thalia.

—Nada —dije.

Abrí el navegador de internet y empecé a teclear. Busqué las leucrotas con la esperanza de encontrar sus puntos débiles. En internet casi no había información sobre ellas, salvo que eran animales legendarios que atraían a sus presas imitando la voz humana.

Busqué «armas griegas». Encontré unas imágenes estupendas de espadas, lanzas y catapultas, pero dudaba que pudiéramos matar monstruos con archivos JPEG en baja resolución. Escribí los nombres de una serie de objetos que había en la habitación —antorchas, bronce celestial, veneno, barritas de chocolate, palo de golf—, esperando que apareciera una fórmula mágica para crear un rayo mortífero con el que poder eliminar leucrotas. No tuve esa suerte. Escribí «Ayúdame a matar leucrotas». El resultado más parecido que me salió fue «Ayúdame a curar la leucemia».

Tenía la cabeza a punto de estallar. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado buscando hasta que miré el reloj: las cuatro de la tarde. ¿Cómo era posible?

Mientras tanto, Thalia había estado intentando activar su nueva pulsera sin suerte. La había retorcido, le había dado golpecitos, la había sacudido, se la había puesto en el tobillo, la había lanzado contra la pared y la había blandido por encima de la cabeza chillando «¡Zeus!». No pasó nada.

Nos miramos, y supe que los dos nos habíamos quedado sin ideas. Pensé en lo que Hal Green nos había dicho. Todos los semidioses empezaban esperanzados. A todos se les ocurrían ideas para escapar. Todos fracasaban.

No podía permitir que eso nos pasara a nosotros. Thalia y yo habíamos sobrevivido a demasiados peligros para rendirnos ahora. Pero por más que lo

intentaba, no se me ocurría ninguna otra alternativa.

Hal se acercó y señaló el teclado.

—Adelante —dije con tono de abatimiento.

Nos cambiamos el sitio.

«Se nos acaba el tiempo», escribió. «Voy a intentar adivinar el futuro».

Thalia frunció el ceño.

—Creía que había dicho que era demasiado peligroso.

«No importa», tecleó. «Luke tiene razón. Soy un viejo cobarde, pero Apolo no puede imponerme un castigo peor que el que ya me ha impuesto. Quizá vea algo que os sirva de ayuda. Thalia, dame las manos».

Se volvió hacia ella.

Mi amiga vaciló.

Fuera de la habitación, las leucrotas gruñían y arañaban el pasillo. Parecían hambrientas.

Thalia puso las manos entre las de Halcyon Green, que cerró los ojos y se concentró, como hago yo cuando intento descifrar una cerradura complicada.

Hizo una mueca y a continuación respiró de forma temblorosa. Miró a Thalia con expresión compasiva. Se volvió hacia el teclado y titubeó un buen rato antes de empezar a teclear.

«Estás destinada a sobrevivir hoy», escribió.

—Eso es... eso es bueno, ¿no? —dijo ella—. ¿Por qué pone esa cara tan triste?

Hal se quedó mirando el cursor parpadeante. «Algún día, pronto, te sacrificarás para salvar a tus amigos», escribió. «Veo cosas que son... difíciles de describir. Años de soledad. Te mantendrás firme e inmóvil, viva, pero dormida. Cambiarás una vez, y volverás a cambiar. Tu camino será triste y solitario. Pero algún día te reunirás con tu familia».

Thalia apretó los puños. Empezó a hablar y acto seguido se puso a pasearse por la habitación. Finalmente, estampó la palma de la mano contra las estanterías.

—Eso no tiene ningún sentido. Me sacrificaré, pero sobreviviré. ¿Cambiaré, dormiré? ¿Le parece eso un futuro? Yo... yo ni siquiera tengo familia. Solo a mi madre, y no pienso volver con ella ni loca.

Hal frunció los labios.

«Lo siento», escribió. «Yo no controlo lo que veo. Pero no me refería a tu madre».

Thalia retrocedió y por poco no chocó contra la cortina. Se detuvo justo a tiempo, pero parecía mareada, como si acabara de bajar de una montaña rusa.

—¿Thalia? —pregunté lo más delicadamente que pude—. ¿Sabes de lo que está hablando?

Me lanzó una mirada angustiada. Yo no entendía por qué parecía tan agitada. Sabía que no le gustaba hablar de su vida en Los Ángeles, pero me había dicho que era hija única y no había mencionado a ningún familiar, aparte de su madre.

—No es nada —dijo por fin—. Olvídalo. La capacidad de adivinación de Hal deja mucho que desear.

Estaba seguro de que ni la propia Thalia se creía lo que había dicho.

—Hal, tiene que haber algo más —dije—. Nos ha dicho que Thalia sobrevivirá. ¿Cómo? ¿Ha visto alguna cosa relacionada con la pulsera? ¿O con la cabra? Necesitamos algo que nos sirva.

Él negó con la cabeza tristemente.

«No he visto nada relacionado con la pulsera», escribió. «Lo siento. Sé algo sobre la cabra Amaltea, pero dudo que os sirva. La cabra amamantó a Zeus cuando era un bebé. Más adelante, Zeus la mató y utilizó su piel para fabricar su escudo: la égida».

Me rasqué la barbilla. Estaba convencido de que esa era la historia sobre la piel de la cabra que había intentado recordar antes. Me parecía importante, aunque no sabía por qué.

—Así que Zeus se cargó a su mamá cabra. Típico de un dios. Thalia, ¿sabes algo sobre el escudo?

Ella asintió con la cabeza, claramente aliviada con el cambio de tema.

—Atenea puso la cabeza de Medusa en el centro y lo hizo cubrir todo de bronce celestial. Ella y Zeus se turnaban para utilizarla en la batalla. Espantaba a sus enemigos.

No veía de qué podía servirnos esa información. Evidentemente, la cabra Amaltea había resucitado. Era algo habitual en los monstruos mitológicos: acababan regenerándose y saliendo del abismo del Tártaro. Pero ¿por qué Amaltea nos había llevado hasta esa casa?

Se me ocurrió una respuesta bastante horrible. Si Zeus me hubiera desollado a mí, desde luego no me interesaría seguir ayudándole. De hecho, es posible que persiguiese a sus hijos para acabar con ellos. Tal vez por eso Amaltea nos había llevado a la mansión.

Hal me tendió las manos. Su expresión seria me indicó que me tocaba a mí someterme a sus dotes de adivinación.

Me invadió una oleada de miedo. Después de escuchar el futuro de Thalia, no quería saber el mío. ¿Y si ella sobrevivía y yo no? ¿Y si los dos

sobrevivíamos y más tarde Thalia se sacrificaba para salvarme, como había dicho Hal? No soportaba esa idea.

—No lo hagas, Luke —dijo ella amargamente—. Los dioses tenían razón. Las profecías de Hal no ayudan a nadie.

El anciano parpadeó con los ojos llorosos. Tenía las manos tan débiles que costaba creer que por sus venas corriera la sangre de un dios inmortal. Nos había dicho que su maldición se acabaría hoy de una forma u otra. Había predicho que Thalia sobreviviría. Si veía algo en mi futuro que nos fuera de ayuda, tenía que intentarlo.

Le di las manos.

Hal respiró hondo y cerró los ojos. Su chaqueta de serpiente brillaba como si fuera a mudar de piel. Me obligué a mantener la calma.

Noté su pulso en mis dedos: uno, dos, tres.

Sus ojos se abrieron de golpe. Apartó las manos súbitamente y me miró aterrado.

—Vale —dije. Tenía la lengua como papel de lija—. Supongo que no ha visto nada bueno.

Hal se volvió hacia el ordenador. Se quedó mirando la pantalla tanto rato que pensé que había entrado en trance.

Finalmente escribió: «Fuego. He visto fuego».

Thalia frunció el ceño.

—¿Fuego? ¿Se refiere a hoy? ¿Eso va a ayudarnos?

El anciano alzó la vista tristemente. Asintió con la cabeza.

—Hay algo más —insistí—. ¿Qué le ha asustado tanto?

Él evitó mirarme a los ojos. «Es difícil estar seguro», escribió a regañadientes. «Luke, también he visto un sacrificio en tu futuro. Una elección. Pero también una traición».

Esperé, pero no me dio más detalles.

—Una traición —dijo Thalia. Su tono era amenazante—. ¿Se refiere a que alguien traicionará a Luke? Porque Luke nunca traicionaría a nadie.

«Su camino es difícil de ver», escribió Hal. «Pero si hoy sobrevive, traicionará...».

Thalia agarró el teclado.

—¡Es suficiente! ¿Atrae a semidioses aquí y luego les quita la esperanza con sus horribles predicciones? No me extraña que los demás se rindiesen... como usted se rindió. ¡Es usted patético!

Los ojos de Hal brillaron de rabia. Yo no creía que el anciano tuviera tanto ímpetu, pero se puso en pie. Por un instante, pensé que se abalanzaría

sobre Thalia.

—Adelante —gruñó ella—. Intente pegarme, viejo. ¿Le queda algo de pasión?

—¡Basta! —ordené. Hal Green se echó atrás de inmediato. Habría jurado que ahora me tenía miedo, pero no quería saber lo que veía en sus visiones. Fueran cuales fuesen las pesadillas que me esperaban en el futuro, primero tendría que sobrevivir al día de hoy.

—Fuego —dije—. Ha dicho fuego.

Él asintió con la cabeza y acto seguido extendió los brazos para indicar que no conocía más detalles.

Una idea cobró forma en el fondo de mi mente. Fuego. Armas griegas. Parte de las provisiones que teníamos en la habitación... La lista que había introducido en el buscador con la esperanza de encontrar una fórmula mágica.

—¿Qué pasa? —preguntó Thalia—. Conozco esa mirada. Se te ha ocurrido algo.

—Déjame ver el teclado. —Me senté delante del ordenador e hice una nueva búsqueda en la red.

Enseguida apareció un artículo.

Thalia se asomó por encima de mi hombro.

—¡Eso sería perfecto, Luke! Pero creía que era solo una leyenda.

—No sé —reconocí—. Si es de verdad, ¿cómo lo hacemos? Aquí no viene ninguna receta.

El anciano golpeó la mesa con los nudillos para llamar nuestra atención. Tenía una expresión animada. Señaló la estantería.

—Libros de historia antigua —dijo Thalia—. Hal tiene razón. Muchos de esos libros son antiquísimos. Seguramente tienen información que no aparece en internet.

Los tres corrimos a los estantes. Empezamos a sacar libros. Pronto la biblioteca de Hal parecía haber sido arrasada por un huracán, pero al anciano no parecía importarle. Lanzaba libros y hojeaba páginas tan rápido como nosotros. De hecho, sin él no habríamos dado con la respuesta. Después de buscar infructuosamente un buen rato, vino corriendo señalando una página de un viejo libro encuadernado en piel.

Eché un vistazo a la lista de ingredientes y me entusiasmé.

—Eso es. La receta del fuego griego.

¿Cómo se me había ocurrido buscarla? Tal vez mi padre, Hermes, el dios manitas, me estaba guiando, ya que posee un don para las pociones y la

alquimia. Tal vez había visto la receta en alguna parte y el registrar la habitación había despertado ese recuerdo.

Todo lo que necesitábamos estaba en esa estancia. Había visto todos los ingredientes al inspeccionar las provisiones de los semidioses vencidos: brea de las viejas antorchas, una botella de néctar divino, alcohol del botiquín de Hal...

En realidad, no debo anotar la receta completa ni siquiera en este diario. Si alguien la encontrase y descubriese el secreto del fuego griego..., en fin, no quiero ser el responsable de que el mundo de los mortales quede reducido a cenizas.

Leí hasta el final de la lista. Solo faltaba una cosa.

—Un catalizador. —Miré a Thalia—. Necesitamos un rayo.

Ella abrió mucho los ojos.

—No puedo, Luke. La última vez...

Hal nos llevó a rastras al ordenador y escribió: «¿¿¿Puedes invocar rayos???».

—A veces —admitió ella—. Es un poder de Zeus. Pero solo puedo hacerlo en el exterior. Y aunque estuviéramos fuera, me costaría controlar la descarga. La última vez por poco mato a Luke.

Se me erizó el vello de la nuca al recordar el accidente.

—No pasará nada. —Procuré mostrarme seguro—. Yo prepararé la mezcla. Cuando esté lista, hay una toma de corriente debajo del ordenador. Puedes invocar un rayo sobre la casa y canalizarlo por la instalación eléctrica.

—E incendiar la casa —añadió Thalia.

«La incendiaréis igualmente, aunque os salga bien», escribió Hal. «¿Sois conscientes de lo peligroso que es el fuego griego?».

Tragué saliva.

—Sí. Es fuego mágico. Quema todo lo que toca. No se puede apagar con agua, ni con un extintor, ni con ninguna otra cosa. Pero si consiguiéramos suficiente para fabricar una especie de bomba y lanzársela a las leucrotas...

—Se quemarían. —Thalia miró al anciano—. Por favor, dígame que los monstruos no son inmunes al fuego.

Hal frunció el entrecejo.

«Creo que no», escribió. «Pero el fuego griego convertirá esta habitación en una hoguera. Se propagará por toda la casa en cuestión de segundos».

Miré el recinto vacío tras los barrotes. Según el reloj de Hal, teníamos aproximadamente una hora hasta que atardeciera. Cuando los barrotes se levantasen y las leucrotas atacasen, puede que tuviésemos una oportunidad...

si conseguíamos sorprender a los monstruos con una explosión, y si de algún modo los sorteábamos y llegábamos al panel de salida que había al fondo de la jaula sin ser devorados ni chamuscados vivos... Demasiadas suposiciones.

Mi mente contempló una docena de estrategias distintas, pero siempre volvía a lo que Hal había dicho sobre el sacrificio. No podía evitar pensar que era imposible que los tres escapásemos con vida.

—Preparemos el fuego griego —dije—. Ya solucionaremos el resto luego.

Thalia y Hal me ayudaron a coger las cosas que necesitábamos. Encendimos el fogón y nos pusimos a cocinar un plato peligrosísimo. El tiempo pasó muy rápido. En el pasillo, las leucrotas gruñían y hacían ruido con sus fauces.

Las cortinas de la ventana tapaban toda la luz del sol, pero por el reloj supimos que prácticamente se nos había acabado el tiempo.

Se me llenó la cara de gotas de sudor mientras mezclaba los ingredientes. Cada vez que parpadeaba, me acordaba de las palabras de Hal en la pantalla del ordenador, como si las tuviera grabadas detrás de los párpados: «Un sacrificio en tu futuro. Una elección. Pero también una traición».

¿A qué se refería? Estaba seguro de que no me lo había dicho todo, pero una cosa estaba clara: mi futuro le aterraba.

Traté de concentrarme en la tarea que me ocupaba. No tenía ni idea de lo que hacía, pero no me quedaba otra opción. Tal vez Hermes estaba velando por mí prestándome parte de sus conocimientos alquímicos. O tal vez simplemente tuve suerte. Al final tenía una cazuela llena de un potingue negro viscoso, que eché en un viejo tarro de mermelada de cristal y luego cerré herméticamente con la tapa.

—Toma. —Le di el tarro a Thalia—. ¿Puedes encenderlo? El cristal debería impedir que explote hasta que rompamos el tarro.

No parecía entusiasmada.

—Lo intentaré. Tendré que sacar algunos cables de la pared. Y para invocar el rayo, necesitaré varios minutos de concentración. Deberíais apartaros, chicos, por si..., ya sabéis, explota o algo por el estilo.

Cogió un destornillador del cajón de la cocina de Hal, se agachó debajo de la mesa del ordenador y se puso a trastear con la toma de corriente.

El anciano recogió su diario de piel verde y me indicó con la mano que lo siguiera. Nos acercamos a la puerta del armario, donde sacó un bolígrafo de la chaqueta y hojeó el libro. Vi páginas y páginas de letra pulcra y apretada. Finalmente encontró una página vacía y garabateó algo.

Me dio el libro.

La nota rezaba: «Luke, quiero que te quedes este diario. Contiene mis predicciones, mis notas sobre el futuro, mis pensamientos sobre lo que he hecho mal. Creo que podría seros útil».

Negué con la cabeza.

—Es suyo, Hal. Quédeselo.

Él volvió a coger el libro y escribió: «Tienes un futuro importante por delante. Tus elecciones cambiarán el mundo. Puedes aprender de mis errores y continuar con el diario. Podría ayudarte en tus decisiones».

—¿Qué decisiones? —pregunté—. ¿Qué ha visto que le ha dado tanto miedo?

Su bolígrafo se quedó suspendido sobre la página un largo rato. «Creo que por fin he entendido por qué cayó sobre mí una maldición», escribió. «Apolo tenía razón. A veces es mejor que el futuro sea un misterio».

—Su padre era un capullo, Hal. Usted no merecía...

Señaló insistentemente la página. «Prométeme que mantendrás el diario al día», garabateó. «Si yo hubiera empezado a anotar mis pensamientos antes, podría haber evitado algunos errores estúpidos. Y una cosa más...».

Dejó el bolígrafo en el diario y desenganchó su daga de bronce celestial de su cinturón. Me la ofreció.

—No puedo —le dije—. Se lo agradezco, pero a mí me va más la espada. Además, usted se viene con nosotros. Necesitará esa arma.

Él dijo que no con la cabeza y me puso la daga en las manos. Volvió a escribir: «Ese cuchillo fue un regalo de la niña que salvé. Me prometió que protegería siempre a su dueño».

Hal respiró débilmente. Debió de percatarse de la amarga ironía que encerraba esa promesa, teniendo en cuenta su maldición. «Una daga no tiene el poder ni el alcance de una espada, pero puede ser un arma magnífica en las manos adecuadas», escribió. «Me sentiré mejor sabiendo que tú la tienes».

Me miró a los ojos, y por fin entendí lo que se proponía.

—No —dije—. Podemos escapar todos.

Hal frunció los labios. «Los dos sabemos que eso es imposible», escribió. «Yo puedo comunicarme con las leucrotas. Lo más lógico es que yo sea el cebo. Tú y Thalia esperad en el armario. Yo atraeré a los monstruos al cuarto de baño. Os daré unos segundos para que lleguéis al panel de salida antes de provocar la explosión. Es la única forma de que os dé tiempo».

—No —repuse.

Pero su expresión era seria y decidida. Ya no parecía un anciano cobarde. Parecía un semidiós dispuesto a salir a luchar.

No me podía creer que se ofreciese a sacrificar su vida por dos chicos que acababa de conocer, sobre todo después de haber sufrido durante tantos años. Y, sin embargo, no necesitaba papel y bolígrafo para saber lo que Hal pensaba. Esa era su oportunidad de redimirse. Llevaría a cabo un último acto heroico, y su maldición terminaría hoy, como Apolo había pronosticado.

Garabateó algo y me dio el diario. La última palabra decía: «Promételo».

Respiré hondo y cerré el libro.

—Sí. Lo prometo.

Un trueno sacudió la casa. Los dos nos sobresaltamos. En la mesa del ordenador, algo hizo ¡ZAS, PUM!, y una nube de humo blanco salió del portátil, y un olor a neumáticos quemados inundó la estancia.

Thalia se incorporó sonriendo. La pared de detrás de ella estaba calcinada y llena de burbujas. El enchufe eléctrico se había derretido del todo, pero el tarro de fuego griego emitía ahora un brillo verde en sus manos.

—¿Alguien ha pedido una bomba mágica? —preguntó.

Justo entonces el reloj marcó las 19.03. Los barrotes del recinto empezaron a levantarse, y el panel del fondo comenzó a abrirse.

Se nos había acabado el tiempo.

El viejo semidiós alargó la mano.

—Thalia —dije—. Dale el fuego griego a Hal.

Ella paseó la mirada de uno a otro.

—Pero...

—Va a ayudarnos a escapar. —Mi voz sonó más áspera de lo habitual.

Cuando Thalia se dio cuenta del significado de mis palabras, palideció.

—No, Luke.

Los barrotes se habían levantado hasta la mitad. La trampilla se abrió despacio rechinando y una pezuña roja se abrió paso a través de la rendija. Dentro del pasadizo, las leucrotas gruñían y hacían un ruido seco con sus fauces.

—No hay tiempo —advertí—. ¡Vamos!

Hal cogió el tarro de fuego que le dio Thalia, le dedicó una sonrisa valerosa y acto seguido me hizo una señal con la cabeza. Me acordé de la última palabra que había escrito: «Promételo».

Guardé el diario y la daga en la mochila y a continuación metí a Thalia en el armario conmigo.

Una décima de segundo más tarde, oí que las leucrotas irrumpían en la habitación. Los tres monstruos sisearon y gruñeron y pisotearon los muebles, impacientes por comer.

—¡Aquí dentro! —gritó la voz de Hal. Uno de los monstruos debía de haber hablado por él, pero sus palabras sonaron valientes y seguras—. ¡Los tengo atrapados en el cuarto de baño! ¡Venga, chuchos feos!

Resultaba extraño oír a una leucrota insultarse a sí misma, pero la treta pareció dar resultado. Las criaturas se dirigieron al galope al cuarto de baño.

Agarré la mano de Thalia.

—Ahora.

Salimos bruscamente del armario y corrimos hacia el recinto de los monstruos. Dentro, el panel se estaba cerrando. Una de las leucrotas gruñó sorprendida y se volvió para seguirnos, pero no me atreví a mirar atrás. Nos metimos en la jaula como pudimos. Me lancé sobre el panel de salida y lo abrí haciendo palanca con el palo de golf.

—¡Vamos, vamos, vamos! —chillé.

Thalia se deslizó por la abertura mientras la plancha metálica empezaba a doblar mi palo.

—¿Sabéis lo que es esto, perros sarnosos del Tártaro? —gritó la voz de Hal desde el cuarto de baño—. ¡Vuestra última comida!

La leucrota cayó encima de mí. Me retorcí gritando mientras su boca huesuda mordía el aire donde acababa de estar mi cara.

Logré asestarle un puñetazo en el hocico, pero fue como darle a un saco de cemento húmedo.

Entonces algo me agarró el brazo. Thalia me metió de un tirón en el pasadizo y el panel se cerró y partió el palo de golf.

Nos arrastramos por un conducto metálico hasta otro dormitorio y nos dirigimos a la puerta tambaleándonos.

Oí que Halcyon Green lanzaba un grito de guerra:

—¡Por Apolo!

Y una enorme explosión sacudió la mansión.

Salimos repentinamente al pasillo, que ya estaba ardiendo. Las llamas lamían el papel pintado y la alfombra echaba humo. La puerta del dormitorio de Hal había saltado de las bisagras y el fuego salía a raudales como una avalancha y lo evaporaba todo a su paso.

Llegamos a la escalera. El humo era tan denso que no podía ver el fondo. Tropezábamos y tosíamos, mientras el calor me abrasaba los ojos y los pulmones. Alcanzamos el pie de la escalera, y estaba empezando a creer que

habíamos llegado a la puerta cuando la leucrota saltó y me derribó boca arriba.

Debía de ser la que nos había seguido al recinto de los monstruos. Supongo que estaba lo bastante lejos de la explosión para sobrevivir al estallido inicial y haber podido escapar de la habitación, aunque no parecía que la experiencia le hubiera hecho gracia. Su pelo rojo se había chamuscado, sus orejas puntiagudas estaban en llamas y uno de sus brillantes ojos rojos se había hinchado tanto que lo tenía cerrado.

—¡Luke! —gritó Thalia. Cogió la lanza, que había estado tirada en el suelo del salón de baile todo el día, y arremetió con la punta contra las costillas del monstruo, pero no consiguió más que molestarlo un poco.

La criatura intentó morderla con sus fauces de hueso manteniendo una pezuña plantada sobre mi pecho. Yo no podía moverme, y sabía que la bestia podía aplastarme el pecho ejerciendo una ligerísima presión.

Los ojos me escocían del humo. Apenas podía respirar. Vi que Thalia intentaba clavar otra vez la lanza a la leucrota, y distinguí un destello metálico: la pulsera de plata.

Por fin caí en la cuenta: la historia de la cabra Amaltea, que nos había llevado hasta allí. Thalia estaba destinada a encontrar ese tesoro. Pertenecía a la hija de Zeus.

—¡Thalia! —dije con la voz entrecortada—. ¡El escudo! ¿Cómo se llama?

—¿Qué escudo? —gritó ella.

—¡El escudo de Zeus! —De repente me acordé—. La égida. Thalia, la pulsera... ¡tiene una contraseña!

Era una deducción desesperada. Gracias a los dioses —o gracias a un golpe de suerte—, Thalia lo entendió. Señaló la pulsera, pero esta vez gritó:

—¡Égida!

La pulsera se ensanchó de inmediato y se aplanó hasta convertirse en un gran disco de bronce: un escudo con elaborados motivos grabados alrededor del borde. En el centro, prensada en el metal como una máscara mortuoria, había una cara tan espantosa que habría echado a correr si hubiera podido. Aparté la vista, pero la imagen remanente se quedó grabada a fuego en mi cabeza: cabello con serpientes, ojos de mirada asesina y una boca con colmillos visibles.

Thalia empujó el escudo hacia la leucrota, que chilló como un cachorro mientras se retiraba, y yo pude liberarme del peso de su pezuña. A través del humo, vi cómo corría asustada hacia las cortinas más cercanas, que se convirtieron en relucientes lenguas negras y se la tragaron. La criatura

empezó a echar humo. Se puso a gritar «¡Socorro!» con multitud de voces distintas, probablemente las de sus anteriores víctimas, hasta que finalmente se desintegró entre los aceitosos pliegues oscuros.

Yo me habría quedado allí tumbado aturdido y horrorizado hasta que el techo en llamas se desplomase sobre mí, pero Thalia me agarró del brazo y gritó:

—¡Deprisa!

Echamos a correr hacia la puerta principal. Me estaba preguntando cómo íbamos a abrirla cuando la avalancha de fuego bajó por la escalera y nos alcanzó. El edificio explotó.

No me acuerdo de cómo salimos. Lo único que se me ocurre es que la onda expansiva voló la puerta principal y nos impulsó al exterior.

Cuando quise darme cuenta, estaba despatarrado en la rotonda, tosiendo y jadeando mientras una torre de fuego se elevaba rugiendo contra el cielo del atardecer. Me ardía la garganta. Tenía los ojos como si me los hubieran rociado con ácido. Busqué a Thalia, pero me vi mirando la cara de bronce de Medusa. Grité y logré encontrar las energías para levantarme y correr. No me detuve hasta esconderme detrás de la estatua de Robert E. Lee.

Sí, ya lo sé. Ahora parece gracioso, pero es un milagro que no me diera un infarto o me atropellara un coche. Al final Thalia me alcanzó, con la lanza en forma de spray de defensa personal y el escudo reducido a pulsera de plata.

Nos quedamos uno al lado del otro viendo cómo la mansión ardía. Los ladrillos se desmoronaron, las cortinas negras estallaron en telones de fuego rojo, el tejado se desplomó y nubes de humo ascendieron al cielo.

Thalia dejó escapar un sollozo. Una lágrima le surcó el hollín de la cara.

—Se ha sacrificado por nosotros —dijo—. ¿Por qué nos ha salvado?

Abracé la mochila. Toqué el diario y la daga de bronce en el interior: los únicos vestigios de la vida de Halcyon Green.

Notaba una opresión en el pecho, como si la leucrota siguiera pisándome. Había criticado a Hal por ser un cobarde, pero al final había sido más valiente que yo. Los dioses le habían lanzado una maldición. Se había pasado casi toda la vida encerrado con monstruos. Para él habría sido muy fácil dejarnos morir como a los demás semidioses que nos habían precedido. Y, sin embargo, había decidido poner fin a su vida como un héroe.

Me sentía culpable por no haber podido salvar al anciano. Ojalá hubiera hablado más con él. ¿Qué había visto en mi futuro que tanto le había

asustado?

«Tus elecciones cambiarán el mundo», me había advertido.

No me gustaba cómo sonaba.

Un sonido de sirenas me hizo volver en mí.

Al ser menores que habíamos huido de casa, Thalia y yo habíamos aprendido a desconfiar de la policía y de cualquier otra figura de autoridad. Los mortales querrían interrogarnos y puede que meternos en el reformatorio o ponernos en acogida. No podíamos permitir que eso pasara.

—Vamos —dije.

Atravesamos corriendo las calles de Richmond hasta que encontramos un parquecito. Nos aseamos en los servicios públicos lo mejor que pudimos y luego tratamos de pasar desapercibidos hasta que todo estuvo oscuro.

No hablamos de lo que había pasado. Vagamos aturdidos por barrios y zonas industriales. No teníamos ningún plan, ni una cabra brillante a la que seguir. Estábamos molidos, pero a ninguno de los dos nos apetecía dormir ni parar. Yo quería alejarme lo máximo posible de la mansión en llamas.

No era la primera vez que escapábamos con vida por los pelos, pero nunca habíamos tenido éxito a costa de la vida de otro semidiós. No conseguía librarme de la pena.

«Promételo», había escrito Halcyon Green.

«Lo prometo, Hal», pensé. «Aprenderé de tus errores. Si alguna vez los dioses me tratan tan mal, me defenderé».

Vale, ya sé que parecen disparates, pero estaba resentido y furioso. Si a los del Monte Olimpo no les gusta, mala suerte. Que bajen aquí y me lo digan a la cara.

Paramos a descansar cerca de un viejo almacén. A la tenue luz de la luna, vi un nombre pintado en el lado del edificio de ladrillo rojo: FUNDICIÓN RICHMOND. La mayoría de las ventanas estaban rotas.

Thalia temblaba.

—Podríamos ir a nuestro viejo campamento —propuso—. En el río James. Allí tenemos muchos víveres.

Asentí con la cabeza indolentemente. Tardaríamos como mínimo dos días en llegar allí, pero era un plan tan bueno como cualquier otro.

Me partí con ella el sándwich de jamón y comimos en silencio. La comida me sabía a cartón. Acababa de tragar el último bocado cuando oí un tenue sonido metálico en un callejón cercano. Me empezaron a zumbar los oídos. No estábamos solos.

—Alguien anda cerca —dije—. No es un mortal corriente.

Thalia se puso tensa.

—¿Cómo puedes estar seguro?

No sabía qué contestar, pero me puse en pie. Saqué la daga de Hal, principalmente por el resplandor del bronce celestial, y Thalia cogió su lanza e invocó la égida. Esta vez supe que no debía mirar la cara de Medusa, pero aun así su presencia me provocó escalofríos. No sabía si ese escudo era la égida original o una réplica hecha para héroes, pero irradiaba poder. Entendía por qué Amaltea había querido que Thalia la reclamase.

Avanzamos sigilosamente a lo largo de la pared del almacén.

Nos metimos en un callejón oscuro sin salida que terminaba en una zona de carga y descarga con montones de chatarra vieja.

Señalé la dársena.

Thalia frunció el ceño.

—¿Estás seguro? —susurró.

Asentí con la cabeza.

—Ahí abajo hay algo. Lo percibo.

Justo entonces sonó un fuerte ruido metálico. Una plancha de chapa corrugada tembló sobre el área de carga. Algo —alguien— se hallaba debajo.

Nos dirigimos sin hacer ruido a la dársena hasta situarnos junto a un montón de metal. Thalia preparó la lanza. Le indiqué con la mano que se contuviera. Llegué al trozo de metal corrugado y dije mudamente moviendo los labios: «¡Uno, dos, tres!».

En cuanto levanté la plancha de chapa, algo se lanzó sobre mí: una figura borrosa con franela y pelo rubio. Un martillo vino volando directo a mi cara.

Las cosas podrían haber acabado muy mal. Afortunadamente, tenía buenos reflejos gracias a los años de peleas.

—¡Alto ahí! —grité, y esquivé el martillo. A continuación agarré la muñeca de la niña que lo había lanzado. El martillo se deslizó sobre el pavimento.

La pequeña forcejeó. No debía de tener más de siete años.

—¡No más monstruos! —gritó, dándome patadas en las piernas—. ¡Marchaos!

—¡Tranquila! —Hice todo lo que pude por sujetarla, pero era como sujetar a un lince. Thalia parecía demasiado aturdida para moverse, y todavía esgrimía la lanza y el escudo.

—¡Guarda el escudo! —le pedí—. ¡La estás asustando!

Thalia salió de su parálisis. Tocó el escudo, y este se encogió y volvió a adquirir forma de pulsera, y luego soltó la lanza.

—Hola, pequeña —dijo en un tono dulce que no le había oído nunca—. No pasa nada. No vamos a hacerte daño. Yo soy Thalia y él es Luke.

—¡Monstruos! —protestó la niña.

—No somos monstruos —le aseguré. La pobrecilla ya no forcejeaba tanto, pero temblaba como una loca; le dábamos pánico—. Aunque sabemos de monstruos —añadí—. Nosotros también hemos luchado contra ellos.

La abracé, más para consolarla que para contenerla. Al final dejó de dar patadas. Tenía frío. Se le notaban las costillas debajo del pijama de franela. Me preguntaba cuánto haría que no probaba bocado. Era todavía más pequeña que yo cuando escapé de casa.

A pesar del miedo, me miró con sus grandes ojos. Eran sorprendentemente grises, hermosos e inteligentes. Una semidiosa, no cabía duda. Me dio la impresión de que era poderosa... o lo sería, si sobrevivía.

—¿Sois como yo? —preguntó, escéptica aún, aunque también parecía algo esperanzada.

—Sí —le aseguré—. Somos... —Vacilé, pues no sabía si ella estaba al tanto de lo que era o si había oído siquiera la palabra «semidiós». No quería asustarla todavía más—. Bueno, es difícil de explicar, pero luchamos contra monstruos. ¿Dónde está tu familia?

La niña adoptó una expresión dura y airada. Le empezó a temblar la barbilla.

—Mi familia me odia. No me quieren. Me escapé.

Sentí que el corazón se me hacía pedazos. Había mucho dolor en su voz; un dolor familiar. Miré a Thalia, y en ese momento tomamos una decisión silenciosa. Cuidaríamos de esa niña. Después de lo que le había pasado a Halcyon Green, parecía cosa del destino. Habíamos visto a un semidiós morir por nosotros. Y ahora habíamos encontrado a esa pequeña. Era como una segunda oportunidad.

Thalia se arrodilló a mi lado y puso la mano en el hombro de la niña.

—¿Cómo te llamas, peque?

—Annabeth.

No pude por menos de sonreír. Nunca había oído ese nombre, pero era bonito y le quedaba bien.

—Bonito nombre —le dije—. ¿Sabes qué, Annabeth? Eres una fiera. Nos vendría bien una guerrera como tú.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿De verdad?

—Oh, sí —contesté muy serio. Entonces me asaltó una idea repentina. Alargué la mano para coger la daga de Hal y la saqué del cinturón. «Protegerá a su dueño», había dicho el viejo semidiós. Se la había dado la niña a la que había salvado. Ahora el destino nos había dado la oportunidad de salvar a otra niña.

—¿Qué te parecería tener un arma para matar monstruos de verdad? —le pregunté—. Esta es de bronce celestial. Funciona mucho mejor que un martillo.

Annabeth cogió la daga y la observó asombrada. Ya lo sé, tenía siete años como mucho. ¿En qué estaba pensando dándole un arma? Pero era una semidiosa. Tenemos que defendernos. Hércules no era más que un bebé cuando estranguló a dos serpientes en la cuna. A los nueve años yo había luchado por mi vida en montones de ocasiones. A Annabeth le vendría bien tener un arma.

—Los cuchillos son solo para los guerreros más valientes y más rápidos —le dije. Se me entrecortó la voz al acordarme de Hal Green y de cómo había dado la vida para salvarnos—. No tienen el alcance ni el poder de una espada, pero son fáciles de esconder y pueden localizar puntos débiles en la armadura de tu enemigo. Hay que ser un guerrero inteligente para usar un cuchillo. Me da la impresión de que tú eres bastante inteligente.

Annabeth me sonrió, y durante ese instante todos mis problemas parecieron esfumarse. Sentí que había hecho algo bien. Me juré que no permitiría que esa niña sufriera ningún daño.

—¡Soy inteligente! —dijo.

Thalia rio y le revolvió el pelo. Y, de repente, pasamos a tener una nueva compañera.

—Será mejor que nos pongamos en marcha, Annabeth —dijo—. Tenemos un refugio en el río James. Te daremos ropa y comida.

La sonrisa de la pequeña vaciló. Por un momento, sus ojos adquirieron aquella mirada desenfrenada.

—No... no vais a llevarme con mi familia, ¿verdad? ¿Me lo prometéis?

Tragué saliva para deshacer el nudo que se me había hecho en la garganta. Annabeth era muy pequeña, pero había aprendido una dura lección, como Thalia y yo. Nuestros padres nos habían fallado. Los dioses eran severos y crueles y distantes. Los semidioses solo nos teníamos los unos a los otros.

Puse la mano en su hombro y le dije:

—Ahora eres parte de nuestra familia. Te prometo que no voy a fallarte como nuestras familias nos han fallado. ¿Trato hecho?

—¡Trato hecho! —contestó ella alegremente, tomando su nueva daga.
Thalia recogió su lanza mientras me sonreía en señal de aprobación.
—Venga, vamos. ¡No podemos quedarnos quietos mucho rato!

De modo que aquí estoy, de guardia, escribiendo en el diario de Halcyon Green; mi diario, ahora.

Estamos acampados en el bosque, al sur de Richmond. Mañana continuaremos hasta el río James y nos reabasteceremos de provisiones. Después, no lo sé. No dejo de pensar en las predicciones de Hal Green. Una sensación inquietante pesa sobre mi pecho. Hay algo siniestro en mi futuro. Puede que esté lejos, pero una tormenta se avecina en el horizonte cargando el aire de electricidad. Espero tener fuerzas para cuidar de mis amigas.

Mirando a Thalia y Annabeth dormidas junto al fuego, me asombran las caras de tranquilidad que tienen. Si voy a ser el padre de este grupo, tengo que ser digno de su confianza. Ninguno de nosotros ha tenido suerte con nuestros padres. Yo debo hacerlo mejor. Solo tengo catorce años, pero no es ninguna excusa. Tengo que mantener unida a mi nueva familia.

Miro hacia el norte. Me imagino lo que tardaría en llegar a la casa de mi madre en Westport, Connecticut, desde aquí. Me pregunto qué estará haciendo ahora. Cuando me fui, se encontraba en muy mal estado de ánimo...

Pero no puedo sentirme culpable por dejarla. Tuve que hacerlo. Si algún día conozco a mi padre, tendremos una conversación sobre el tema.

De momento solo tengo que ocuparme de sobrevivir día a día. Escribiré en este diario cuando tenga ocasión, aunque dudo que alguien lo lea.

Thalia se está despertando. Le toca hacer guardia. Vaya, qué dolor de mano. Hacía una eternidad que no escribía tanto. Será mejor que duerma; espero no tener sueños.

Se despide de momento Luke Castellan.



GRIEGOS Y ROMANOS

Demuestra tus conocimientos sobre los dioses griegos y romanos y descubre el mensaje secreto

La tabla de abajo contiene una lista de dioses griegos y romanos. Tu reto consistirá en hacer coincidir los nombres griegos y romanos correctos con la descripción de la tabla de la página de al lado.

Cuando termines, sustituye las letras asignadas a cada dios griego por el número asignado a su equivalente romano para descubrir un mensaje oculto.

DIOSES ROMANOS

- A. Júpiter
- B. Fauno
- C. Vulcano
- D. Juno
- E. Ceres
- F. Baco
- G. Venus
- H. Apolo
- I. Mercurio
- J. Arcus
- K. Jano
- L. Neptuno
- M. Terra
- N. Marte
- O. Plutón
- P. Trivia

$$\frac{\quad}{1} \quad \frac{\quad}{6} \quad \frac{\quad}{10} \quad \frac{\quad}{16} \quad \frac{\quad}{6} \quad \frac{\quad}{10} \quad \frac{\quad}{7} \quad \frac{\quad}{8} \quad \frac{\text{T}}{13} \quad \frac{\quad}{10} \quad \frac{\quad}{7} \quad \frac{\text{S}}{\quad} \quad \frac{\text{T}}{5} \quad \frac{\text{Z}}{13}$$

DIOSES GRIEGOS	CARACTERÍSTICAS	DIOSES ROMANOS
----------------	-----------------	----------------

	Patrona del amor y la belleza	
	Dios de la música, la medicina, la poesía (¡le encantan los haikus!) y el pensamiento intelectual	
	La afición a la violencia de este dios de la guerra lo convierte en un temible vengador	
	Hermana de Zeus, se le atribuye el mérito de enseñar al hombre a cultivar la tierra	
	Dios del vino que adora las fiestas, pero que es algo gruñón. En su forma romana, se vuelve más disciplinado y belicoso	
	Surgida del caos, esta Madre Tierra es cualquier cosa menos maternal con los dioses del Olimpo	
	Uno de los «tres grandes», es el dios de la riqueza y los muertos, y el rey del inframundo	
	Hija de los titanes, esta diosa suele ser considerada patrona de la magia	
	Dios del fuego y patrón de los artesanos; sus fraguas se asociaban con los terremotos y los volcanes	
	Como esposa de Zeus, es la reina de los dioses, y una poderosa diosa por méritos propios	
	Viaja por todas partes como dios de los caminos, la velocidad, los mensajeros, el comercio, los viajes, los ladrones, los comerciantes y los repartidores de correo	
	A esta diosa le encantan los arcoíris y se mantiene ocupada transmitiendo mensajes entre los dioses, los semidioses e incluso los titanes	
	Estas dos deidades representan el paso del tiempo, personificado por la edad en Grecia y por las puertas y los principios/finales en Roma	
	Único dios de esta lista con cuernos (es un sátiro), constituye un patrón de la naturaleza y un protector de los rebaños y las manadas	
	Dios del mar, los terremotos, el agua fresca y los caballos..., ¡y padre de Percy Jackson!	

	Poderoso y altanero, es el rey de los dioses y se le asocia con la ley, la justicia y la moral	
--	--	--

SOLUCIONES

DIOSES GRIEGOS	CARACTERÍSTICAS	DIOSES ROMANOS
(3) Afrodita	Patrona del amor y la belleza	(G) Venus
(14) Apolo	Dios de la música, la medicina, la poesía (¡le encantan los haikus!) y el pensamiento intelectual	(H) Apolo
(8) Ares	La afición a la violencia de este dios de la guerra lo convierte en un temible vengador	(N) Marte
(7) Deméter	Hermana de Zeus, se le atribuye el mérito de enseñar al hombre a cultivar la tierra	(E) Ceres
(12) Dioniso	Dios del vino que adora las fiestas, pero que es algo gruñón. En su forma romana, se vuelve más disciplinado y belicoso	(F) Baco
(10) Gaia	Surgida del caos, esta Madre Tierra es cualquier cosa menos maternal con los dioses del Olimpo	(M) Terra
(13) Hades	Uno de los «tres grandes», es el dios de la riqueza y los muertos, y el rey del inframundo	(O) Plutón
(16) Hécate	Hija de los titanes, esta diosa suele ser considerada patrona de la magia	(P) Trivia
(1) Hefesto	Dios del fuego y patrón de los artesanos; sus fraguas se asociaban con los terremotos y los volcanes	(C) Vulcano
(9) Hera	Como esposa de Zeus, es la reina de los dioses, y una poderosa diosa por méritos propios	(D) Juno
(5) Hermes	Viaja por todas partes como dios de los caminos, la velocidad, los mensajeros, el comercio, los viajes, los ladrones, los comerciantes y los repartidores de correo	(I) Mercurio
(15) Iris	A esta diosa le encantan los arcoíris y se mantiene ocupada transmitiendo mensajes entre los dioses, los semidioses e incluso los titanes	(J) Arcus
(2) Cronos	Estas dos deidades representan el paso del tiempo, personificado por la edad en Grecia y por las puertas y los principios/finales en Roma	(K) Jano
(11) Pan	Único dios de esta lista con cuernos (es un sátiro), constituye un patrón de la naturaleza y un protector de los rebaños y las manadas	(B) Fauno

(4) Poseidón	Dios del mar, los terremotos, el agua fresca y los caballos..., ¡y padre de Percy Jackson!	(L) Neptuno
(6) Zeus	Poderoso y altanero, es el rey de los dioses y se le asocia con la ley, la justicia y la moral	(A) Júpiter

SOLUCIÓN DEL MENSAJE EN CLAVE

Campamento Mestizo

PERCY JACKSON

Y LA VARA DE HERMES



Annabeth y yo estábamos descansando en el Gran Prado de Central Park cuando ella me sorprendió con una pregunta.

—Te has olvidado, ¿verdad?

Me puse en alerta roja. Es fácil dejarse llevar por el pánico cuando eres un novio primerizo. Sí, había luchado contra monstruos con Annabeth durante años. Nos habíamos enfrentado juntos a la ira de los dioses. Habíamos librado batallas contra los titanes y habíamos plantado cara a la muerte un montón de veces sin despeinarnos. Pero desde que salíamos juntos, cada vez que ella fruncía el ceño me asustaba. ¿Qué había hecho mal?

Repasé mentalmente la lista de pícnic: ¿Manta calentita? Sí. ¿Pizza favorita de Annabeth con extra de aceitunas? Sí. ¿Chocolate con caramelo de La Maison du Chocolat? Sí. ¿Agua mineral con gas fría con un pedacito de limón? Sí. ¿Armas por si sobrevenía un apocalipsis mitológico griego? Sí.

Entonces, ¿qué se me había olvidado?

Por un momento, tuve la tentación de intentar colársela. Dos cosas me detuvieron. Primero, no quería mentirle. Segundo, era demasiado lista. Me calaría enseguida.

De modo que hice lo que mejor se me da. La miré inexpresivamente y me hice el tonto.

Annabeth puso los ojos en blanco.

—Hoy es dieciocho de septiembre, Percy. ¿Qué pasó exactamente hace un mes?

—Fue mi cumpleaños —contesté.

Era cierto: el 18 de agosto. Pero a juzgar por su expresión, no era la respuesta que ella esperaba.

No me ayudaba a concentrarme que estuviera tan guapa ese día. Llevaba su camiseta de manga corta naranja del campamento y sus pantalones cortos habituales, pero parecía que los brazos y las piernas le brillasen al sol. El pelo rubio le caía sobre los hombros y del cuello le colgaba un cordón de cuero con cuentas de colores de nuestro campo de instrucción para semidioses: el Campamento Mestizo. Sus ojos de color gris tormentoso estaban más deslumbrantes que nunca. Ojalá no me hubiera dirigido a mí su mirada feroz.

Me puse a pensar. Hacía un mes habíamos vencido al titán Cronos. ¿Se refería a eso? Entonces Annabeth aclaró mis prioridades.

—Nuestro primer beso, cerebro de alga —dijo—. Es nuestro primer mes de aniversario.

—Pues... ¡sí! —«¿Celebra la gente esas cosas?», pensé. «¿Tengo que acordarme de los cumpleaños, las fiestas y todos los aniversarios?».

Intenté esbozar una sonrisa.

—Por eso estamos haciendo este pícnic tan chulo, ¿verdad?

Ella metió las piernas por debajo del cuerpo.

—Percy..., me encanta el pícnic. De verdad. Pero me prometiste que me llevarías a cenar a un sitio especial esta noche. ¿Te acuerdas? No es que yo lo esperase, pero dijiste que tenías algo planeado. ¿Y bien...?

Detecté un tono de esperanza en su voz, pero también de duda. Annabeth esperaba que yo reconociera lo evidente: que me había olvidado. Estaba acabado. Era picadillo de novio.

Que me hubiera olvidado no quería decir que no me importase Annabeth. En serio, el último mes con ella había sido alucinante. Era el semidiós con más suerte de la historia. Pero una cena especial... ¿Cuándo había mencionado yo eso? A lo mejor lo había dicho en un momento de confusión después de que ella me diera un beso. A lo mejor un dios griego se había disfrazado de mí y le había hecho esa promesa en broma. O a lo mejor simplemente era un desastre como novio.

Era el momento de confesar. Me aclaré la garganta.

—Bueno...

Un repentino rayo de luz me hizo parpadear, como si alguien me hubiera enfocado a los ojos con un espejo. Miré a mi alrededor y vi una camioneta de reparto marrón aparcada en medio del Gran Prado, donde no estaba permitido estacionar coches. En el lateral tenía grabadas las palabras:

HERNIAS EL PEZ

Un momento..., perdón. Soy disléxico. Entrecerré los ojos y llegué a la conclusión de que seguramente ponía:

HERMES EXPRÉS

—Oh, qué bien —murmuré—. Tenemos correo.

—¿Qué? —preguntó Annabeth.

Señalé la camioneta. El conductor estaba bajando del vehículo. Llevaba una camisa de uniforme y unos pantalones cortos marrones hasta las rodillas con unos modernos calcetines negros y unas zapatillas de deporte. El pelo canoso rizado le sobresalía por debajo de su gorra marrón. Aparentaba treinta y pico años, pero sabía por experiencia que en realidad tenía cinco mil y pico.

Hermes. Mensajero de los dioses. Amigo personal, repartidor de misiones heroicas y motivo frecuente de dolores de cabeza.

Parecía disgustado. No paraba de tocarse los bolsillos y de retorcerse las manos. O había perdido algo importante o había tomado demasiados cafés en el Starbucks del Monte Olimpo. Finalmente me vio y me dijo por señas: «¡Ven aquí!».

Eso podía significar varias cosas. Si venía a entregar un mensaje de los dioses en persona, era una mala noticia. Si quería algo de mí, también era una mala noticia. Pero considerando que acababa de evitarme tener que dar explicaciones a Annabeth, me sentía demasiado aliviado para preocuparme.

—Qué rollo. —Traté de mostrarme contrariado, como si Hermes no acabase de sacarme las castañas del fuego—. Será mejor que veamos lo que quiere.

¿Cómo se saluda a un dios? Si existe un protocolo, no lo conozco. Nunca sé si tengo que estrecharle la mano, arrodillarme o hacer una reverencia y gritar:

—¡No somos dignos!

Conocía a Hermes mejor que la mayoría de los dioses del Olimpo. A lo largo de los años, me había echado un cable en varias ocasiones. Por desgracia, el verano pasado había luchado contra su hijo el semidiós Luke, que había sido corrompido por el titán Cronos, en un combate a muerte por el destino del mundo. Yo no había sido el único culpable de la muerte de Luke, pero aun así ponía una nota de tristeza a mi relación con Hermes.

Decidí no complicarme la vida.

—Hola.

Hermes echó un vistazo al parque como si le diera miedo que lo estuvieran observando. No estoy seguro de por qué le preocupaba algo así. Normalmente, los dioses son invisibles a los ojos de los mortales. En el Gran Prado nadie más estaba haciendo caso a la furgoneta de reparto.

El dios miró a Annabeth y acto seguido volvió a mirarme a mí.

—No sabía que la chica estaría aquí. Tendrá que jurar que mantendrá la boca cerrada.

Ella se cruzó de brazos.

—La chica puede oírte. Y antes de jurar nada, ¿qué tal si nos dices lo que pasa?

Creo que no he visto a un dios tan nervioso en mi vida. Hermes se metió un rizo de pelo canoso detrás de la oreja. Volvió a tocarse los bolsillos. Parecía que no supiera qué hacer con las manos.

Se inclinó y bajó la voz.

—Lo digo en serio, muchacha. Si Atenea llega a enterarse, nunca dejará de burlarse de mí. Cree que es mucho más lista que yo.

—Y lo es —dijo Annabeth. Claro que ella es parcial. Atenea es su madre.

Hermes le lanzó una mirada furibunda.

—Promételo. Antes de que os explique el problema, los dos debéis prometer que no diréis nada.

De repente caí en la cuenta.

—¿Dónde está tu vara?

A Hermes empezó a temblarle el ojo. Parecía que estuviera a punto de llorar.

—Oh, dioses —exclamó Annabeth—. ¿Has perdido la vara?

—¡No la he perdido! —le espetó Hermes—. Me la han robado. ¡Y no te he pedido ayuda a ti, muchacha!

—Muy bien —dijo ella—. Apáñatelas tú con tu problema. Vamos, Percy. Larguémonos de aquí.

Hermes gruñó. Me di cuenta de que podía verme obligado a intervenir en una pelea entre un dios inmortal y mi novia, y no quería estar en ninguno de los dos bandos.

Un poco de contexto: Annabeth vivió aventuras con Luke, el hijo de Hermes, y con el tiempo se enamoró de él. A medida que ella se hacía mayor, él también empezó a sentir algo por ella. Pero Luke se volvió malo, y entonces Hermes culpó a Annabeth de no impedir que tal cosa ocurriera y Annabeth culpó a Hermes de ser un padre pésimo y dar a su hijo la capacidad

de volverse malo. Cuando Luke murió en combate, Hermes y Annabeth se culparon por ello mutuamente.

¿Te has hecho un lío? Bienvenido a mi mundo.

El caso es que supuse que las cosas irían mal si a esos dos se les iba la pinza, de modo que me arriesgué a interponerme entre ellos.

—Haremos una cosa, Annabeth. Esto parece importante. Déjame escucharle, y luego me reuniré contigo en la manta del pícnic, ¿vale?

Le dediqué una sonrisa que esperaba que transmitiese algo así como «Eh, sabes que estoy de tu parte. ¡Los dioses son unos capullos! Pero ¿qué se le va a hacer?».

Aunque probablemente mi expresión transmitía en realidad: «¡Yo no tengo la culpa! ¡No me mates, por favor!».

Antes de que ella pudiera protestar o causarme lesiones corporales, agarré a Hermes del brazo.

—Pasemos a tu despacho.

Hermes y yo nos sentamos en la parte trasera de la camioneta de reparto sobre un par de cajas en las que ponía SERPIENTES TÓXICAS. Tal vez no era el mejor sitio para sentarse, pero era preferible a otras mercancías en las que ponía EXPLOSIVOS, PROHIBIDO SENTARSE ENCIMA Y HUEVOS DE DRAKON: PROHIBIDO ALMACENAR CERCA DE EXPLOSIVOS.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —le pregunté.

Hermes se dejó caer pesadamente sobre las cajas de reparto y se quedó mirándose las manos vacías.

—Solo los dejé solos un momento.

—¿Los...? —dije—. Ah, ¿te refieres a George y Martha?

Asintió con la cabeza, desalentado.

George y Martha eran las dos serpientes enroscadas alrededor de su caduceo: su bastón de mando. Seguramente hayas visto fotos del caduceo en hospitales porque suele utilizarse como símbolo de los médicos. (Annabeth protestaría y diría que es un error. Se supone que es la vara de Asclepio, el dios de la medicina, blablablá. En fin).

Yo tenía bastante cariño a George y Martha. Me daba la impresión de que Hermes también, aunque discutía continuamente con ellas.

—Cometí un error estúpido —murmuró—. Llevaba retraso con un reparto. Paré en el Rockefeller Center y estaba entregando una caja de felpudos a Jano...

—Jano —dije—. El tío con dos caras. El dios de las puertas.

—Sí, sí. Trabaja allí. En una cadena de televisión.

—¿Cómo? —La última vez que había visto a Jano se encontraba en un laberinto mágico mortal, y la experiencia no había sido agradable.

Hermes puso los ojos en blanco.

—Habrás visto la televisión últimamente, ¿no? Es evidente que están hechos un lío. Eso es porque Jano está al cargo de la programación. Le encanta encargar nuevas series y cancelarlas al cabo de dos episodios. Después de todo, es el dios de los principios y los finales. En fin, le llevaba unos felpudos mágicos y había aparcado en doble fila...

—¿Tú también tienes que preocuparte por si aparcas en doble fila?

—¿Vas a dejarme acabar?

—Perdón.

—Así que dejé el caduceo en el salpicadero y entré corriendo con la caja. Entonces me di cuenta de que necesitaba que Jano firmase el albarán de la entrega, así que volví corriendo a la camioneta...

—Y el caduceo había desaparecido.

Hermes asintió con la cabeza.

—Como ese zoquete feo haya hecho daño a mis serpientes, juro por la Laguna Estigia que...

—Un momento. ¿Sabes quién te robó la vara?

Hermes asintió con la cabeza.

—Claro. Miré las grabaciones de las cámaras de seguridad de la zona. Hablé con las ninfas del viento. Está claro que el ladrón fue Caco.

—Caco.

Me avalaban años de práctica poniendo cara de tonto cuando la gente soltaba nombres griegos que yo no conocía. Es una habilidad que tengo. Annabeth siempre me dice que lea un libro sobre la mitología griega, pero yo no veo la necesidad. Es más fácil que la gente te lo explique.

—El bueno de Caco —dije—. Seguramente debería saber quién es...

—Oh, es un gigante —me explicó Hermes desdeñosamente—. Un gigante pequeño, no uno de los grandes.

—Un gigante pequeño.

—Sí. Medirá unos tres metros.

—Diminuto, entonces —convine.

—Es un famoso ladrón. Una vez robó las reses de Apolo.

—Creía que fuiste tú quien robó las reses de Apolo.

—Bueno, sí. Yo las robé antes, y con mucha más clase. En cualquier caso, Caco siempre está robando cosas a los dioses. Es muy pesado. Solía esconderse en una cueva en la Colina Capitolina, donde se fundó Roma. Actualmente vive en Manhattan. Estoy seguro de que en algún sitio subterráneo.

Respiré hondo. Vi adónde quería ir a parar.

—Ahora me explicarás por qué tú, un dios superpoderoso, no puedes ir personalmente a recuperar tu vara y por qué necesitas que yo, un chico de dieciséis años, lo haga por ti.

Hermesladeó la cabeza.

—Percy, eso casi ha sonado sarcástico. Sabes perfectamente que los dioses no podemos ir por ahí dando porrazos y destrozando las ciudades de los mortales para encontrar nuestros objetos perdidos. Si lo hiciéramos, Nueva York acabaría destruida cada vez que Afrodita perdiese su cepillo para el pelo y, créeme, es algo muy habitual. Necesitamos héroes para esa clase de recados.

—Ajá. Y si tú fueras a buscar la vara, podría ser un poco vergonzoso.

Hermesfrunció los labios.

—De acuerdo. Sí. Está claro que los demás dioses se enterarían. Yo, el dios de los ladrones, siendo robado. ¡Y mi caduceo, nada menos, el símbolo de mi poder! Se reirían de mí durante siglos. Es una idea demasiado horrible. Necesito resolver esto rápida y discretamente antes de convertirme en el hazmerreír del Olimpo.

—Entonces, quieres que encontremos a ese gigante, recuperemos tu caduceo y te lo devolvamos... discretamente.

Hermessonrió.

—¡Qué magnífica oferta! Gracias. Y lo necesito antes de las cinco de la tarde para poder terminar las entregas. El caduceo me sirve de almohadilla para firmas, GPS, teléfono, permiso de aparcamiento, iPod Shuffle... En realidad, no puedo hacer nada sin él.

—Para las cinco. —No tenía reloj, pero estaba convencido de que ya era como mínimo la una del mediodía—. ¿Puedes ser más concreto sobre dónde está Caco?

Hermes se encogió de hombros.

—Seguro que lo averiguas. Y una advertencia: Caco escupe fuego.

—Vale —dije.

—Y ten cuidado con el caduceo. La punta puede convertir a la gente en piedra. Tuve que usarla una vez con un chismoso llamado Bato..., pero estoy

seguro de que tendrás cuidado. Y de que, por supuesto, mantendrás todo este asunto en secreto.

Sonrió de forma encantadora. ¿Eran imaginaciones o acababa de amenazarme con petrificarme si le hablaba a alguien del robo?

Me tragué el sabor a serrín que tenía en la boca.

—Por supuesto.

—¿Lo harás, entonces?

Se me ocurrió una idea. Sí, de vez en cuando tengo ideas.

—¿Qué tal si intercambiamos favores? —propuse—. Yo te ayudo con tu embarazosa situación y tú me ayudas con la mía.

Hermes arqueó una ceja.

—¿En qué estás pensando?

—Eres el dios de los viajes, ¿no?

—Desde luego.

Le conté lo que quería como recompensa.

Cuando me reuní con Annabeth, estaba de mejor humor. Había quedado con Hermes en el Rockefeller Center a las cinco a más tardar, y su camioneta de reparto había desaparecido con un destello de luz. Mi novia me esperaba en nuestro rincón cruzada de brazos, indignada.

—¿Y bien? —preguntó.

—Buenas noticias. —Le conté lo que teníamos que hacer.

Ella no me dio un guantazo, pero puso cara de querer hacerlo.

—¿Qué tiene de bueno localizar a un gigante que escupe fuego? ¿Y por qué quieres ayudar a Hermes?

—No es tan malo —dije—. Además, dos serpientes inocentes están en un apuro. George y Martha deben de estar aterrados...

—¿Es una broma? Dime que estás conchabado con Hermes y que en realidad vamos a una fiesta sorpresa de aniversario.

—Ejem... Pues no. Pero te prometo que después...

Levantó la mano.

—Eres muy mono y encantador, Percy. Pero, por favor, se acabaron las promesas. Busquemos a ese gigante.

Metió la manta en su mochila y guardó la comida. Una lástima porque yo apenas había probado la *pizza*. Lo único que no guardó fue su escudo.

Como muchos artículos mágicos, estaba diseñado para transformarse en un objeto más pequeño con el fin de transportarlo fácilmente. El escudo se

encoge hasta volverse del tamaño de un plato, que es el uso que le habíamos dado. Perfecto para el queso y las galletas saladas.

Annabeth quitó las migas con la mano y lanzó el plato al aire. El disco se ensanchó mientras daba vueltas. Cuando cayó en la hierba, era un escudo de bronce de tamaño normal con una superficie pulidísima que reflejaba el cielo.

El escudo nos había sido muy útil durante la guerra con los titanes, pero no sabía de qué podía servirnos ahora.

—En ese cacharro solo aparecen imágenes aéreas, ¿verdad? —dije—. Se supone que Caco está bajo tierra.

Annabeth se encogió de hombros.

—Merece la pena intentarlo. Escudo, quiero ver a Caco.

La luz recorrió la superficie de bronce.

En lugar de un reflejo, de repente mirábamos un paisaje de almacenes ruinosos y carreteras destartadas. Un depósito de agua oxidado se alzaba por encima de las zonas urbanas deprimidas.

Annabeth resopló.

—Este estúpido escudo tiene sentido del humor.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Eso es el distrito de Kako, en Japón. Lo pone en el letrero del depósito. —Golpeó con los nudillos la superficie de bronce—. Vale, muy gracioso, escudo. Ahora quiero ver..., digo, muéstrame el lugar en el que está el gigante Caco que escupe fuego.

La imagen cambió.

Esta vez vi una parte conocida de Manhattan: almacenes renovados, calles enladrilladas, un hotel de cristal y una vía de tren elevada que había sido transformada en un parque con árboles y flores silvestres. Me acordé de que mi madre y mi padrastro me llevaron allí hacía unos años cuando lo inauguraron.

—Es el parque de la High Line —dije—. En el distrito de Meatpacking.

—Sí —asintió Annabeth—. Pero ¿dónde está el gigante?

Frunció el ceño, concentrada. El escudo enfocó un cruce cortado con barricadas de color naranja y señales de desvío. A la sombra de la High Line había máquinas de construcción paradas. En la calle había un gran agujero cuadrado acordonado con cinta amarilla. Del foso salían nubes de humo.

Me rasqué la cabeza.

—¿Por qué precintaría la policía un agujero en la calle?

—Me acuerdo de esto —dijo Annabeth—. Salió ayer en las noticias.

—Yo no veo las noticias.

—Un obrero resultó herido. Un extraño accidente a mucha profundidad. Estaban excavando una nueva galería de servicio o algo parecido, y se prendió fuego.

—Fuego —repetí—. ¿Como el que escupe un gigante, por ejemplo?

—Tendría sentido —convino ella—. Los mortales no entenderían lo que pasaba. La Niebla ocultaría lo que vieron en realidad. Creerían que el gigante fue como, no sé, una explosión de gas o algo por el estilo.

—Pues pillemos un taxi.

Annabeth miró melancólicamente el Gran Prado.

—El primer día de sol en semanas, y mi novio quiere llevarme a una cueva peligrosa para luchar contra un gigante que escupe fuego.

—Eres increíble —dije.

—Lo sé —contestó Annabeth—. Más vale que tengas algo bueno planeado para la cena.

El taxi nos dejó en la Quince Este. Las calles estaban abarrotadas de una mezcla de vendedores ambulantes, trabajadores, compradores y turistas. No entendía por qué un sitio llamado distrito de Meatpacking por sus mataderos y almacenes cárnicos era de repente una zona de moda. Pero eso es lo guay de Nueva York. Siempre está cambiando. Por lo visto, hasta los monstruos querían quedarse allí.

Nos dirigimos a la obra. Dos agentes de policía se hallaban en el cruce, pero no nos hicieron caso cuando avanzamos por la acera y volvimos sobre nuestros pasos para escondernos detrás de las barricadas.

El agujero de la calle era del tamaño aproximado de una puerta de garaje. Unos andamios de tubos con una especie de cabrestante se hallaban colgados por encima, y habían fijado al lateral del foso unos peldaños que bajaban.

—¿Ideas? —pregunté a Annabeth.

Pensé que debía preguntarle. Al ser la hija de la diosa de la sabiduría y la estrategia, le gusta hacer planes.

—Bajamos, buscamos al gigante y conseguimos el caduceo —dijo.

—Qué pasada —comenté—. Prudente y a la vez estratégico.

—Cállate.

Saltamos la barricada, nos agachamos por debajo de la cinta policial y nos dirigimos sigilosamente al agujero. Yo miraba con preocupación a los policías, pero no se dieron la vuelta. Colarse en un peligroso foso humeante en medio de un cruce de Nueva York resultó inquietantemente fácil.

Descendimos. Y seguimos descendiendo.

Parecía que aquellos peldaños no tenían fin. El cuadrado de luz solar situado por encima de nosotros se volvió más y más pequeño hasta adquirir el tamaño de un sello de correos. Ya no oía el tráfico de la ciudad; solo el eco de unas gotas de agua que caían. Cada seis metros más o menos, una luz tenue parpadeaba al lado de la escalera, pero el descenso seguía siendo lúgubre y espeluznante.

Tenía la vaga impresión de que el túnel se estaba abriendo detrás de mí en un espacio mucho más grande, pero me mantuve centrado en la escalera, procurando no pisar las manos de Annabeth mientras descendía por debajo de mí. No me di cuenta de que habíamos llegado al fondo hasta que la oí chapotear.

—Santo Hefesto —dijo—. Mira, Percy.

Me dejé caer al lado de ella en un charco de barro poco profundo. Me volví y descubrí que estábamos en una cueva del tamaño de una fábrica. El túnel desembocaba en ella como una estrecha chimenea. Las paredes de roca estaban llenas de cables viejos, tuberías e hileras de ladrillos: tal vez los cimientos de antiguos edificios. Tuberías de agua reventadas, posiblemente viejas alcantarillas, dejaban caer continuamente gotas de agua por las paredes que embarraban el suelo. Prefería no saber lo que había en esa agua.

No había mucha luz, pero la caverna parecía un cruce entre una zona en obras y un mercadillo. Había esparcidos cajones, cajas de herramientas, palés y montones de tuberías de acero. Hasta había una excavadora medio hundida en el lodo.

Y lo que era aún más raro, varios coches viejos habían sido transportados allí desde la superficie; cada uno estaba lleno de maletas y montones de bolsos. Había perchas con ropa lanzadas despreocupadamente aquí y allá, como si alguien hubiera limpiado unos grandes almacenes. Y lo peor de todo, una hilera de reses de vaca colgaban de unos ganchos de carnicero en un andamio de acero inoxidable: desolladas, destripadas y listas para el despiece. A juzgar por el olor y las moscas, no eran muy frescas. Me habría vuelto vegetariano de no ser por el hecho de que me encantaban las hamburguesas con queso.

No había ni rastro del gigante. Esperaba que no estuviera en casa. Entonces Annabeth señaló al otro extremo de la cueva.

—A lo mejor allí al fondo.

Un túnel de seis metros de diámetro totalmente redondo, como si lo hubiera hecho una serpiente gigante, se perdía en la oscuridad. Oh..., tuve un

mal presentimiento.

No me gustaba la idea de andar hasta el otro lado de la cueva, y menos a través de un mercadillo de maquinaria pesada y reses de vaca.

—¿Cómo han llegado todas estas cosas aquí abajo? —Sentía la necesidad de susurrar, pero mi voz resonaba de todas formas.

Annabeth escudriñó la escena. Obviamente, no le gustó lo que vio.

—Debieron de bajar la excavadora desmontada y ensamblarla aquí abajo —dijo—. Creo que así es como excavaron el metro hace mucho.

—¿Y la demás porquería? —pregunté—. ¿Los coches y los, ejem, productos cárnicos?

Frunció el ceño.

—Una parte parecen mercancías de vendedores ambulantes. Esos bolsos y abrigos... El gigante debió de traerlos aquí abajo por algún motivo. —Señaló la excavadora—. Ese trasto tiene pinta de haber pasado por una guerra.

A medida que mi vista se adaptaba a la penumbra, vi a lo que se refería. Las orugas de la excavadora estaban estropeadas. El asiento del conductor estaba chamuscado. En la parte delantera de la máquina, la gran pala se hallaba abollada como si hubiera chocado contra algo... o le hubieran dado un puñetazo.

El silencio era inquietante. Al mirar la manchita de la luz solar por encima de nosotros, me dio vértigo. ¿Cómo podía existir una cueva tan grande debajo de Manhattan sin que la manzana se desplomase o el río Hudson la inundase? Teníamos que estar a cientos de metros por debajo del nivel del mar.

Pero lo que más me perturbaba era el túnel del otro lado de la cueva.

No digo que pueda oler a los monstruos como mi amigo el sátiro Grover, pero de repente entendí por qué él detestaba estar bajo tierra. Allí se respiraba una sensación opresiva y peligrosa. No era un sitio para semidioses. Algo aguardaba en el fondo de aquel túnel.

Miré a Annabeth esperando que se le hubiera ocurrido una gran idea, como huir de allí. En cambio, echó a andar hacia la excavadora.

Habíamos llegado a la mitad de la cueva cuando un chirrido resonó al otro lado del túnel. Nos escondimos detrás de la excavadora justo cuando el gigante salió de la oscuridad estirando sus enormes brazos.

—Desayuno —dijo con voz cavernosa.

Entonces pude verlo claramente, y deseé no haberlo hecho.

¿Cómo era de feo? Digamos que el distrito de Kako, en Japón, era mucho más bonito que Caco el gigante, y eso no es un cumplido para nadie.

Como Hermes había dicho, el gigante medía unos tres metros, una estatura que lo hacía pequeño comparado con otros gigantes que había visto. Pero Caco lo compensaba con su vistosidad y extravagancia. Tenía el cabello pelirrojo rizado, la piel pálida y pecas naranjas. Su cara estaba torcida hacia arriba con una mueca permanente, una nariz respingona, unos ojos grandes y unas cejas arqueadas, de modo que parecía al mismo tiempo asustado y triste. Llevaba una bata de velvetón roja con unas zapatillas a juego. La bata estaba abierta y dejaba ver unos calzoncillos de seda con corazones y una espléndida mata de pelo en el pecho de un color rojo/rosa/naranja que no se encontraba en la naturaleza.

Annabeth emitió un ruidito de arcada.

—Es el gigante pelirrojo.

Lamentablemente, Caco tenía un oído excelente. Frunció el entrecejo, escudriñó la caverna y se centró en nuestro escondite.

—¿Quién anda ahí? —rugió—. ¿Quién hay detrás de la excavadora?

Annabeth y yo nos miramos. «Uy», dijo ella moviendo mudamente los labios.

—¡Vamos! —dijo el gigante—. ¡No me gustan los que se esconden! Da la cara.

A mí me parecía una idea terrible. Claro que prácticamente nos había trincado. Tal vez el gigante atendiese a razones, a pesar de llevar calzoncillos con corazones.

Saqué el bolígrafo y le quité el capuchón. Mi espada de bronce *Contracorriente* cobró vida. Annabeth sacó su escudo y su daga. Ninguna de nuestras armas parecía muy intimidante frente a un tío tan grande, pero los dos nos pusimos al descubierto.

El gigante sonrió.

—¡Vaya! Semidioses, ¿no? ¿Pido el desayuno y aparecéis vosotros dos? Qué serviciales.

—No somos ningún desayuno —repuso Annabeth.

—¿No? —Caco se estiró perezosamente y dos volutas de humo salieron de los agujeros de su nariz—. Estaríais riquísimos con unas tortillas, salsa y huevos. Semidiós con huevo... ¡Me entra hambre solo de pensarlo!

Se acercó tranquilamente a la fila de reses de vaca llenas de moscas.

Se me revolvió el estómago.

—Oh, no me digas que va a... —murmuré.

Caco cogió una res de un gancho. Le escupió fuego: una llamarada al rojo vivo que cocinó la carne en segundos, pero que no pareció hacer el más

mínimo daño en las manos al gigante. Una vez que la vaca estuvo crujiente y chisporroteando, el gigante abrió la boca hasta desencajarse la mandíbula y se tragó la res de tres enormes bocados, con los huesos incluidos.

—Sí —dijo Annabeth débilmente—. Lo ha hecho de verdad.

Caco eructó, se limpió las manos grasientas y humeantes en la bata y nos sonrió.

—Bueno, si no sois mi desayuno, debéis de ser clientes. ¿Qué puedo ofreceros?

Parecía relajado y amistoso, como si se alegrase de hablar con nosotros. Entre eso y la bata de velvetón roja, casi no parecía peligroso. Exceptuando, claro está, que medía tres metros, escupía fuego y se comía una vaca en tres bocados.

Di un paso adelante. Considérame chapado a la antigua, pero quería que siguiera centrado en mí y no en Annabeth. Me parece de buena educación que un chico proteja a su novia de la incineración instantánea.

—Ejem, sí —dije—. Tal vez seamos clientes. ¿Qué vendes?

Caco rio.

—¿Que qué vendo? ¡De todo, semidiós! ¡A precios bajísimos, y no encontraréis sitio más bajo que este! —Señaló la cueva—. Tengo bolsos de marca, trajes italianos..., maquinaria de construcción, al parecer, y si estáis dispuestos a comprar un Rolex...

Se abrió la bata. Tenía una reluciente colección de relojes de oro y plata sujeta en la parte de dentro.

Annabeth chasqueó los dedos.

—¡Falsos! Sabía que los había visto antes. Son todos de vendedores ambulantes, ¿verdad? Imitaciones.

El gigante puso cara de ofendido.

—No unas imitaciones del montón, jovencita. ¡Yo solo robo lo mejor! Soy hijo de Hefesto. Reconozco las falsificaciones de calidad nada más verlas.

Fruncí el ceño.

—¿Hijo de Hefesto? ¿No deberías estar fabricando cosas entonces en lugar de robarlas?

Caco resopló.

—¡Demasiado trabajo! A veces, cuando encuentro un artículo de primera calidad, hago mis propias copias. Pero la mayoría de las veces es más fácil robar. Empecé robando reses en la antigüedad. ¡Me encantan! Por eso me

instalé en el barrio de los mataderos. ¡Luego descubrí que aquí no solo hay carne!

Sonrió como si hubiera hecho un increíble descubrimiento.

—Vendedores ambulantes, *boutiques* de lujo... ¡Esta ciudad es maravillosa, mejor aún que la Antigua Roma! Y los obreros han tenido la amabilidad de hacerme esta cueva.

—Antes de que tú los echases —terció Annabeth— y estuvieses a punto de matarlos.

Caco contuvo un bostezo.

—¿Seguro que no sois mi desayuno? Porque estáis empezando a aburrirme. Si no queréis comprar nada, iré a por la salsa y las tortillas mexicanas...

—Buscamos algo especial —lo interrumpí—. Algo genuino. Y mágico. Pero supongo que no tienes nada así.

—¡Ja! —Caco aplaudió—. Un comprador de artículos de gama alta. Si no tengo lo que buscas puedo robarlo... por el precio adecuado, claro.

—La vara de Hermes —dije—. El caduceo.

La cara del gigante se puso roja como su pelo. Entornó los ojos.

—Entiendo. Debería haberme imaginado que Hermes mandaría a alguien. ¿Quiénes sois? ¿Hijos del dios de los ladrones?

Annabeth levantó la daga.

—¿Acaba de llamarme hija de Hermes? Voy a darle una puñalada en...

—Soy Percy Jackson, hijo de Poseidón —contesté mientras estiraba el brazo para detener a mi novia—. Ella es Annabeth Chase, hija de Atenea. A veces echamos una mano a los dioses con tonterías como... matar a los titanes, salvar el Monte Olimpo, y cosas por el estilo. Puede que hayas oído algo al respecto. Bueno, volviendo al caduceo, sería más fácil que nos lo dieras antes de que las cosas se pongan feas.

Lo miré a los ojos y confié en que la amenaza diera resultado. Ya sé que parece ridículo que un chico de dieciséis años intente impresionar a un gigante que escupe fuego, pero ya había luchado contra algunos monstruos bastante peligrosos. Además, me había bañado en la Laguna Estigia, que me había hecho inmune a la mayoría de los ataques físicos. Debía de haberme ganado un poco de reputación entre los malotes, ¿no? A lo mejor Caco había oído hablar de mí. A lo mejor se ponía a temblar y decía lloriqueando: «Oh, señor Jackson, ¡cuánto lo siento! ¡No lo sabía!».

Sin embargo, echó la cabeza atrás y se rio a carcajadas.

—¡Oh, ya veo! ¡Se suponía que tenía que asustarme! Por desgracia, el único semidiós que me ha vencido ha sido el mismísimo Hércules.

Me volví hacia Annabeth y moví la cabeza con gesto de exasperación.

—Siempre Hércules. ¿Qué pasa con ese tío?

Ella se encogió de hombros.

—Tenía un publicista muy bueno.

El gigante siguió fanfarroneando.

—¡Durante siglos fui el terror de Italia! Robé muchas vacas..., más que ningún otro gigante. Las madres solían asustar a sus hijos pronunciando mi nombre. Les decían: «¡Cuida los modales, niño, o vendrá Caco y te robará las vacas!».

—Qué horror —dijo Annabeth.

El gigante sonrió.

—¡Ya te digo! Así que más vale que os rindáis, semidioses. El caduceo nunca será vuestro. ¡Tengo planes para él!

Levantó la mano, y la vara de Hermes apareció en ella. Yo la había visto muchas veces, pero aun así me provocó un escalofrío en la espalda. Los objetos divinos irradian poder. La vara era de madera blanca lisa, medía aproximadamente un metro y estaba rematada con una esfera de plata y unas alas de paloma que se agitaban. Dos serpientes muy inquietas se entrelazaban alrededor de ella.

¡Percy! Una voz de reptil habló en mi mente. *¡Gracias a los dioses!*

Sí, hace horas que no me dan de comer, asintió otra voz temblorosa, más grave y más malhumorada.

—Martha, George —dije—. ¿Estáis bien?

Estaría mejor si comiera algo, se quejó George. *Hay unas ratas muy ricas aquí abajo. ¿Podrías cazarlos alguna?*

¡Basta, George!, lo reprendió Martha. *Tenemos problemas más graves. ¡Este gigante quiere quedarse con nosotros!*

Caco paseaba su mirada de las serpientes a mí y viceversa.

—Espera. ¿Puedes hablar con las serpientes, Percy Jackson? ¡Es estupendo! Diles que más les vale que empiecen a colaborar. Soy su nuevo amo, y no recibirán comida hasta que obedezcan mis órdenes.

¡Qué morro!, gritó Martha. *Dile a ese cretino pelirrojo...*

—Un momento —la interrumpió Annabeth—. Caco, las serpientes nunca te obedecerán. Solo trabajan para Hermes. Como tú no sabes usar la vara, no te sirve de nada. Devuélvela, y haremos como si no hubiera pasado nada.

—Una idea estupenda —dije.

El gigante gruñó.

—Oh, ya descubriré cómo usar los poderes de la vara, muchacha. ¡Obligaré a las serpientes a que colaboren!

Caco agitó el caduceo. George y Martha se retorcieron y sisearon, pero parecían pegadas a la vara. Yo sabía que el caduceo podía transformarse en toda clase de objetos útiles: una espada, un teléfono móvil, un lector de códigos de barras para comparar precios. Y en una ocasión George había mencionado algo inquietante sobre un «modo láser». No me apetecía que Caco descubriese cómo funcionaba esa prestación.

Finalmente, el gigante gruñó decepcionado, golpeó la res de vaca más cercana con la vara y la carne se volvió de piedra en el acto. Una ola petrificante se propagó de res en res hasta que la hilera se volvió tan pesada que se desplomó. Media docena de vacas de granito se hicieron pedazos.

—¡Vaya, qué interesante! —Caco sonrió.

—Oh, no. —Annabeth dio un paso atrás.

El gigante blandió la vara en dirección a nosotros.

—¡Sí! Pronto dominaré este trasto y seré tan poderoso como Hermes. ¡Podré ir a donde me dé la gana! Robaré todo lo que quiera, fabricaré imitaciones de primera y las venderé por todo el mundo. ¡Seré el señor de los vendedores ambulantes!

—Eso sí que es perverso —dije.

—¡Ja, ja! —Caco levantó triunfalmente el caduceo—. Tenía mis dudas, pero ahora estoy convencido. ¡Robar esta vara fue una magnífica idea! Ahora veamos cómo puedo mataros con ella.

—¡Espera! —gritó Annabeth—. ¿Quieres decir que no fue idea tuya robar la vara?

—¡Matadlos! —ordenó Caco a las serpientes al tiempo que nos apuntaba con el caduceo, pero la punta de plata solo expulsó unos papelitos. Annabeth recogió uno y lo leyó.

—Intentas matarnos con cupones de Groupon —anunció—. Un ochenta y cinco por ciento de descuento en clases de piano.

—¡Grrr! —Caco fulminó con la mirada a las serpientes y lanzó un ardiente rayo de advertencia por encima de sus cabezas—. ¡Obedecedme!

George y Martha reptaron alarmados.

¡*Para!*, gritó Martha.

¡*Somos animales de sangre fría!*, protestó George. ¡*No nos gusta el fuego!*

—¡Eh, Caco! —grité, tratando de volver a captar su atención—. Contéstanos. ¿Quién te dijo que robases la vara?

El gigante se rio burlonamente.

—Semidiós tonto. Cuando venciste a Cronos, ¿creías que eliminaste a todos los enemigos de los dioses? Solo retrasaste la caída del Olimpo un poco más. Sin la vara, Hermes será incapaz de transmitir mensajes. Las líneas de comunicación olímpicas se cortarán, y ese solo es el primer desastre que mis amigos tienen planeado.

—¿Tus amigos? —preguntó Annabeth.

Caco descartó la pregunta con un gesto de la mano.

—No importa. No viviréis tanto, y yo solo estoy en esto por el dinero. ¡Con este bastón ganaré millones! ¡Puede que miles de millones! Y ahora quedaos quietecitos. A lo mejor consigo un buen precio por dos estatuas de semidioses.

No me gustaban las amenazas de esa clase. Me había hartado de ellas hacía años cuando había luchado contra Medusa. No ardía en deseos de luchar contra ese tío, pero también sabía que no podía dejar a George y a Martha a su merced. Además, el mundo ya tenía suficientes vendedores ambulantes. Nadie se merecía abrir la puerta de su casa y encontrarse a un gigante que escupía fuego con una vara mágica y una colección de Rolex de imitación.

Miré a Annabeth.

—¿Hora de luchar?

Ella me dirigió una dulce sonrisa.

—Es lo más inteligente que has dicho en toda la mañana.

Estarás pensando: «Un momento, ¿atacasteis sin ningún plan?».

Pero Annabeth y yo llevábamos años luchando juntos. Conocíamos nuestras respectivas facultades. Podíamos prever los movimientos del otro. Aunque ser su novio me hacía sentir incómodo y nervioso, pelear con ella me salía de forma natural.

Mmm... Eso ha sonado mal. En fin.

Annabeth se desvió a la izquierda del gigante y yo arremetí contra él de frente. Todavía tenía a Caco fuera del alcance de la espada cuando abrió a tope su boca y escupió fuego.

El siguiente descubrimiento sorprendente que hice es que el aliento de fuego está caliente.

Conseguí saltar a un lado, pero noté que los brazos se me empezaban a calentar y la ropa comenzaba a arder. Rodé por el barro para apagar las llamas y derribé una percha de abrigo de mujer.

El gigante rugió.

—¡Mira lo que has hecho! ¡Eran imitaciones de Prada auténticas!

Annabeth aprovechó la distracción para atacar. Se abalanzó sobre Caco por detrás y le dio una estocada en la parte trasera de la rodilla; normalmente, un punto débil de los monstruos. Se apartó de un salto cuando Caco blandió el caduceo y a punto estuvo de darle. La punta de plata impactó, sin embargo, contra la excavadora, y la máquina entera se volvió de piedra.

—¡Te voy a matar! —El gigante tropezó mientras le sangraba la pierna herida y escupió fuego a Annabeth, pero ella sorteó la llamarada. Yo atacé entonces con *Contracorriente* y le hice un tajo al gigante en la otra pierna.

Pensarás que con eso fue suficiente, ¿verdad? Pues no.

Caco gritó de dolor, se volvió a una velocidad sorprendente y me golpeó con el dorso de la mano. Yo salí volando y me estrellé contra un montón de vacas de piedra rotas. Se me nubló la vista. Annabeth gritó: «¡Percy!», pero su voz sonó como si estuviera bajo el agua.

¡Muévete! La voz de Martha habló en mi mente. ¡*Está a punto de atacar!*

¡*Rueda a la izquierda!*!, dijo George, que era una de las recomendaciones más útiles que me había hecho jamás. Rodé a la izquierda mientras el caduceo se estrellaba contra el montón de piedras donde yo había estado tumbado.

Oí un ¡CLANC!, y el gigante gritó:

—¡Grrr!

Me levanté tambaleándome. Annabeth acababa de pegar al gigante en el trasero con el escudo. Yo era un experto en expulsiones escolares, y me habían echado de varias academias militares en las que creían que los azotes fortalecían el espíritu. Así que me hacía una idea aproximada de lo que se sentía cuando te zurraban con una gran superficie plana, y apreté las nalgas en solidaridad.

Caco se tambaleó, pero antes de que Annabeth pudiera volver a castigarlo, se volvió y le arrebató el escudo. Estrujó el bronce celestial como si fuera papel y lo lanzó por encima del hombro.

Adiós, objeto mágico.

—¡Se acabó! —Caco apuntó a Annabeth con la vara.

Yo todavía estaba mareado. Me dolía la espalda como si hubiera pasado la noche en el Palacio de las Camas de Agua de Crusty, pero avancé dando traspiés, decidido a ayudar a mi novia. Antes de que pudiera llegar a ella, el caduceo cambió de forma. Se convirtió en un móvil y sonó la melodía de la «Macarena». George y Martha, reducidas al tamaño de unas lombrices, se enroscaban por la pantalla.

Muy buena, dijo George.

Bailamos esta en nuestra boda, comentó Martha. *¿Te acuerdas, querido?*

—¡Estúpidas serpientes! —Caco sacudió violentamente el móvil.

¡Ah!, exclamó Martha.

¡Ayúdame! A George le temblaba la voz. *¡Debo... obedecer... a... Bata... Roja!*

El teléfono se transformó otra vez en vara.

—¡Vamos, portaos bien! —advirtió Caco a las serpientes—. ¡O tendré que convertirlos en un bolso de Gucci falso!

Annabeth corrió a donde estaba yo y retrocedimos uno al lado del otro hasta situarnos al lado de la escalera.

—Nuestra estrategia no ha dado muy buen resultado —observó. Respiraba con dificultad y le ardía la manga izquierda de la camiseta, pero por lo demás parecía ilesa—. ¿Alguna propuesta?

A mí me zumbaban los oídos. Su voz todavía me sonaba como si estuviera bajo el agua.

Un momento... «Bajo el agua».

Miré por el túnel; todas aquellas tuberías rotas incrustadas en la roca: cañerías, conductos de las cloacas... Al ser hijo del dios del mar, a veces podía controlar el agua. Me preguntaba...

—¡No me caéis bien! —gritó Caco mientras se dirigía a nosotros con paso airado, echando humo por las ventanas de la nariz—. Ya es hora de poner fin a esto.

—Espera —le dije a Annabeth, rodeándole la cintura con la mano libre.

Me concentré en buscar agua por encima de nosotros. No fue difícil. Percibí una peligrosa presión en las cañerías de la ciudad y la canalicé toda hacia las tuberías rotas.

Caco se elevaba imponente por encima de nosotros, con la boca brillante como un horno.

—¿Unas últimas palabras, semidiós?

—Mira arriba —le dije.

Me obedeció.

Nota mental: cuando hagas explotar el alcantarillado de Manhattan, no estés debajo de él.

La cueva entera retumbó mientras mil tuberías de agua estallaban por encima de nosotros. Una cascada no muy limpia impactó a Caco en la cara. Aparté a Annabeth de un tirón y, arrastrándola conmigo, salté a la orilla del torrente.

—¿Qué estás...? —empezó a decir ella, y emitió un sonido estrangulado—. ¡Aaahhh!

Nunca lo había intentado antes, pero hice un esfuerzo consciente por desplazarme contra la corriente como un salmón, saltando de torrente en torrente mientras el agua entraba a borbotones en la caverna. Si alguna vez has tratado de subir corriendo por un tobogán acuático, te puedes hacer una idea de lo que yo estaba intentando hacer, solo que aquella subida tenía un ángulo de noventa grados y no había tobogán, solo agua.

Mucho más abajo, oí a Caco chillando mientras millones, puede que incluso miles de millones de litros de agua asquerosa se estrellaban contra él. Entretanto, Annabeth gritaba, tenía arcadas, me pegaba, me dedicaba entrañables apelativos cariñosos como «¡Idiota!», «¡Imbécil!», «¡Tonto!», «¡Asqueroso!»,... y lo remataba todo con «¡Te voy a matar!».

Finalmente, salimos disparados del suelo encima de un desagradable géiser y caímos sanos y salvos en el pavimento.

Los peatones y los policías retrocedieron gritando alarmados ante nuestra versión del géiser Old Faithful con aguas residuales. Hubo frenazos, y algunos coches chocaron contra la parte trasera de otros vehículos mientras los conductores paraban para contemplar el caos.

Me sequé con solo desearlo —un truco útil—, pero seguía oliendo bastante mal. Annabeth tenía bolitas de algodón usadas entre el pelo y un envoltorio de caramelo mojado pegado a la cara.

—¡Ha sido horrible! —comentó.

—Míralo por el lado bueno —dije—: estamos vivos.

—¡Sin el caduceo!

Hice una mueca. Sí, un detalle sin importancia. Tal vez el gigante se había ahogado. Entonces se desvanecería y volvería al Tártaro como hacían la mayoría de los monstruos vencidos, y podríamos ir a recoger el caduceo.

Parecía bastante razonable.

El géiser bajó, seguido de un horrendo sonido de agua yéndose por el túnel como si en el Olimpo alguien hubiera tirado de la cadena divina.

Entonces una lejana voz de serpiente habló en mi mente:

Qué asco, dijo George. Ha sido repugnante hasta para mí, y eso que como ratas.

¡Alerta!, advirtió Martha. ¡Oh, no! Creo que el gigante ha descubierto...

Una explosión sacudió la calle. Un rayo de luz azul salió disparado del túnel, abrió una zanja en el lateral del edificio de oficinas de cristal y derretió

las ventanas y volatilizó el hormigón. El gigante emergió del agujero con la bata de velvetón echando humo y la cara salpicada de cieno.

No parecía contento. En sus manos, el caduceo parecía ahora una bazuca con unas serpientes enroscadas alrededor del cañón y una brillante boca azul.

—Vale —dijo Annabeth débilmente—. ¿Qué es eso?

—Eso debe de ser el modo láser —deduje.

A todos los que vivís en el distrito de Meatpacking, os pido disculpas. Por culpa del humo, los escombros y el caos sembrado, seguramente muchos habéis tenido que cambiar de casa.

Aun así, lo verdaderamente sorprendente es que no causamos más daños.

Annabeth y yo escapamos cuando otro rayo láser abrió una zanja en la calle a nuestra izquierda y empezaron a llover pedazos de asfalto como si fueran confeti.

Detrás de nosotros, Caco chilló:

—¡Me habéis destrozado los Rolex falsos! ¡No son sumergibles! ¡Vais a morir!

Seguimos corriendo. Yo esperaba alejar al monstruo de los mortales inocentes, pero era bastante difícil de lograr en medio de Nueva York. Las calles estaban abarrotadas de tráfico. Los peatones gritaban y corrían por todos lados. Los dos agentes de policía que había divisado antes no se veían ahora por ninguna parte; tal vez la muchedumbre los había arrastrado.

—¡El parque! —Annabeth señaló la vía elevada del parque de la High Line—. Si conseguimos sacar a Caco del nivel de la calle...

¡BUM! El láser atravesó una camioneta de comida situada cerca. El vendedor se lanzó por la ventanilla con un puñado de kebabs.

Annabeth y yo corrimos hacia la escalera del parque. Las sirenas aullaban a lo lejos, pero yo no quería que intervinieran más policías. Los agentes del orden mortales complicarían más las cosas, y a través de la Niebla, la policía incluso podría pensar que nosotros dos éramos el problema. Nunca se sabía.

Subimos al parque. Traté de orientarme. En otras circunstancias, habría disfrutado de la vista del reluciente río Hudson y las azoteas del barrio de alrededor. Hacía buen tiempo. Los parterres del parque estaban rebosantes de color.

Sin embargo, la High Line estaba vacía; tal vez porque era un día laborable o porque los visitantes eran listos y huían cuando oían explosiones.

Debajo de nosotros, Caco rugía, soltaba juramentos y ofrecía a los asustados mortales grandes descuentos en relojes Rolex un poco mojados. Calculé que solo contábamos con unos segundos antes de que nos encontrásemos.

Escudriñé el parque esperando dar con algo que nos fuese útil, pero solo veía bancos, senderos y muchas plantas. Ojalá hubiéramos contado con la ayuda de un hijo de Deméter. Un descendiente suyo habría podido envolver al gigante en enredaderas o transformar flores en estrellas ninja. Nunca había visto a un hijo de Deméter hacer algo así, pero molaría.

Miré a Annabeth.

—Te toca proponer una idea brillante.

—Estoy en ello. —Estaba guapísima cuando combatía. Sé que es un comentario absurdo, sobre todo después de acabar de subir por una cascada de aguas residuales, pero cuando peleaba le brillaban los ojos grises. La cara le resplandecía como la de una diosa y, créeme, he visto a unas cuantas. Y cómo le quedaba el collar de cuentas del Campamento Mestizo en el cuello... Vale, perdón. Me he distraído un poco.

Ella señaló con el dedo.

—¡Allí!

A unos treinta metros, la antigua vía de ferrocarril se dividía, y la plataforma elevada formaba una Y. La parte más corta de la Y era un callejón sin salida: una zona del parque que seguía en construcción. Sobre la grava reposaban sacos de tierra para macetas y semilleros de plantas. El brazo de una grúa que debía de estar al nivel del suelo sobresalía por encima del borde de la barandilla. Muy por encima de nosotros, unas grandes pinzas metálicas colgaban del brazo de la grúa; probablemente, la habían estado utilizando para subir el material de jardinería.

De repente entendí lo que Annabeth planeaba y me sentí como si estuviera intentando tragarme una moneda.

—No —dije—. Demasiado peligroso.

Ella arqueó una ceja.

—Percy, sabes que soy una *crack* de las máquinas de gancho.

Era cierto. La había llevado al salón recreativo de Coney Island, y habíamos vuelto con una bolsa llena de animales de peluche. Pero esa grúa era enorme.

—No te preocupes —me aseguró—. He supervisado maquinaria más pesada en el Monte Olimpo.

Mi novia: estudiante destacada de segundo, semidiosa y —ah, sí— jefa del proyecto de rediseño del palacio de los dioses en el Monte Olimpo en su

tiempo libre.

—Pero ¿sabes manejarla? —pregunté.

—Está chupado. Tú tráelo aquí. Mantenlo ocupado mientras yo lo agarro.

—Y luego, ¿qué?

Sonrió de una forma que me hizo alegrarme de no ser el gigante.

—Ya lo verás. Si pudieras quitarle el caduceo mientras está distraído, sería genial.

—¿Alguna cosa más? —pregunté—. ¿Te apetecen unas patatas fritas y una bebida, por ejemplo?

—Cállate, Percy.

—¡MUERTE! —Caco subió la escalera como una exhalación y llegó a la High Line. Al vernos, empezó a acercarse pesadamente con una lenta y seria determinación.

Annabeth echó a correr. Llegó a la grúa, saltó por encima de la barandilla y se deslizó por el brazo metálico como si fuera la rama de un árbol. Desapareció.

Yo levanté la espada y me volví hacia el gigante. Su bata de velvetón roja estaba hecha jirones y, además, había perdido las zapatillas. Tenía el cabello pelirrojo pegado a la cabeza como un gorro de ducha grasiento. Apuntó con su bazuca brillante.

—George, Martha —grité, confiando en que pudieran oírme—. Desconectad el modo láser, por favor.

¡*Lo estamos intentando, querido!*, dijo Martha.

Me duele la tripa, se quejó George. *Creo que ese bruto me ha hecho un morado en la barriga.*

Retrocedí despacio por la vía sin salida, dirigiéndome poco a poco a la grúa. Caco me siguió. Ahora que me tenía atrapado, no parecía tener prisa por matarme. Se detuvo a seis metros, justo detrás de la sombra del gancho de la grúa. Yo traté de aparentar que estaba acorralado y asustado. No me costó demasiado hacerlo.

—Bueno —gruñó Caco—. ¿Unas últimas palabras?

—Socorro —dije—. Ostras. Uy. ¿Qué tal esas? Ah, y Hermes es mucho mejor vendedor que tú.

—¡Grrr! —El gigante bajó el láser del caduceo.

La grúa no se movió. Aunque Annabeth pudiera encenderla, me preguntaba cómo podría ver a su objetivo desde abajo. Debería haber pensado en eso antes.

Caco apretó el gatillo, y de repente el caduceo cambió de forma. El gigante trató de fulminarme con un lector de tarjetas de crédito, pero lo único que salió del aparato fue un recibo de papel.

¡Sí, señor!, gritó George en mi mente. *¡Punto para las serpientes!*

—¡Maldita vara! —Caco tiró el caduceo indignado; la oportunidad que yo había estado esperando. Me lancé hacia delante, cogí la vara y rodé por debajo de las piernas del gigante.

Cuando me puse en pie, habíamos cambiado de posición. Él estaba de espaldas a la grúa. El brazo de la máquina se hallaba justo detrás de él, con el gancho perfectamente situado encima de su cabeza.

Lamentablemente, la grúa seguía sin moverse. Y Caco seguía queriendo matarme.

—Primero apagas mi fuego con esas malditas aguas residuales —gruñó—. Y ahora me robas el bastón.

—Que tú robaste de mala manera —dije.

—No importa. —Caco hizo crujir los nudillos—. Tú tampoco sabes usar la vara. Te mataré con mis propias manos.

La grúa se movió, despacio y casi en silencio. Me di cuenta de que había espejos fijados a lo largo del lateral del brazo, como retrovisores para guiar al operador. Y en uno de esos espejos se reflejaban los ojos grises de Annabeth.

Las pinzas se abrieron y empezó a bajar.

Sonreí al gigante.

—En realidad, Caco, tengo otra arma secreta.

Los ojos del gigante se iluminaron de codicia.

—¿Otra arma? ¡Te la robaré! ¡La copiaré y sacaré beneficios vendiendo imitaciones! ¿Qué es esa arma secreta?

—Se llama Annabeth —contesté—. Y es única.

Las pinzas descendieron, golpearon a Caco en la cabeza y lo derribaron al suelo. Mientras estaba atontado, las pinzas se cerraron en torno a su pecho y lo levantaron por los aires.

—¿Qu-qué es esto? —El gigante volvió en sí a seis metros de altura—. ¡Bájame!

Se retorció inútilmente e intentó expulsar fuego, pero solo consiguió escupir barro.

Annabeth balanceó el brazo de la grúa de un lado a otro para hacerle coger impulso mientras el gigante soltaba tacos y forcejeaba. Yo tenía miedo de que la grúa entera volcase, pero mi novia la controlaba perfectamente.

Balanceó el brazo por última vez y abrió las pinzas cuando Caco se encontraba en lo alto del arco.

—¡Aaahhh! —El gigante salió volando por encima de los tejados, sobrevoló el muelle de Chelsea y empezó a caer hacia el río Hudson.

—George, Martha —dije—. ¿Sería posible que activaseis el modo láser por última vez?

Con mucho gusto, respondió George.

El caduceo se transformó en una tremenda bazuca de tecnología punta.

Apunté al gigante mientras caía y grité:

—¡Fuego! El caduceo disparó su rayo de luz azul, y Caco se desintegró en una bonita explosión de color.

Eso ha estado muy bien, dijo George. *¿Me das una rata ya?*

Estoy de acuerdo con George, comentó Martha. *Una rata estaría fenomenal.*

—Os la habéis ganado —dije—. Pero primero veamos cómo está Annabeth.

Ella se reunió conmigo en la escalera del parque sonriendo de oreja a oreja.

—¿A que ha sido increíble? —preguntó.

—Ha sido increíble —convine. Es difícil dar un beso romántico estando empapados en barro, pero hicimos lo que pudimos.

Cuando por fin me separé para coger aire, dije:

—Ratas.

—¿Ratas? —preguntó ella.

—Para las serpientes —contesté—. Y luego...

—Oh, dioses. —Ella sacó su móvil y consultó la hora—. Son casi las cinco. ¡Tenemos que devolverle el caduceo a Hermes!

Las calles estaban atestadas de vehículos de emergencia y pequeños accidentes, de modo que volvimos en metro. Además, en el metro había ratas. No entraré en detalles truculentos, pero puedo asegurarte que George y Martha pusieron su granito de arena para resolver el problema de las alimañas. Mientras viajábamos hacia el norte, se enroscaron alrededor del caduceo y dormitaron satisfechos con la barriga llena.

Nos reunimos con Hermes junto a la estatua de Atlas del Rockefeller Center. (La estatua, por cierto, no se parece en nada al auténtico Atlas, pero eso es otra historia).

—¡Gracias a las Moiras! —gritó Hermes—. ¡Ya casi había perdido la esperanza!

Cogió el caduceo y acarició las cabezas de sus serpientes dormidas.

—Vale, vale, amigos míos. Ya estáis en casa.

Zzzzzz, dijo Martha.

Qué rica, murmuró George en sueños.

Hermes suspiró aliviado.

—Gracias, Percy.

Annabeth carraspeó.

—Ah, sí —añadió el dios—, y a ti también, muchacha. ¡Tengo el tiempo justo para terminar de hacer las entregas! Pero ¿qué pasó con Caco?

Le relatamos la historia. Cuando le conté que el gigante nos había dicho que la idea de robar el caduceo no había sido suya y que los dioses tenían otros enemigos, el rostro de Hermes se ensombreció.

—Caco quería cortar las líneas de comunicación de los dioses, ¿verdad? —reflexionó—. Es irónico, considerando que Zeus ha estado amenazando...

Se le fue apagando la voz.

—¿Qué? —preguntó Annabeth—. ¿Zeus ha estado amenazando con qué?

—Nada —dijo Hermes.

Era evidente que se trataba de una mentira, pero había aprendido que es preferible no enfrentarse a los dioses cuando te mienten a la cara. Suelen convertirte en pequeños mamíferos peludos o plantas en macetas.

—Vale... —dije—. ¿Tienes idea de a qué se refería Caco con lo de los otros enemigos o quién querría robarte el caduceo?

Hermes empezó a moverse nervioso.

—Oh, es difícil saberlo... Los dioses tenemos muchos enemigos.

—Cuesta creerlo —dijo Annabeth.

Hermes asintió con la cabeza. Al parecer, no captó el sarcasmo o estaba pensando en otras cosas.

Me daba la impresión de que las advertencias del gigante nos pasarían factura tarde o temprano, pero estaba claro que Hermes no pensaba darnos explicaciones.

Forzó una sonrisa.

—¡En cualquier caso, felicidades a los dos! Ahora debo irme. Tengo que hacer muchas paradas...

—Queda el asuntillo de la recompensa —le recordé.

Annabeth frunció el entrecejo.

—¿Qué recompensa?

—Es nuestro primer mes de aniversario —dije—. No te habrás olvidado, ¿verdad?

Ella abrió la boca y la cerró. No acostumbro a dejarla sin habla. Tengo que disfrutar de esas contadas ocasiones.

—Ah, sí, tu recompensa. —Hermes nos miró de arriba abajo—. Creo que tendremos que empezar por una ropa nueva. El *look* de las aguas residuales no os queda bien. El resto será fácil. El dios de los viajes, a vuestra disposición.

—¿Qué dice? —preguntó Annabeth.

—Una sorpresa especial para cenar —contesté—. Te lo prometí.

Hermes se frotó las manos.

—Decid adiós, George y Martha.

Adiós, George y Martha, dijo George con voz soñolienta.

Zzz, se despidió Martha.

—Puede que no te vea durante una temporada, Percy —avisó Hermes—. Pero..., bueno, que lo paséis bien esta noche.

Hizo que esas palabras sonasen tan inquietantes que volví a preguntarme qué se estaba callando. Entonces chasqueó los dedos, y el mundo se esfumó a nuestro alrededor.

Nuestra mesa estaba lista. El *maître* nos sentó en la terraza de una azotea con vistas a las luces de París y los barcos del Sena. La Torre Eiffel brillaba a lo lejos.

Yo llevaba traje. Espero que alguien me hiciera una foto, porque no suelo vestir así. Por fortuna, Hermes lo había arreglado todo mágicamente. De lo contrario, yo no habría sabido hacerme el nudo de la corbata. Esperaba que me quedara bien, porque Annabeth estaba espectacular. Llevaba un vestido sin mangas verde oscuro que realzaba su largo cabello rubio y su figura esbelta y atlética. El collar del campamento había sido sustituido por una gargantilla de perlas grises que hacía juego con sus ojos.

El camarero trajo pan recién hecho y queso, una botella de agua mineral con gas para Annabeth y una Coca-Cola con hielo para mí (porque soy un cafre). Cenamos un montón de cosas que no sabía pronunciar, pero todo estaba delicioso. Pasó casi media hora hasta que Annabeth se recuperó de la impresión y habló.

—Esto es... increíble.

—Te mereces solo lo mejor —dije—. Y tú que creías que me había olvidado.

—Sí que te habías olvidado, Cerebro de Alga. —Pero su sonrisa me dijo que no estaba enfadada de verdad—. De todas formas, enhorabuena. Estoy impresionada.

—Tengo mis momentos.

—Ya lo creo. —Alargó el brazo a través de la mesa y me cogió la mano. Su expresión se volvió seria—. ¿Tienes idea de por qué Hermes se puso tan nervioso? Me dio la impresión de que está pasando algo malo en el Olimpo.

Sacudí la cabeza. «Puede que no te vea durante una temporada», había dicho el dios, como si me quisiera advertir de algo que iba a pasar.

—Disfrutemos de esta noche —dije—. Hermes nos teletransportará a medianoche.

—Es el momento perfecto para dar un paseo junto al río —propuso Annabeth—. Y, Percy, puedes empezar a planear nuestro segundo mes de aniversario.

—Oh, dioses.

Me entró el pánico al pensarlo, pero también me sentí bien. Había sobrevivido a mi primer mes como novio de Annabeth, de modo que supongo que no había metido demasiado la pata. De hecho, en mi vida había sido más feliz. Si ella veía un futuro para nosotros, si seguía pensando estar conmigo el mes siguiente, a mí me bastaba.

—¿Qué tal si vamos a dar ese paseo? —Saqué la tarjeta de crédito que Hermes me había metido en el bolsillo (una Olimpo Express negra) y la dejé sobre la mesa—. Quiero conocer París acompañado de una chica preciosa.

ENTREVISTA CON GEORGE Y MARTHA, LAS SERPIENTES DE HERMES

Es un gran honor hablar con vosotras. Sois muy famosas.

GEORGE: *Así es, colega. Somos VIS: very important snakes. Sin nosotros, la vara de Hermes no sería más que una rama vieja y aburrida.*

MARTHA: *Chisss..., podría oírte. Hermes, si estás escuchando, nos pareces maravilloso.*

GEORGE: *Sí, nos alegramos mucho de que nos cazases, Hermes. No dejes de darnos de comer, por favor.*

¿Cómo es trabajar para Hermes?

MARTHA: Trabajamos con Hermes, querido. No para él.

GEORGE: Sí, que nos cazase y nos convirtiese en parte de su caduceo no significa que sea nuestro dueño. Somos sus fieles compañeros, y se aburriría sin nosotros. Además, estaría muy ridículo sin su vara, ¿verdad?

¿Cuál es la mejor parte de vuestro trabajo?

MARTHA: Me gusta hablar con los jóvenes semidioses. Esos niños son un encanto. Pero me da pena ver cuando se vuelven malos...

GEORGE: Lo de Cronos fue un desastre, pero no hablemos de cosas tristes.
Hablemos de cosas divertidas, como láseres y viajes por el mundo con Hermes.

Sí, ¿qué hacéis mientras Hermes está entregando paquetes, ejerce de patrón de viajeros y ladrones, y hace de mensajero de los dioses?

GEORGE: Bueno, tampoco es que seamos unos inútiles, ¿sabes? ¿Qué pasa?, ¿crees que nos quedamos tomando el sol en el caduceo todo el día?

MARTHA: Eh, George, estás siendo maleducado.

GEORGE: Pero tiene que saber que somos indispensables.

MARTHA: Lo que George quiere decir es que hacemos muchas cosas para Hermes. En primer lugar, le damos apoyo moral, y me gustaría pensar que nuestra presencia tranquilizadora ayuda a los jóvenes semidioses cuando Hermes les da noticias no muy buenas.

GEORGE: Hacemos cosas más chulas. Hermes puede utilizar el caduceo como picana eléctrica, láser, incluso como móvil, y cuando le da ese uso, un servidor es la antena.

MARTHA: Y cuando reparte paquetes y los clientes tienen que firmar los recibos, yo...

GEORGE: Ella es el boli. Yo soy la libreta.

MARTHA: No interrumpas, George.

GEORGE: ¡Solo digo que Hermes no podría hacer su trabajo sin nosotros!

Móvil, libreta, bolígrafo... Parece que desempeñáis muchas funciones.

GEORGE: ¿Has dicho «ratones»?

MARTHA: No, ha dicho «funciones». Como hacemos muchas cosas, desempeñamos muchas funciones distintas.

GEORGE: Los ratones están riquísimos.

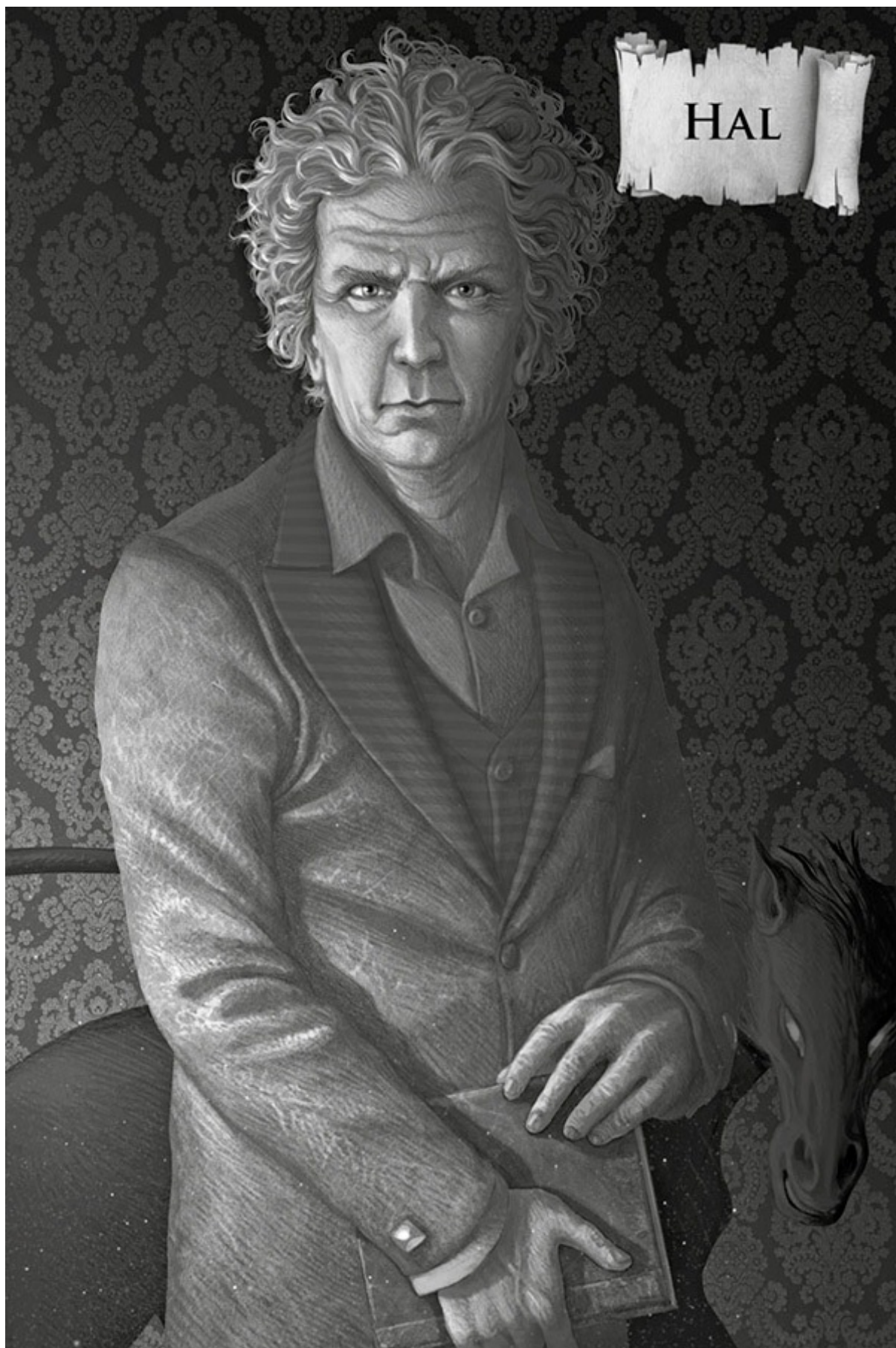
MARTHA: Ratones, no; funciones...

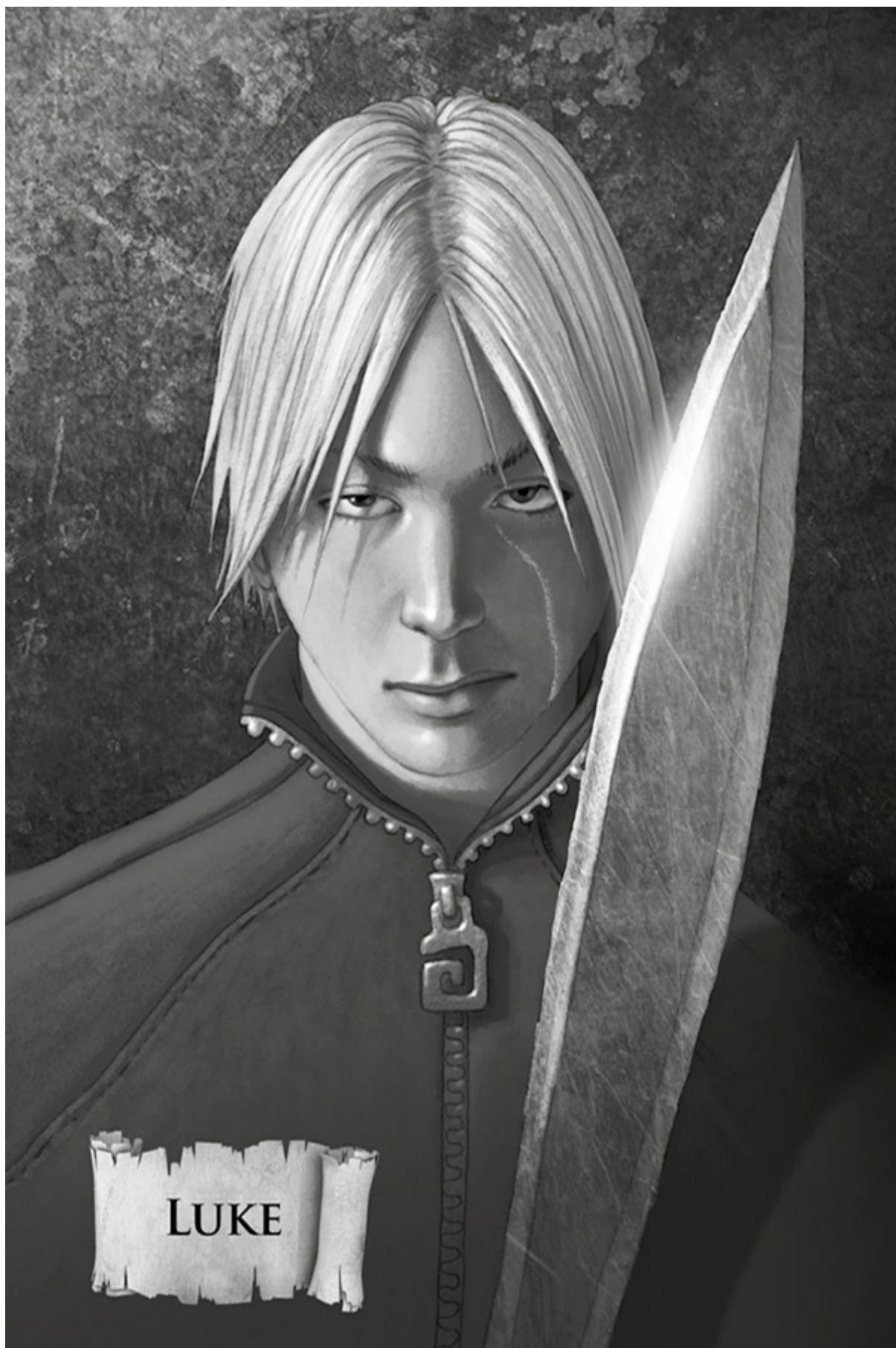
GEORGE: Tanto hablar de ratones me está dando hambre. Vamos a comer.



CONOCE
A
LOS SEMIDIOSES





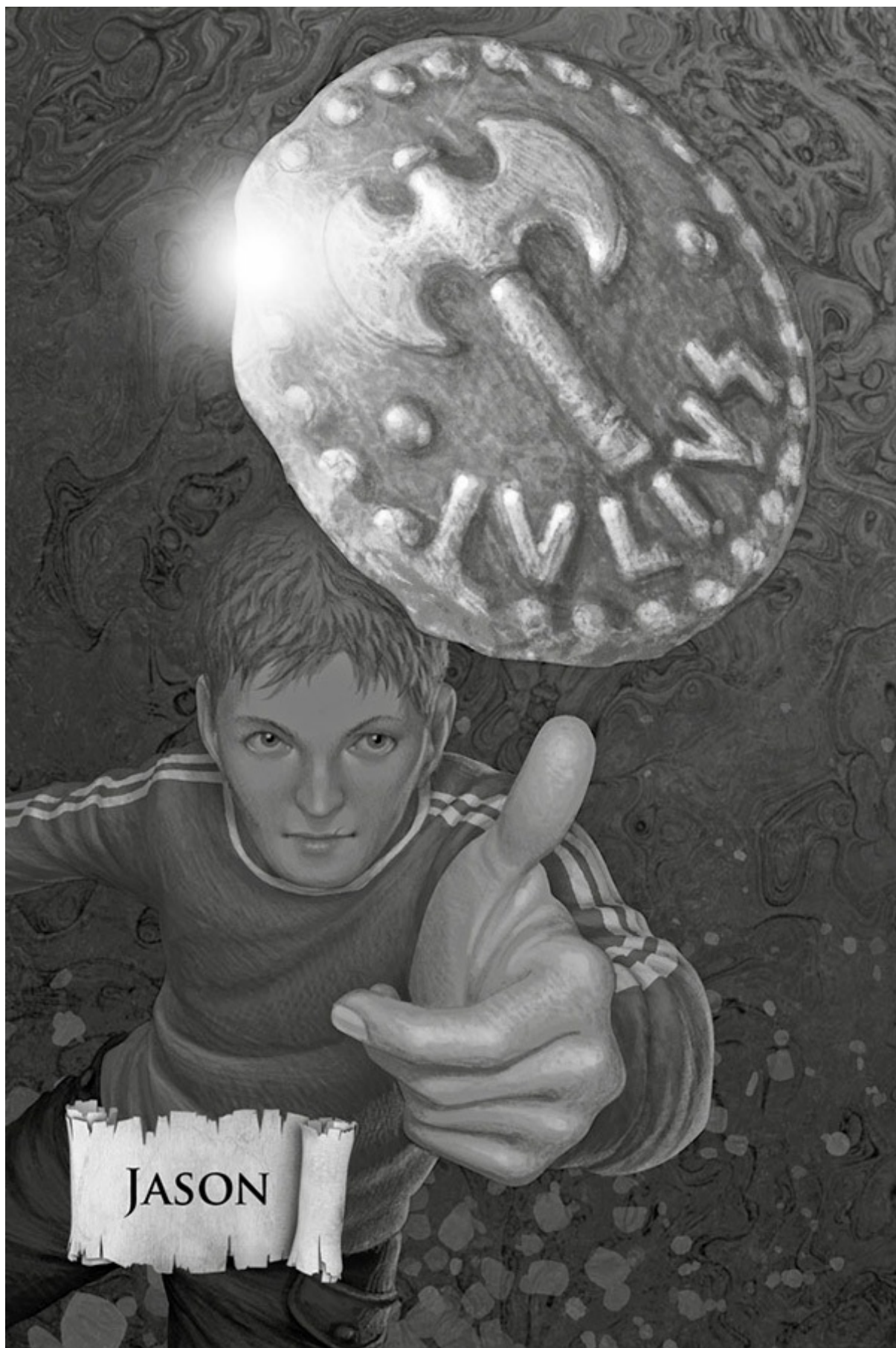












LEO VALDEZ
Y LA BÚSQUEDA
DE BUFORD



Leo echaba la culpa al limpiacristales. Debería haber sido más prudente. Ahora todo su proyecto —dos meses de trabajo— podía volar por los aires literalmente delante de sus narices.

Se paseaba por el Búnker 9 hecho una furia, insultándose por ser tan tonto, mientras sus amigos trataban de calmarlo.

—Tranquilo —dijo Jason—. Hemos venido a ayudarte.

—Dinos lo que ha pasado —le instó Piper.

Menos mal que habían contestado a su llamada de socorro tan rápido. Leo no podía acudir a nadie más. Tener a sus amigos a su lado le hizo sentirse mejor, aunque no estaba seguro de que ellos pudieran impedir el desastre.

Jason parecía tan tranquilo y seguro como siempre, con su pelo rubio y sus ojos azul celeste de surfista. La cicatriz de la boca y la espada que le colgaba del costado le daban un aire rudo, como si pudiera con cualquier cosa.

Piper estaba a su lado, con sus vaqueros y su camiseta naranja del campamento. Llevaba el cabello castaño largo recogido en una coleta a un lado. Su daga *Katoptris* lanzaba destellos en su cinturón. A pesar de la situación, sus ojos multicolores brillaban como si no pudiera contener la sonrisa. Ahora que Jason y ella estaban oficialmente juntos, Piper tenía ese aspecto muy a menudo.

Leo respiró hondo.

—Bueno, chicos. Esto es grave. Buford ha desaparecido. Si no lo encontramos, todo esto explotará.

Los ojos de Piper perdieron parte su risueño brillo.

—¿Explotar? Ejem..., vale. Tranquilízate y dinos quién es Buford.

Probablemente, no lo hizo a propósito, pero como hija de Afrodita, Piper tenía un poder de persuasión que hacía difícil no obedecer su voz. Leo notó que sus músculos se relajaban. Su mente se despejó un poco.

—Está bien —dijo—. Venid aquí.

Les hizo atravesar el hangar rodeando con cuidado algunos de sus proyectos peligrosos. En los dos meses que llevaba en el Campamento Mestizo, Leo había pasado la mayoría del tiempo en el Búnker 9. Después de todo, había redescubierto el taller secreto. Ahora era como una segunda casa para él. Pero sabía que sus amigos todavía se sentían incómodos allí.

Lo comprendía perfectamente. Incrustado en la ladera de un precipicio de piedra caliza en lo profundo del bosque, el búnker era a la vez depósito de armas, taller mecánico y refugio, con una pizca de delirio a lo Área 51. Hileras de bancos de trabajo se perdían en la oscuridad. Carritos de herramientas, armarios, cajas llenas de equipos de soldadura y montones de material de construcción formaban un laberinto de pasillos tan inmenso que Leo calculaba que hasta la fecha solo había explorado un diez por ciento. En lo alto había una serie de pasarelas y tubos neumáticos para repartir suministros, además de un sistema de iluminación y sonido de tecnología punta que estaba empezando a descifrar.

Una gran pancarta colgaba sobre el centro del área de producción. Leo había aprendido hacía poco a cambiar la visualización, como la pantalla gigante de Times Square, de modo que en la pancarta ahora ponía: ¡Feliz Navidad! ¡Todos vuestros regalos son de Leo!

Llevó a sus amigos al área de montaje central. El amigo metálico de Leo, el dragón de bronce Festo, había sido creado allí hacía décadas. Actualmente, Leo estaba montando a la niña de sus ojos: el *Argo II*.

De momento no parecía gran cosa. La quilla estaba puesta: un trozo de bronce celestial curvo como un arco de sesenta metros de proa a popa. Las tablas inferiores del casco habían sido colocadas y formaban un cuenco poco profundo sujeto con andamios. Los mástiles estaban a un lado, listos para ser instalados. El mascarón de bronce con forma de dragón de bronce — anteriormente, la cabeza de Festo— se hallaba cerca, envuelto con cuidado en terciopelo, esperando para ser instalado en su lugar de honor.

Leo había pasado la mayoría del tiempo en medio del barco, al pie del casco, donde estaba fabricando el motor que haría funcionar el buque de guerra.

Subió a un andamio y saltó al casco. Jason y Piper lo siguieron.

—¿Lo veis? —dijo.

Fijado a la quilla, el motor parecía un laberinto infantil de barras fabricado con tuberías, pistones, engranajes de bronce, discos mágicos, válvulas de ventilación, cables eléctricos y un millón de piezas mágicas y mecánicas más. Leo se introdujo en él y señaló la cámara de combustión.

Era una belleza, una esfera de bronce del tamaño de un balón de baloncesto, con la superficie tan llena de cilindros de cristal que parecía una estrella mecánica. De los extremos de los cilindros salían cables de oro conectados a diversas partes del motor, y cada cilindro estaba lleno de una sustancia mágica muy peligrosa. La esfera central tenía un reloj digital que marcaba «66:21». El panel de mantenimiento estaba abierto. Dentro, el núcleo se encontraba vacío.

—Ahí está el problema —anunció Leo.

Jason se rascó la cabeza.

—Ejem..., ¿qué estamos mirando?

A Leo la parecía bastante evidente, pero Piper también tenía cara de confundida.

—Vale —dijo Leo suspirando—, ¿queréis la explicación larga o la explicación breve?

—La breve —contestaron Piper y Jason al unísono.

Leo señaló el núcleo vacío.

—El sincopador va aquí. Es una válvula giroscópica de acceso múltiple que sirve para regular el flujo. ¿Los montones de tubos de cristal de fuera? Están llenos de sustancias muy potentes y peligrosas. Esa roja que brilla es fuego de Lemnos de las fraguas de mi padre. ¿Veis esta sustancia turbia de aquí? Es agua de la Laguna Estigia. Las sustancias de los tubos impulsarán el barco, ¿vale? Como las barras radiactivas de un reactor nuclear. Pero hay que controlar la proporción de la mezcla, y el temporizador ya está en funcionamiento.

Dio unos golpecitos al reloj digital, que ahora marcaba «65:15».

—Eso significa que, sin el sincopador, todas las sustancias entrarán en la cámara al mismo tiempo, dentro de sesenta y cinco minutos. En ese momento, experimentaremos una reacción muy desagradable.

Jason y Piper lo miraban fijamente. Leo se preguntó si había cambiado de idioma. A veces cuando estaba nervioso pasaba al castellano, como hacía su madre cuando estaba en su taller. Pero estaba seguro de que esta vez no lo había hecho.

—Ejem... —Piper se aclaró la garganta—. ¿Podrías abreviar la explicación breve?

Leo se dio una palmada en la frente.

—Está bien. Dentro de una hora los fluidos se mezclarán. El búnker hará bum y se formará un cráter humeante de más de dos kilómetros cuadrados.

—Ah —dijo Piper con una vocecilla—. ¿Y no puedes... apagarlo sin más?

—¡Hala, no se me había ocurrido! —exclamó Leo—. Voy a darle a este interruptor y... No, Piper. No puedo apagarlo. Es un mecanismo delicado. Hay que montarlo todo siguiendo un orden determinado en un tiempo determinado. Una vez que la cámara de combustión está instalada, como es el caso, no se pueden dejar ahí todos estos tubos. Hay que poner el motor en marcha. La cuenta atrás se ha iniciado automáticamente, y tengo que instalar el sincopador antes de que el combustible llegue a un punto crítico. Y no sería un problema si no... hubiera perdido el sincopador.

Jason se cruzó de brazos.

—Lo has perdido. ¿No tienes uno de recambio? ¿No puedes sacar uno de tu cinturón?

Leo negó con la cabeza. Su cinturón portaherramientas podía generar muchas cosas estupendas. Leo podía sacar de los bolsillos cualquier herramienta corriente —martillos, destornilladores, cizallas...; lo que fuese— solo con pensar en ella. Pero el cinturón no podía fabricar artilugios complejos ni objetos mágicos.

—Tardé una semana en fabricar el sincopador —dijo—. Y, sí, hice uno de recambio. Siempre lo hago. Pero también he perdido ese. Los dos estaban en los cajones de Buford.

—¿Quién es Buford? —preguntó Piper—. ¿Y por qué guardas sincopadores en sus cajones?

Leo puso los ojos en blanco.

—Buford es una mesa.

—Una mesa —repitió Jason—. Que se llama Buford.

—Sí, una mesa. —Leo se preguntaba si sus amigos se estaban quedando cortos de oído—. Una mesa mágica andante. De un metro de altura más o menos, con la superficie de caoba, la base de bronce y tres patas móviles. La rescaté de uno de los armarios y la restauré por completo. Es como las mesas que tiene mi padre en su taller. Una asistente increíble; carga con todas las piezas importantes de mis máquinas.

—¿Y qué le pasó? —inquirió Piper.

A Leo se le hizo un nudo en la garganta. Sentía una culpabilidad abrumadora.

—Fui... fui descuidado. La limpié con limpiacristales y... huyó.

Jason tenía cara de estar intentando resolver una ecuación.

—A ver si lo he entendido. Tu mesa huyó... porque la limpiaste con limpiacristales.

—¡Ya lo sé, soy un idiota! —dijo Leo gimiendo—. Un idiota genial, pero un idiota. Buford odia que la rocíen con limpiacristales. Hay que utilizar limpiamuebles con fórmula superhidratante y aroma de limón. Me distraje. Pensé que quizá por una vez no se daría cuenta. Entonces me di la vuelta un rato para instalar los tubos de combustión y cuando busqué a Buford...

Señaló las gigantescas puertas abiertas del búnker.

—Había desaparecido. Un pequeño rastro de aceite y tornillos llevaba al exterior. A estas alturas podría estar en cualquier parte, ¡y tiene los dos sincopadores!

Piper miró el reloj digital.

—Entonces, tenemos exactamente una hora para encontrar tu mesa fugitiva, recuperar tu sinco-como-se-llame e instalarlo en el motor, o el *Argo II* explotará, destruirá el Búnker 9 y casi todo el bosque.

—Básicamente —dijo Leo.

Jason frunció el ceño.

—Deberíamos avisar a los demás campistas. Puede que tengamos que evacuarlos.

—¡No! —A Leo se le quebró la voz—. Mira, la explosión no destruirá todo el campamento. Solo el bosque. Estoy bastante seguro. Un sesenta y cinco por ciento seguro.

—Bueno, es un consuelo —murmuró Piper.

—Además —añadió Leo—, no tenemos tiempo, y... y no puedo contárselo a los demás. Si se enteran de que he metido la pata...

Jason y Piper se miraron. La pantalla del reloj pasó a marcar 59:00.

—Está bien —dijo Jason—. Pero será mejor que nos demos prisa.

El sol empezó a ponerse mientras atravesaban el bosque. El clima del campamento se controlaba de forma mágica, de modo que no hacía un frío helador ni nevaba como en el resto de Long Island, pero aun así Leo notaba que estaban a finales de diciembre. A la sombra de los enormes robles, el aire era frío y húmedo. El terreno cubierto de musgo chapoteaba bajo sus pies.

Leo estuvo tentado de invocar fuego con la mano. Se le daba mejor desde que había llegado al campamento, pero sabía que a los espíritus del bosque no

les gustaba el fuego y no quería que le gritasen más dríades.

Nochebuena. A Leo le costaba creer que ya hubiera llegado. Había estado tan atareado en el Búnker 9 que apenas se había dado cuenta de que pasaban las semanas. Normalmente, cuando se acercaban las fiestas, se dedicaba a hacer el tonto, gastar bromas a sus amigos, vestirse de Taco Claus (una invención suya) y dejar tacos de carne asada en los calcetines y los sacos de dormir de los campistas, o echar ponche de huevo a sus amigos por dentro de las camisetas, o poner letras improcedentes a los villancicos. En cambio, ese año estaba serio y trabajador. Cualquiera de los profesores que le habían dado clase se habría reído si hubiese oído a Leo describirse con esos adjetivos.

El caso es que a Leo nunca le había preocupado tanto un proyecto. El *Argo II* tenía que estar listo para junio si querían emprender su gran misión a tiempo. Y aunque parecía que junio quedaba muy lejos, sabía que tenía el tiempo justo para respetar el plazo que le habían dado. Incluso con la ayuda de toda la cabaña de Hefesto, construir un buque mágico volador era una tarea ingente. Hacía que lanzar una nave espacial de la NASA pareciera fácil. Habían tenido muchos contratiempos, pero Leo solo podía pensar en terminar el barco. Sería su obra maestra.

También quería instalar el mascarón de proa del dragón. Echaba de menos a su viejo amigo Festo, que se había estrellado e incendiado en su última misión. Aunque Festo no volvería a ser el mismo, Leo esperaba poder reactivar su cerebro utilizando los motores del barco. Si podía darle una segunda vida a su dragón de bronce, no se sentiría tan mal.

Pero nada de eso tendría lugar si la cámara de combustión explotaba. Sería el final de la partida. Ni barco. Ni Festo. Ni misión. Leo no tendría a nadie a quien echar la culpa, salvo a sí mismo. Cómo odiaba el limpiacristales.

Jason se arrodilló a orillas de un riachuelo y señaló unas marcas en el barro.

—¿Os parecen huellas de mesa?

—Parecen de mapache —propuso Leo.

Jason frunció el ceño.

—¿Sin dedos en las pezuñas?

—¿Piper? —preguntó Leo—. ¿Tú qué opinas?

Ella suspiró.

—Que sea nativa americana no quiere decir que sepa seguir el rastro de los muebles por el monte. —Habló con voz más grave—. «Sí, *kemosabe*. Una mesa de tres patas pasó por aquí hace una hora». Yo qué sé.

—Jo, vale —dijo Leo.

Piper era mitad cheroqui, mitad diosa griega. Había días en que costaba saber qué parte de sus raíces era la dominante.

—Probablemente sean las huellas de una mesa —decidió Jason—. Eso significa que Buford ha cruzado el arroyo.

De repente el agua borboteó. Una chica con un reluciente vestido azul salió a la superficie. Tenía el pelo verde y greñado, los labios morados y la piel pálida, de modo que parecía que se hubiera ahogado.

—¿Por qué no habláis más alto aún? —susurró, mirándolos, inquieta, con los ojos muy abiertos—. ¡Os van a oír!

Leo parpadeó. Nunca se acostumbraba a que los espíritus de la naturaleza salieran repentinamente de entre los árboles o los arroyos.

—¿Eres una náyade? —preguntó.

—¡Chis! ¡Nos matarán a todos! ¡Están ahí mismo! —Señaló detrás de ella, a los árboles del otro lado del arroyo. Por desgracia, era la dirección que parecía haber seguido Buford.

—De acuerdo —dijo Piper con delicadeza, arrodillándose junto al agua—. Te agradecemos el aviso. ¿Cómo te llamas?

Parecía que la náyade quisiera escapar, pero la voz de Piper era difícil de resistir.

—Brooke —contestó la chica azul a regañadientes.

—¿Brooke qué más? —preguntó Jason.

Piper le dio un manotazo en la pierna.

—Está bien, Brooke. Yo soy Piper. No permitiremos que nadie te haga daño. Dinos de quién tienes miedo.

La náyade adoptó una expresión más intranquila y el agua empezó a bullir a su alrededor.

—De las locas de mis primas. No podréis detenerlas. Os harán pedazos. ¡Ninguno de nosotros está a salvo! Marchaos. ¡Tengo que esconderme! Brooke se deshizo en el agua.

Piper se levantó.

—¿Unas primas locas? —Miró a Jason frunciendo el entrecejo—. ¿Alguna idea de a qué se refería?

Él negó con la cabeza.

—A lo mejor deberíamos bajar la voz.

Leo se quedó mirando el arroyo. Trataba de averiguar si había algo tan horrible que pudiera hacer pedazos a un espíritu del río. ¿Cómo se hace pedazos el agua? Fuera lo que fuese, no quería conocerlo.

Sin embargo, podía ver el rastro de Buford en la otra orilla: pequeñas huellas cuadradas en el barro que llevaban en la dirección sobre la que les había advertido la náyade.

—Tenemos que seguir el rastro, ¿verdad? —dijo, principalmente para convencerse a sí mismo—. O sea..., como somos héroes y todo eso, podemos enfrentarnos a lo que sea. ¿Verdad?

Jason desenvainó su espada: un mortífero *gladius* de estilo romano con una hoja de oro imperial.

—Sí, claro.

Piper desenfundó su daga. Miró la hoja como si esperase que *Katoptris* le mostrase una visión útil. A veces la daga lo hacía. Pero si vio algo importante, no lo dijo.

—Primas locas —murmuró—, allá vamos.

Siguieron el rastro de la mesa adentrándose en el bosque sin hablar. Los pájaros estaban en silencio. Ningún monstruo gruñía. Parecía que los demás seres vivos del bosque hubieran tenido la prudencia de marcharse.

Finalmente, llegaron a un claro del tamaño de un pequeño aparcamiento. El cielo estaba encapotado y gris. La hierba estaba amarilla y seca, y el terreno se encontraba lleno de pozos y zanjas, como si alguien hubiera manejado alocadamente maquinaria de construcción. En el centro del claro había un montón de rocas de unos diez metros de altura.

—Oh —dijo Piper—. Esto no me gusta.

—¿Por qué? —preguntó Leo.

—Trae mala suerte estar aquí —comentó Jason—. Es el campo de batalla. Leo frunció el entrecejo.

—¿Qué batalla?

Piper arqueó las cejas.

—¿Cómo es posible que no lo sepas? Los demás campistas hablan de este sitio a todas horas.

—He estado un pelín ocupado —se justificó él.

Procuró no sentirse dolido, pero se había perdido muchas actividades del campamento: las batallas en trirreme, las carreras de carruajes, el tonto con las chicas. Eso era lo peor. Cuando por fin tenía un contacto entre las chicas más espectaculares del campamento, pues Piper era la monitora jefe de la cabaña de Afrodita, estaba demasiado ocupado para que ella le buscase novia. Qué pena.

—La Batalla del Laberinto. —Piper le explicó en voz baja que el montón de rocas se llamaba el Puño de Zeus cuando parecía algo y no un simple montón de rocas. Allí había habido una entrada a un laberinto mágico, y un gran ejército de monstruos la había cruzado para invadir el campamento. Los campistas ganaron —evidentemente, porque el campamento seguía allí—, pero la batalla había sido encarnizada. Varios dioses habían muerto. El claro todavía se consideraba maldito.

—Genial —masculló Leo—. Buford tenía que escaparse a la parte más peligrosa del bosque. No podía, qué sé yo, ir hacia la playa o a una hamburguesería.

—Hablando del tema... —Jason estudió el terreno—. ¿Cómo vamos a seguirle la pista? Aquí no hay ningún rastro.

Aunque Leo habría preferido quedarse al abrigo de los árboles, siguió a sus amigos hasta el claro. Buscaron huellas de mesa, pero no encontraron nada mientras avanzaban hacia el montón de rocas. Leo sacó un reloj de su cinturón portaherramientas y se lo puso en la muñeca. Faltaban aproximadamente cuarenta minutos para el gran bum.

—Si tuviera más tiempo —dijo—, podría fabricar un dispositivo localizador, pero...

—¿Buford tiene un tablero redondo? —lo interrumpió Piper—. ¿Con pequeñas válvulas de ventilación que sobresalen por un lado?

Leo la miró fijamente.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque está ahí al lado. —Señaló con el dedo.

Efectivamente, Buford se dirigía al fondo del claro con andares de pato, expulsando vapor por sus válvulas de ventilación. Mientras ellos miraban, desapareció entre los árboles.

—Ha sido fácil. —Jason empezó a seguir a Buford, pero Leo lo detuvo.

Notó que se le erizaba el vello de la nuca, pero no estaba seguro del motivo. Entonces se percató de que oía voces procedentes del bosque a su izquierda.

—¡Viene alguien!

Metió a sus amigos detrás de las rocas.

—Leo... —susurró Jason.

—¡Chisss!

Una docena de chicas descalzas entraron en el claro dando saltitos. Eran adolescentes con vestidos tipo túnica de seda holgada morada y roja. Tenían hojas enredadas en el pelo, y la mayoría llevaban coronas de laurel. Algunas

portaban extraños bastones que parecían antorchas. Las jóvenes se reían y se hacían girar unas a otras, se revolcaban por la hierba y daban vueltas como si estuvieran mareadas. Todas eran muy guapas, pero Leo no sintió la tentación de tontear con ellas.

Piper suspiró.

—Solo son ninfas, Leo.

Él le indicó frenéticamente con la mano que no se levantase.

—¡Las primas locas! —susurró.

Piper abrió los ojos como platos.

A medida que las ninfas se acercaban, Leo empezó a reparar en algunos extraños detalles. Sus bastones no eran antorchas. Eran ramas de madera torcidas, rematadas con una piña gigante, y en algunas había serpientes vivas enroscadas. Las coronas de laurel de las chicas tampoco eran coronas. Tenían el pelo trenzado con pequeñas víboras. Las muchachas sonreían y se reían, y cantaban en griego antiguo mientras daban tumbos por el claro. Parecía que se lo estaban pasando en grande, pero sus voces tenían un matiz de una ferocidad salvaje. Leo pensó que si los leopardos pudieran cantar sonarían como ellas.

—¿Están borrachas? —susurró Jason.

Leo frunció el entrecejo. Las ninfas se comportaban como si efectivamente lo estuvieran, pero le daba la impresión de que había algo más. Se alegraba de que todavía no los hubieran visto.

Entonces la situación se complicó. A su derecha, algo rugió en el bosque. Los árboles emitieron un susurro, y un drakon irrumpió en el claro con aspecto soñoliento e irritado, como si los cantos de las ninfas lo hubieran despertado.

Leo había visto muchos monstruos en el bosque. El campamento lo abastecía a propósito de criaturas como desafío para los campistas. Pero ese drakon era más grande y más espeluznante que la mayoría.

Era del tamaño aproximado de un vagón de metro. No tenía alas, pero su boca estaba erizada de dientes como dagas. De los agujeros de su hocico salían llamas. Unas escamas plateadas cubrían su cuerpo como una bruñida cota de malla. Cuando vio a las ninfas, rugió otra vez y lanzó llamas al cielo.

Las chicas no parecieron percatarse. Siguieron riendo y haciendo la rueda, y dándose empujones en broma unas a otras.

—Tenemos que ayudarlas —murmuró Piper—. ¡Van a morir!

—Espera —dijo Leo.

—Leo —lo reprendió Jason—, somos héroes. No podemos permitir que unas chicas inocentes...

—¡Tranqui! —insistió él. Había algo en esas jóvenes que le preocupaba: una historia que solo recordaba a medias. Como monitor de la cabaña de Hefesto, Leo se encargaba de documentarse sobre objetos mágicos por si algún día tenía que fabricarlos. Estaba seguro de haber leído algo sobre unos bastones de piñas con serpientes enroscadas—. Mirad.

Finalmente, una de las chicas reparó en el drakon. Chilló de regocijo como si hubiera visto a un adorable cachorro y se dirigió al monstruo dando saltitos. Las otras chicas la siguieron cantando y riendo, cosa que pareció confundir al drakon. Probablemente, no estaba acostumbrado a que sus presas estuvieran tan alegres.

Una ninfa con un vestido rojo sangre hizo la rueda y cayó delante del monstruo.

—¿Es usted Dioniso? —preguntó esperanzada.

Parecía una pregunta ridícula. Ciertamente, Leo no conocía a Dioniso, pero estaba bastante seguro de que el dios del vino no era un drakon que escupía fuego.

El monstruo lanzó un chorro de fuego a los pies de la chica, pero ella se limitó a escapar de la zona mortal bailando. El drakon se abalanzó sobre ella y le atrapó un brazo entre las garras. Leo hizo una mueca, seguro de que la extremidad de la ninfa sería amputada ante sus ojos, pero sorprendentemente la ninfa se soltó de un tirón, rompiendo varios dientes del drakon. Su brazo se encontraba en perfecto estado, sin embargo el monstruo emitió un sonido a medio camino entre un gruñido y un gimoteo.

—¡Qué travieso! —lo regañó la joven, y volviéndose hacia sus joviales amigas añadió—: ¡No es Dioniso! ¡Tiene que unirse a la fiesta!

Una docena de ninfas chillaron de alegría y rodearon al monstruo.

Piper contuvo el aliento.

—¿Qué están...? Oh, dioses. ¡No!

Leo no solía compadecerse de los monstruos, pero lo que pasó a continuación fue verdaderamente horripilante. Las chicas se lanzaron sobre el drakon mientras sus alegres risas se convertían en crueles gruñidos, y lo atacaron con sus bastones de piñas, con unas uñas que se transformaron en largas garras blancas y con unos dientes que se alargaron hasta convertirse en colmillos lobunos.

El monstruo escupió fuego y se tambaleó tratando de escapar, pero había demasiadas chicas. Las ninfas lo desgarraron y lo destriparon hasta que poco

a poco se deshizo en polvo y su espíritu volvió al Tártaro.

Jason tragó saliva. Leo había visto a su amigo en toda clase de situaciones peligrosas, y nunca lo había visto tan pálido. Piper se tapaba los ojos murmurando:

—Oh, dioses... Oh, dioses...

Leo trató de evitar que le temblase la voz.

—He leído sobre estas ninfas. Son seguidoras de Dioniso. No me acuerdo de cómo se llaman...

—Ménades. —Piper se estremeció—. Yo también he oído hablar de ellas. Creía que solo existieron en la antigüedad. Asistían a las fiestas de Dioniso. Cuando se excitaban demasiado...

Señaló el claro. No hizo falta que dijese más. Brooke, la náyade, les había advertido. Las locas de sus primas hacían pedazos a sus víctimas.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo Jason.

—¡Pero están entre nosotros y Buford! —susurró Leo—. Y solo tenemos... —Consultó el reloj—. ¡Treinta minutos para instalar el sincopador!

—A lo mejor puedo llevarnos volando hasta Buford. —Jason cerró los ojos apretándolos.

Leo sabía que su amigo había controlado el viento en ocasiones anteriores —una de las ventajas de ser el hijo supermolón de Zeus—, pero esta vez no pasó nada.

Jason sacudió la cabeza.

—No sé... Parece que el aire está agitado. Tal vez las ninfas están desbarajustándolo todo. Hasta los espíritus del viento parecen tan nerviosos que no quieren acercarse.

Leo miró atrás, al camino por el que habían venido.

—Tendremos que retirarnos al bosque. Si logramos esquivar a las ménades...

—Chicos —chilló Piper alarmada.

Leo alzó la vista. No se había dado cuenta de que las ninfas estaban acercándose trepando a las rocas en un silencio absoluto todavía más inquietante que su risa. Miraban desde lo alto de los cantos rodados sonriendo de forma encantadora, con las uñas y los dientes en su estado normal. Entre su cabello se enroscaban víboras.

—¡Hola! —La chica del vestido rojo sangre sonrió a Leo—. ¿Es usted Dioniso?

Solo había una respuesta posible a esa pregunta.

—¡Sí! —gritó Leo—. Por supuesto. Soy Dioniso.

Se puso en pie y trató de devolver la sonrisa a la chica.

La ninfa se puso a aplaudir de alegría.

—¡Maravilloso! ¿Milord Dioniso? ¿De verdad?

Jason y Piper se levantaron con las armas en ristre, pero Leo esperaba que no tuvieran que pelear. Había visto la rapidez con que podían moverse esas ninfas. Si decidían pasar al modo robot de cocina, Leo dudaba que él y sus amigos tuvieran la más mínima posibilidad de sobrevivir.

Las ménades se pusieron a reír como tontas y a bailar y a darse empujones. Varias se despeñaron por las rocas y se estamparon contra el suelo. No pareció que eso les importase. Se limitaron a levantarse y a seguir retozando.

Piper dio un codazo a Leo en las costillas.

—Ejem, lord Dioniso, ¿qué está haciendo?

—Todo va bien. —Leo miró a sus amigos como diciendo: «Todo va fatal»—. Las ménades son mis ayudantes. Adoro a estas chicas.

Ellas aplaudieron y dieron vueltas alrededor de él. Varias sacaron copas de la nada y empezaron a beber... lo que hubiera dentro.

La chica de rojo miró a Piper y a Jason con aire vacilante.

—Lord Dioniso, ¿estos dos son sacrificios para la fiesta? ¿Los hacemos picadillo?

—¡No, no! —contestó Leo—. Es una magnífica oferta, pero, ejem, deberíamos empezar poco a poco. Por ejemplo, presentándonos.

La chica entornó los ojos.

—Seguro que se acuerda de mí, milord. Soy Babette.

—Esto... ¡claro! —dijo Leo—. ¡Babette! Cómo no.

—Y estas son Buffy, Muffy, Bambi, Candy... —Babette recitó un montón de nombres más que se confundían unos con otros. Leo miró a Piper, preguntándose si se trataba de una broma de Afrodita. Esas ninfas habrían encajado perfectamente en la cabaña de Piper, sin embargo, esta parecía que estuviera haciendo esfuerzos por no gritar. Podía ser porque dos ménades estaban sobando los hombros de Jason y riendo como tontas.

Babette se acercó a Leo. Olía a agujas de pino. El cabello moreno rizado le caía sobre los hombros, y tenía la nariz salpicada de pecas. Una corona de serpientes de coral se enroscaba sobre su frente.

Normalmente, la piel de los espíritus de la naturaleza tenía un matiz verdoso debido a la clorofila, pero por las venas de esas ménades parecía que

corriese refresco de cereza. Tenían los ojos muy irritados. Sus labios eran más rojos de lo normal. Su piel estaba surcada de capilares de color vivo.

—Interesante forma la que ha elegido, milord. —Babette inspeccionó la cara y el pelo de Leo—. Juvenil. Guapo, supongo. Y, sin embargo..., algo esmirriado y canijo.

—¿Esmirriado y canijo? —Leo se calló unas cuantas contestaciones malsonantes—. Bueno, ya sabes. Sobre todo buscaba ser guapo.

Las otras ménades empezaron a dar vueltas alrededor de él, sonriendo y tarareando. En circunstancias normales, Leo no habría tenido ningún problema en estar rodeado de chicas despampanantes, pero esta vez sí. No podía olvidar cómo les habían crecido los dientes y las uñas a las ménades justo antes de despedazar al drakon.

—Bueno, milord. —Babette deslizó los dedos por el brazo de Leo—. ¿Dónde ha estado? ¡Hace mucho que lo buscamos!

—¿Que dónde he estado...? —Leo pensó desesperadamente. Sabía que Dioniso había trabajado como director del Campamento Mestizo en el pasado, pero que se fue porque lo llamaron al Monte Olimpo para que ayudase a lidiar con los gigantes. Pero ¿dónde paraba Dioniso hoy día? No tenía ni idea—. Oh, ya sabes. He estado haciendo, ejem, cosas de vino. Sí. Vino tinto. Vino blanco. Los demás tipos de vino. Me encanta el vino. He estado liadísimo trabajando...

—¡Trabajo! —chilló Muffy tapándose los oídos con las manos.

—¡Trabajo! —Buffy se limpió la lengua como si quisiera borrar tan fea palabra.

Las otras ménades soltaron sus copas y se pusieron a dar vueltas corriendo mientras gritaban: «¡Trabajo! ¡Sacrilegio! ¡Muerte al trabajo!». A algunas les empezaron a crecer garras. Otras se dieron cabezazos contra las rocas, cosa que pareció hacer más daño a las rocas que a sus cabezas.

—¡Se refiere a ir de juerga! —gritó Piper—. ¡Ir de juerga! Lord Dioniso ha estado liado yendo de juerga por todo el mundo.

Poco a poco, las ménades empezaron a tranquilizarse.

—¿Juerga? —preguntó Bambi con cautela.

—¡Juerga! —dijo Candy suspirando aliviada.

—¡Sí! —Leo se secó el sudor de las manos. Lanzó a Piper una mirada de agradecimiento—. Ja, ja. Yendo de juerga. Claro. He estado liadísimo yendo de juerga.

Babette siguió sonriendo, pero de forma menos cordial. Clavó la mirada en Piper.

—¿Quién es esta, milord? ¿Una nueva miembro de las ménades, quizá?

—Oh... Es mi, ejem, organizadora de juergas —dijo Leo.

—¡Juerga! —gritó otra ménade, posiblemente Trixie.

—Qué lástima. —A Babette le empezaron a crecer las uñas—. No podemos permitir que los mortales presencien nuestras fiestas sagradas.

—¡Pero podríais aceptarme en vuestro grupo! —terció Piper rápidamente—. ¿Tenéis un sitio web? ¿O una lista de requisitos? ¿Tenéis que estar borrachas todo el tiempo?

—¡Borrachas! —dijo Babette—. No seas tonta. Somos menores de edad. Todavía no podemos pasarnos al vino. ¿Qué pensarían nuestros padres?

—¿Tenéis padres? —Jason se sacudió las manos de las ménades de los hombros.

—¡Borrachas no! —gritó Candy. Dio una vuelta como si estuviera mareada, se cayó y derramó el espumoso líquido blanco de su copa.

Jason carraspeó.

—Entonces, ¿qué estáis bebiendo si no es vino?

Babette se rio.

—¡La bebida de la temporada! ¡Contemplad el poder del tirso!

Golpeó el suelo con su bastón de piña, y empezó a borbotear un géiser blanco.

—¡Ponche de huevo!

Las ménades se adelantaron corriendo para llenar sus copas.

—¡Feliz Navidad! —gritó una.

—¡Juerga! —dijo otra.

—¡Muerte a todo! —exclamó una tercera.

Piper dio un paso atrás.

—¿Estáis... borrachas de ponche de huevo?

—¡Sí! —Buffy derramó ponche de huevo y dedicó una sonrisa espumosa a Leo—. ¡Matemos cosas! ¡Con un poquito de nuez moscada!

Él decidió no volver a beber ponche de huevo en su vida.

—Pero basta de cháchara, milord —dijo Babette—. ¡Ha estado muy feo que se escondiese! Cambió de correo electrónico y de número de teléfono. ¡Cualquiera diría que el gran Dioniso quería evitar a sus ménades!

Jason apartó las manos de otra chica de sus hombros.

—No se me ocurre por qué el gran Dioniso haría algo así.

Babette evaluó a Jason.

—Este es un sacrificio, obviamente. Deberíamos empezar los festejos descuartizándolo a él. ¡La organizadora de fiestas puede demostrar lo que vale

echándonos una mano!

—O podemos empezar por unos aperitivos —dijo Leo—. Tortitas de queso crujientes y salchichas. Taquitos. Unos nachos con queso, quizá. Y... ¡esperad, ya lo sé! Necesitamos una mesa para poner sobre ella toda la comida.

La sonrisa de Babette vaciló. Las serpientes sisearon alrededor de su bastón de piña.

—¿Una mesa?

—¿Tortitas de queso y salchichas? —añadió Trixie esperanzada.

—¡Sí, una mesa! —Leo chasqueó los dedos y señaló al final del claro—. ¿Sabéis qué? Creo que he visto una andando en esa dirección. ¿Por qué no esperáis aquí bebiendo ponche de huevo o lo que os apetezca, mientras mis amigos y yo vamos a por la mesa? ¡Enseguida volvemos!

Empezó a alejarse, pero dos ménades le hicieron retroceder. No le pareció que lo empujasen en broma.

Los ojos de Babette se tiñeron de un rojo aún más intenso.

—¿Por qué le interesan tanto los muebles a milord Dioniso? ¿Dónde está su leopardo? ¿Y su copa de vino?

Leo tragó saliva.

—Sí. La copa de vino. Qué tonto soy.

Metió la mano en su cinturón portaherramientas. Rezó para que saliese una copa de vino, pero una copa de vino no es exactamente una herramienta. Agarró algo, lo extrajo y se vio con una llave de cruceta en la mano.

—Eh, fijaos en esto —dijo débilmente—. Un poco de magia divina, ¿no? ¿Qué es una fiesta sin... una llave de cruceta?

Las ménades lo miraban fijamente. Algunas fruncieron el ceño. Otras bizqueaban por el efecto del ponche de huevo.

Jason se situó a su lado.

—Ejem, Dioniso..., tal vez deberíamos hablar. En privado. Ya sabes..., de cosas de fiestas.

—¡Enseguida volvemos! —anunció Piper—. Esperad aquí, chicas, ¿vale?

Su voz estaba cargada de persuasión, pero a las ménades no pareció afectarles.

—No, de aquí no se mueve nadie. —Babette clavó los ojos en los de Leo—. Usted no se comporta como Dioniso. Aquellos que no respetan al dios, aquellos que osan trabajar en lugar de ir de juerga, deben ser despedazados. Y todo aquel que osa hacerse pasar por el dios debe morir de forma aún más dolorosa.

—¡Vino! —gritó Leo—. ¿He dicho lo mucho que me gusta el vino?

Babette no parecía convencida.

—Si es usted el dios de la juerga, sabrá el orden de nuestros ritos festivos. ¡Demuéstrelo! ¡Diríjanos!

Leo se sintió acorralado. En una ocasión había estado atrapado en una cueva en lo alto del pico Pikes, rodeado de una manada de lobos. Otra vez acabó en una fábrica abandonada con una familia de cíclopes malvados. Pero eso —estar en un claro abierto con un montón de chicas guapas— era mucho peor.

—¡Claro! —Le salió voz de pito—. Los ritos festivos. Empezamos por el baile del «Hokey Pokey»...

Trixie gruñó.

—No, milord. El «Hokey Pokey» va el segundo.

—Es verdad —dijo Leo—. Primero va la competición de limbo, luego el baile del «Hokey Pokey». Luego, hum, el juego de poner la cola al burro...

—¡Mal! —A Babette se le pusieron los ojos totalmente rojos. El refresco de cereza se oscureció en sus venas y formó una red de líneas rojas como la hiedra bajo su piel—. Última oportunidad. Le daré una pista y todo. Empezamos cantando la canción de la bacanal. La recuerda, ¿verdad?

A Leo se le volvió la lengua de lija.

Piper le puso la mano en el brazo.

—Claro que la recuerda. —Sus ojos decían: «Corre».

A Jason se le pusieron los nudillos blancos en la empuñadura de la espada.

Leo odiaba cantar. Se aclaró la garganta y empezó a canturrear lo primero que le vino a la cabeza: algo que había visto por internet mientras trabajaba en el *Argo II*.

Después de varios versos, Candy siseó.

—¡Esa no es la canción de la bacanal! ¡Esa es la sintonía de *Psych*!

—¡Muerte a los infieles! —gritó Babette.

Leo reconocía una señal de mutis en cuanto la oía.

Echó mano de una treta que nunca fallaba. Cogió un frasco de aceite de su cinturón portaherramientas, lo esparció trazando un arco por delante y empapó a las ménades. No quería hacer daño a nadie, pero se recordó a sí mismo que esas chicas no eran humanas. Eran espíritus de la naturaleza decididos a hacerlos pedazos. Invocó al fuego con las manos y prendió el aceite.

Un muro de llamas se tragó a las ninfas. Jason y Piper dieron la vuelta y echaron a correr. Leo los siguió de cerca.

Esperaba oír gritos de las ménades. En cambio, oyó risas. Miró atrás y las vio bailando entre las llamas con los pies descalzos. Les ardían los vestidos, pero no parecía que les importase. Saltaban entre el fuego como si jugasen bajo un aspersor.

—¡Gracias, infiel! —gritó Babette riendo—. ¡Nuestro furor nos hace inmunes al fuego, pero sí que notamos un cosquilleo! ¡Trixie, manda a los infieles un regalo de agradecimiento!

Trixie saltó por encima del montón de cantos rodados. Cogió una roca del tamaño de una nevera y la levantó por encima de la cabeza.

—¡Corred! —dijo Piper.

—¡Ya estamos corriendo! —Jason aceleró.

—¡Corred más! —gritó Leo.

Llegaron al linde del claro cuando una sombra pasó por encima de ellos.

—¡Girad a la izquierda! —chilló Leo.

Se lanzaron entre los árboles cuando el canto rodado se estampó a su lado con un ruido atronador y no alcanzó a Jason por pocos centímetros. Se deslizaron por un barranco hasta que Leo perdió pie. Chocó contra Jason y Piper de tal forma que los tres acabaron rodando cuesta abajo como una bola de nieve semidivina y cayeron al arroyo de Brooke. Se ayudaron a salir unos a otros y se adentraron en el bosque dando traspiés. Detrás de ellos, Leo oía a las ménades reír y gritar, animando a Leo a que volviera para poder hacerlo pedazos.

Por algún motivo, a él no le tentó la propuesta.

Jason tiró de ellos y los metió detrás de un enorme roble, donde se quedaron jadeando. Piper tenía el codo lleno de rasguños. La pernera izquierda del pantalón de Jason estaban prácticamente arrancada del todo, de modo que parecía que llevara una capa de tela vaquera en la pierna. Consiguieron bajar la cuesta sin matarse con sus propias armas, cosa que fue un milagro.

—¿Cómo las vencemos? —inquirió Jason—. Son inmunes al fuego. Y son superfuertes.

—No podemos matarlas —dijo Piper.

—Tiene que haber alguna forma —declaró Leo.

—No. No podemos matarlas —repitió la chica—. Todo el que mata a una ménade recibe una maldición de Dioniso. ¿No habéis leído los mitos

antiguos? La gente que mata a los seguidores del dios del vino se vuelve loca o se transforma en animales o..., en fin, en cosas chungas.

—¿Y eso es peor que dejar que las ménades nos hagan pedazos? —preguntó Jason.

Piper no contestó. Tenía la cara tan húmeda que Leo decidió no pedir detalles.

—Estupendo —dijo Jason—. Así que tenemos que detenerlas sin matarlas. ¿Alguien tiene una tira matamoscas muy grande?

—Ellas son cuatro veces más que nosotros —comentó Piper—. Además... —Agarró la muñeca de Leo y consultó el reloj—. Solo tenemos veinte minutos para evitar que el Búnker 9 explote.

—Es imposible —resumió Jason.

—Estamos muertos —convino Piper.

Pero la mente de Leo trabajaba a toda marcha. Daba lo mejor de sí en situaciones extremas.

Detener a las ménades sin matarlas..., el Búnker 9..., una tira matamoscas. Una idea cobró forma como uno de sus extraños artefactos, cuando todos los engranajes y los pistones encajaban perfectamente.

—Ya lo tengo —dijo—. Jason, tú tendrás que buscar a Buford. Sabes por dónde ha ido. ¡Da la vuelta, encuéntralo y llévalo al búnker, rápido! Cuando estés lo bastante lejos de las ménades, tal vez puedas volver a controlar los vientos. Así podrás volar.

Jason frunció el entrecejo.

—¿Y vosotros dos?

—Vamos a desviar a las ménades de tu camino —dijo Leo— y vamos a llevarlas directas al Búnker 9.

Piper tosió.

—Perdona, pero ¿no está a punto de explotar el Búnker 9?

—Sí, pero si consigo meter en él a las ménades, tendré una forma de ocuparme de ellas.

Jason parecía escéptico.

—Aunque lo consigas, yo todavía tendré que encontrar a Buford y devolverte el sincopador en veinte minutos, o tú, Piper y un montón de ninfas chifladas volaréis por los aires.

—Confía en mí —dijo Leo—. Y ahora son diecinueve minutos.

—Me encanta el plan. —Piper se inclinó y besó a Jason—. Por si explota. Date prisa, por favor.

Jason ni siquiera contestó y echó a correr hacia el bosque.

—¡Vamos! —le dijo Leo a Piper—. Invitemos a las ménades a mi choza.

Leo había jugado en el bosque otras veces —sobre todo a atrapar la bandera—, pero ni siquiera la violenta versión del Campamento Mestizo era tan peligrosa como huir de las ménades. Piper y él volvieron sobre sus pasos a la luz del sol cada vez más tenue. Su aliento formaba vaho. De vez en cuando él gritaba: «¡Juerga por aquí!» para que las ménades supieran dónde estaban. Era complicado, porque Leo tenía que mantenerse lo bastante adelantado para evitar que los atrapasen, pero lo bastante cerca de las ménades para que no perdiesen su rastro.

Alguna que otra vez oía gritos de sorpresa cuando las locas ninfas se topaban con un desdichado monstruo o un espíritu de la naturaleza. En una ocasión un chillido escalofriante atravesó el aire, seguido de un sonido como el de un árbol siendo destrozado por una legión de ardillas salvajes. Leo se asustó tanto que apenas pudo seguir moviendo los pies. Supuso que la fuente vital de alguna pobre dríade acababa de hacerse pedazos. Sabía que los espíritus de la naturaleza se reencarnaban, pero ese grito de agonía era lo más espantoso que había oído en su vida.

—¡Infieles! —gritó Babette a través del bosque—. ¡Venid de celebración con nosotras!

Parecía mucho más cerca. El instinto de Leo le decía que siguiera corriendo. Que se olvidara del Búnker 9. Tal vez él y Piper todavía podían llegar al límite de la zona de impacto. Y entonces, ¿qué? ¿Dejar morir a Jason? ¿Dejar que las ménades volasen por los aires y que él, Leo, sufriera la maldición de Dioniso? ¿Y mataría la explosión a las ménades? No tenía ni idea. ¿Y si las ménades sobrevivían y seguían buscando a Dioniso? Al final encontrarían las cabañas y a los demás campistas. No, esa no era una opción. Tenía que proteger a sus amigos. Todavía podía salvar el *Argo II*.

—¡Aquí! —chilló—. ¡Juerga en mi casa!

Agarró a Piper por la muñeca y echó a correr hacia el búnker.

Podía oír cómo las ménades se acercaban rápido: pies descalzos que corrían sobre la hierba, ramas que se partían, copas de ponche de huevo que se hacían añicos contra las rocas.

—Ya casi estamos. —Piper señaló a través del bosque. Cien metros más adelante se alzaba un escarpado precipicio de piedra caliza que señalaba la entrada del Búnker 9.

Leo tenía el corazón como una cámara de combustión en punto crítico, pero llegaron al precipicio. Pegó la mano a la piedra caliza. Unas líneas llameantes se encendieron por la ladera del precipicio y formaron poco a poco la silueta de una enorme puerta.

—¡Vamos! ¡Vamos! —rogó Leo.

Cometió el error de mirar atrás. La primera ménade salió del bosque a un tiro de piedra de ellos. Sus ojos eran de un rojo puro. Sonrió con una boca llena de colmillos y acto seguido lanzó un tajo con las uñas de su garra al árbol más cercano y lo partió por la mitad. Unos pequeños tornados de hojas se arremolinaron a su alrededor como si hasta el aire estuviese enloqueciendo.

—¡Vamos, semidiós! —gritó—. ¡Acompáñame en los ritos festivos!

Leo sabía que era absurdo, pero las palabras de la ménade le zumbaban en los oídos. Una parte de él quería correr hacia ella.

«Quieto, chico», se dijo. «La regla de oro de los semidioses: no bailarás el “Hokey Pokey” con psicópatas».

Aun así, dio un paso hacia la ménade.

—Alto, Leo. —El poder de persuasión de Piper lo salvó paralizándolo—. Es la locura de Dioniso que te está afectando. Tú no quieres morir.

Él respiró entrecortadamente.

—Sí. Se están haciendo fuertes. Tenemos que darnos prisa.

Finalmente, las puertas del búnker se abrieron. La ménade gruñó y entonces sus amigas emergieron del bosque y atacaron todas juntas.

—¡Daos la vuelta! —les gritó Piper en su tono más persuasivo—. ¡Estamos cincuenta metros por detrás de vosotras!

Era una propuesta ridícula, pero su capacidad de persuasión surtió efecto momentáneamente. Las ménades se volvieron y corrieron por donde habían venido, y luego se detuvieron tambaleándose con cara de confusión.

Leo y Piper se metieron en el búnker.

—¿Cierro la puerta? —preguntó ella.

—¡No! —contestó él—. Nos interesa que entren.

—¿De verdad? ¿Cuál es el plan?

—Plan. —Leo trató de sacudirse el aturdimiento del cerebro.

Tenían treinta segundos, como mucho, antes de que las ménades llegasen. El motor del *Argo II* explotaría dentro de (miró el reloj)... Oh, dioses, ¿doce minutos?

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Piper—. Venga, Leo.

La mente de él empezó a despejarse. Ese era su territorio. No podía permitir que las ménades ganasen.

Cogió una caja de control de bronce con un único botón rojo de la mesa más próxima y se la dio a Piper.

—Necesito dos minutos. Sube a las pasarelas. Distrae a las ménades como hiciste afuera, ¿vale? Cuando yo dé la orden, estés donde estés, pulsa ese botón. Pero no antes de que yo lo diga.

—¿Qué hace el botón? —preguntó ella.

—Nada, todavía. Tengo que tender la trampa.

—Dos minutos. —Piper asintió seriamente con la cabeza—. Entendido.

La chica corrió a la escalera de mano más cercana y empezó a subir mientras Leo recorría a toda prisa los pasillos, sacando cosas de cajoneras de herramientas y armarios de material. Cogió piezas de máquinas y cables. Encendió interruptores y activó temporizadores con sensor en los paneles de control del interior del búnker. No pensaba lo que hacía, como un pianista no piensa en qué teclas pone los dedos. Simplemente iba volando por el búnker ensamblando todas las piezas.

Oyó que las ménades irrumpían en el fortín. Por un momento, las criaturas se detuvieron asombradas y profirieron exclamaciones al ver la inmensa caverna llena de objetos relucientes.

—¿Dónde estás? —gritó Babette—. ¡Mi falso lord Dioniso! ¡Ven de fiesta con nosotras!

Leo trató de no escuchar su voz. Entonces oyó que Piper gritaba en las pasarelas de arriba:

—¿Qué tal un bailecito? ¡Girad a la izquierda!

Las ménades chillaron confundidas.

—¡Buscad pareja! —gritó Piper—. ¡Y hacedla girar!

Más gritos y chillidos y unos cuantos CLANC mientras algunas ninfas enloquecidas lanzaban a otras contra pesados objetos metálicos al tiempo que daban vueltas sobre sí mismas.

—¡Basta! —gritó Babette—. ¡No busquéis pareja! ¡Buscad a ese semidiós!

Piper gritó unas cuantas órdenes más, pero parecía estar perdiendo influencia.

Leo oyó pisadas fuertes en los peldaños de las escaleras de mano.

—¿Leo? —chilló Piper—. ¿Han pasado ya dos minutos?

—¡Un segundo! —Leo encontró lo que le faltaba: un montón de tela dorada brillante del tamaño de una colcha. Introdujo la tela metálica en el tubo neumático más cercano y tiró de la palanca. Listo..., ahora solo necesitaban que el plan funcionase.

Corrió al centro del búnker, justo enfrente del *Argo II*, y chilló:

—¡Eh! ¡Aquí estoy!

Estiró los brazos y sonrió.

—¡Venga! ¡Venid de juerga conmigo!

Miró el contador del motor del barco. Quedaban seis minutos y medio. Ojalá no hubiera mirado.

Las ménades bajaron por las escaleras de mano y empezaron a rodearlo con cautela. Leo se puso a bailar y a cantar sintonías de televisión al azar, esperando que eso las hiciera titubear. Necesitaba a todas las ninfas juntas antes de hacer saltar la trampa.

—¡Cantad conmigo! —las animó.

Las ménades gruñeron. Sus ojos de color rojo sangre le lanzaban miradas airadas y rabiosas, sus coronas de serpientes siseaban y en sus tirsos brillaba un fuego morado.

Babette fue la última en unirse a la fiesta. Cuando vio a Leo solo bailando desarmado, se echó a reír de regocijo.

—Haces bien en aceptar tu destino —dijo—. El auténtico Dioniso estaría complacido.

—Sí. Por cierto, creo que se cambió de número por un motivo —comentó él—. Vosotras no sois sus seguidoras. Sois unas acosadoras. No lo habéis encontrado porque él no quiere que lo encontréis.

—¡Mentira! —protestó Babette—. ¡Somos los espíritus del dios del vino! ¡Él está orgulloso de nosotras!

—Claro —se burló Leo—. Yo también tengo parientes chalados. Entiendo perfectamente a don D.

—¡Matadlo! —gritó Babette.

—¡Esperad! —Leo levantó las manos—. Podéis matarme, pero que sea una juerga de verdad, ¿no?

Como él esperaba, las ménades titubearon.

—¿Juerga? —preguntó Candy.

—¿Juerga? —preguntó Buffy.

—¡Sí! —Leo levantó la vista y gritó a las pasarelas—: ¿Piper? ¡Es hora de darle caña!

Durante tres segundos increíblemente largos no pasó nada. Leo se quedó allí quieto sonriendo a un montón de ninfas desquiciadas que querían hacer con él taquitos de semidiós.

Entonces el búnker entero cobró vida zumbando. Por todas partes se alzaron tubos del suelo que expulsaron vapor morado. El sistema de tubos

neumáticos escupió virutas de metal como confeti con purpurina. La pancarta mágica de arriba se iluminó y pasó a exhibir el mensaje: ¡BIENVENIDAS, NINFAS PSICÓPATAS!

Por el equipo de sonido sonaba música a todo volumen: The Rolling Stones, el grupo favorito de la madre de Leo. A él le gustaba escucharlos mientras trabajaba porque le recordaban los viejos tiempos, cuando pasaba el rato en el taller de su madre.

Entonces el cabrestante se situó en posición, y una bola de espejos empezó a descender justo encima de la cabeza de Leo.

En la pasarela de encima, Piper contemplaba boquiabierta el caos que había desencadenado pulsando un botón. Hasta las ménades parecían impresionadas con la fiesta instantánea de Leo.

Si hubiera tenido unos pocos minutos más, podría haberlo hecho mucho mejor: un espectáculo de láseres, unos fuegos artificiales, unos aperitivos y una máquina de bebidas. Pero para haberlo preparado en dos minutos, no estaba mal. Unas cuantas ménades empezaron a bailar en parejas. Una se puso a bailar el «Hokey Pokey».

Babette era la única que no parecía afectada.

—¿Qué truco es este? —preguntó—. ¡Tú no celebras fiestas para Dioniso!

—¿Ah, no? —Leo alzó la vista. La bola de espejos estaba casi a su alcance—. No has visto mi último truco.

La bola se abrió. Un gancho bajó de ella, y Leo saltó para agarrarlo.

—¡A por él! —chilló Babette—. ¡Atacad, ménades!

Afortunadamente, tuvo problemas para captar la atención de las ninfas. Piper empezó a gritar otra vez instrucciones de baile y las confundió con extrañas órdenes.

—¡Girad a la izquierda, girad a la derecha, daos un cabezazo! ¡Sentaos, levantaos, caed redondas!

La polea elevó a Leo por los aires mientras las ménades se apiñaban debajo, reunidas en un grupo bien compacto. Babette se arrojó sobre él. Sus garras estuvieron casi a punto de alcanzarle los pies.

—¡Ahora! —murmuró Leo para sí, rezando para haber fijado el temporizador a la hora exacta.

¡PAM! El tubo neumático más cercano disparó una cortina de malla dorada sobre las ninfas y las cubrió como un paracaídas. Un disparo perfecto.

Las jóvenes forcejearon para librarse de la red. Trataban de apartarla con las manos y de cortar las cuerdas con los dientes y las uñas, pero mientras

ellas daban puñetazos y patadas, la red cambió de forma y se endureció hasta convertirse en una jaula cúbica de oro brillante.

Leo sonrió.

—¡Piper, dale otra vez al botón!

Ella hizo lo que él le indicó y la fiesta se acabó.

Leo cayó del gancho encima de su jaula recién construida. Pisó fuerte el techo, solo para asegurarse, pero parecía dura como el titanio.

—¡Déjanos salir! —gritó Babette—. ¿Qué magia maligna es esta?

La criatura golpeaba los barrotes entrelazados, pero ni siquiera su superfuerza podía competir con el material dorado. Las otras ménades siseaban y gritaban y aporreaban la jaula con sus tirsos.

Leo saltó al suelo.

—Esta es ahora mi fiesta, señoras. La jaula está hecha de malla de Hefesto, una recetilla inventada por mi padre. A lo mejor os suena la historia. Hefesto pilló a su mujer Afrodita engañándolo con Ares, de modo que les echó una red de oro por encima y los exhibió para que todos los vieran. Se quedaron atrapados hasta que mi padre decidió soltarlos. Esta red está hecha del mismo material. Si dos dioses no pudieron escapar, vosotras no tenéis nada que hacer.

Leo esperaba de verdad estar en lo cierto. Las furiosas ménades se revolvían en su cárcel, trepando unas encima de otras e intentando rasgar la malla sin éxito.

Piper se deslizó por la escalera y se reunió con él.

—Eres increíble, Leo.

—Lo sé. —Miró la pantalla digital situada al lado del motor del barco. Se le encogió el corazón—. Durante otros dos minutos más. Luego dejaré de ser increíble.

—Oh, no. —A Piper se le descompuso el rostro—. ¡Tenemos que salir de aquí!

De repente Leo oyó un sonido familiar procedente de la entrada del búnker: una bocanada de vapor, un chirrido de engranajes y el clinc-clanc de las patas metálicas corriendo por el suelo.

—¡Buford! —gritó. La mesa autómatas se dirigió a él zumbando y haciendo ruido con sus cajones.

Jason entró detrás del mueble sonriendo.

—¿Nos estabais esperando?

Leo abrazó la mesita.

—Lo siento mucho, Buford. Te prometo que no volveré a descuidarte. Solo limpiamuebles con fórmula superhidratante y aroma de limón, amigo mío. ¡Cuando tú quieras!

Buford expulsó una bocanada de vapor alegremente.

—Ejem, ¿Leo? —dijo Piper—. ¿La explosión?

—¡Es verdad! —Leo abrió el cajón de Buford y cogió el sincopador. Corrió a la cámara de combustión. Veintitrés segundos. Bien. No había prisa.

Solo tendría una oportunidad de hacerlo bien. Encajó con cuidado el sincopador, cerró la cámara de combustión y contuvo el aliento. El motor empezó a zumbar. Los cilindros de cristal brillaron por el calor. Si Leo no hubiera sido inmune al fuego, estaba seguro de que habría pillado una insolación bastante fea.

El casco del barco vibró. Pareció que el búnker entero temblase.

—¿Leo? —preguntó Jason, tenso.

—Un momento.

—¡Dejadnos salir! —chilló Babette en su jaula dorada—. ¡Si acabáis con nosotras, Dioniso os hará sufrir!

—Seguramente nos mande una tarjeta de agradecimiento —masculló Piper—. Pero da igual. Todos estaremos muertos.

La cámara de combustión abrió sus distintas cámaras con un clic, clic, clic. Líquidos y gases superpeligrosos entraron en el sincopador. El motor vibró. Entonces el calor disminuyó, y el temblor se calmó hasta convertirse en un reconfortante ronroneo.

Leo puso la mano en el casco, que ahora repiqueteaba por obra de la energía mágica. Buford se acurrucó afectuosamente contra su pierna y expulsó una bocanada de vapor.

—Eso es, Buford. —Leo se volvió orgulloso hacia sus amigos—. Ese es el sonido de un motor que no explota.

Leo no se dio cuenta de lo estresado que estaba hasta que se desmayó.

Cuando se despertó, estaba tumbado en un catre cerca del *Argo II*. Toda la cabaña de Hefesto estaba allí. Habían mantenido estables los niveles del motor y todos expresaban su asombro ante su brillantez.

Una vez que estuvo de nuevo en pie, Jason y Piper se lo llevaron aparte y le prometieron que no le habían dicho a nadie lo cerca que el barco había estado de explotar. Nadie se enteraría del grave error que por poco volatilizó el bosque.

Aun así, Leo no podía parar de temblar. Había estado a punto de arruinarlo todo. Para tranquilizarse, sacó el limpiamuebles y se puso a dar brillo con cuidado a Buford. Luego cogió el sincopador de repuesto y lo guardó bajo llave en un armario de material que no tenía patas. Por si acaso. Buford tenía cambios de humor.

Una hora más tarde, Quirón y Argos llegaron de la Casa Grande para ocuparse de las ménades.

Argos, el jefe de seguridad, era un tipo rubio y corpulento con cientos de ojos por todo el cuerpo. Le dio vergüenza descubrir que una docena de ménades se habían infiltrado en su territorio sin que él se percatase. Nunca decía nada, pero se ruborizó mucho y todos los ojos de su cuerpo miraron al suelo.

Quirón, el director del campamento, parecía más molesto que preocupado. Miró desde las alturas a las ménades, cosa que podía hacer, al ser un centauro. De cintura para abajo era un corcel blanco. De cintura para arriba era un hombre maduro con el pelo castaño rizado, barba y un arco y un carcaj sujetos a la espalda.

—Oh, otra vez ellas —dijo—. Hola, Babette.

—¡Acabaremos con vosotros! —chilló la ménade—. ¡Bailaremos con vosotros, os daremos de comer aperitivos riquísimos, estaremos de jarana con vosotros hasta altas horas de la madrugada y os haremos pedazos!

—Mmm. —Quirón no parecía impresionado. Se volvió hacia Leo y sus amigos—. Bien hecho, los tres. La última vez que estas chicas vinieron buscando a Dioniso dieron bastante la lata. Las habéis atrapado antes de que se desmadren. El dios del vino se alegrará de que las hayáis capturado.

—Entonces, ¿sí que lo acosan? —preguntó Leo.

—Ya lo creo —contestó el director del campamento—. Don D desprecia a su club de fans casi tanto como a los semidioses.

—¡Nosotras no somos un club de fans! —protestó Babette—. ¡Somos sus seguidoras, sus elegidas, sus adeptas especiales!

—Mmm —volvió a decir Quirón.

—Entonces... —Piper se movió incómoda—. ¿A Dioniso no le habría importado si hubiésemos acabado con ellas?

—¡Oh, no, sí que le importaría! —contestó el director—. Son sus seguidoras, aunque las odie. Si les hicieras daño, Dioniso se vería obligado a volverte loca o a matarte. Probablemente, las dos cosas. Así que bien hecho. —Miró a Argos—. ¿El mismo plan que la última vez?

El jefe de seguridad asintió con la cabeza. Hizo una señal con la mano a un campista de Hefesto, quien trajo una carretilla elevadora y cargó la jaula.

—¿Qué van a hacer con ellas? —preguntó Jason.

Quirón sonrió afablemente.

—Las mandaremos a un sitio donde se sentirán como en casa. Las subiremos a un autobús con destino a Atlantic City.

—Uy —dijo Leo—. ¿No tienen ya suficientes problemas en ese sitio?

—No te preocupes —aseguró el centauro—. A estas ninfas enloquecidas se les quitarán las ganas de juerga muy rápido. Se agotarán hasta el año que viene. Siempre aparecen cuando se acercan las vacaciones. Son muy pesadas.

Las ménades fueron trasladadas en la carretilla. Quirón y Argos volvieron a la Casa Grande, y los campistas de la cabaña de Leo le ayudaron a cerrar el Búnker 9.

Normalmente, Leo trabajaba hasta altas horas de la madrugada, pero decidió que ya había hecho bastante por ese día. Después de todo, era Nochebuena. Se había ganado un descanso.

En el Campamento Mestizo no se celebraban las vacaciones de los mortales, pero todo el mundo estaba de buen humor junto a la fogata. Algunos chicos bebían ponche de huevo. Leo, Jason y Piper pasaron del ponche y optaron por chocolate caliente.

Escucharon las canciones que los campistas cantaban a coro y observaron cómo saltaban chispas hacia las estrellas.

—Me habéis vuelto a salvar el pellejo, chicos —les dijo Leo a sus amigos—. Gracias.

Jason sonrió.

—Por ti, lo que sea, Valdez. ¿Seguro que el *Argo II* estará a salvo?

—¿A salvo? No. Pero ya no corre peligro de explotar. Probablemente.

Piper se rio.

—Estupendo. Me siento mucho mejor.

Se quedaron sentados en silencio disfrutando de su compañía mutua, pero Leo sabía que era solo un breve respiro. Había que terminar el *Argo II* para el solsticio de verano. Entonces emprenderían su gran aventura: primero la búsqueda del antiguo hogar de Jason, el campamento romano. Después... los gigantes aguardaban. Gaia, la Madre Tierra, el enemigo más poderoso de los dioses, estaba reuniendo a sus tropas con el fin de destruir el Olimpo. Para detenerla, Leo y sus amigos tendrían que zarpar a Grecia, la antigua patria de los dioses. Leo sabía que podía morir en cualquier punto del viaje.

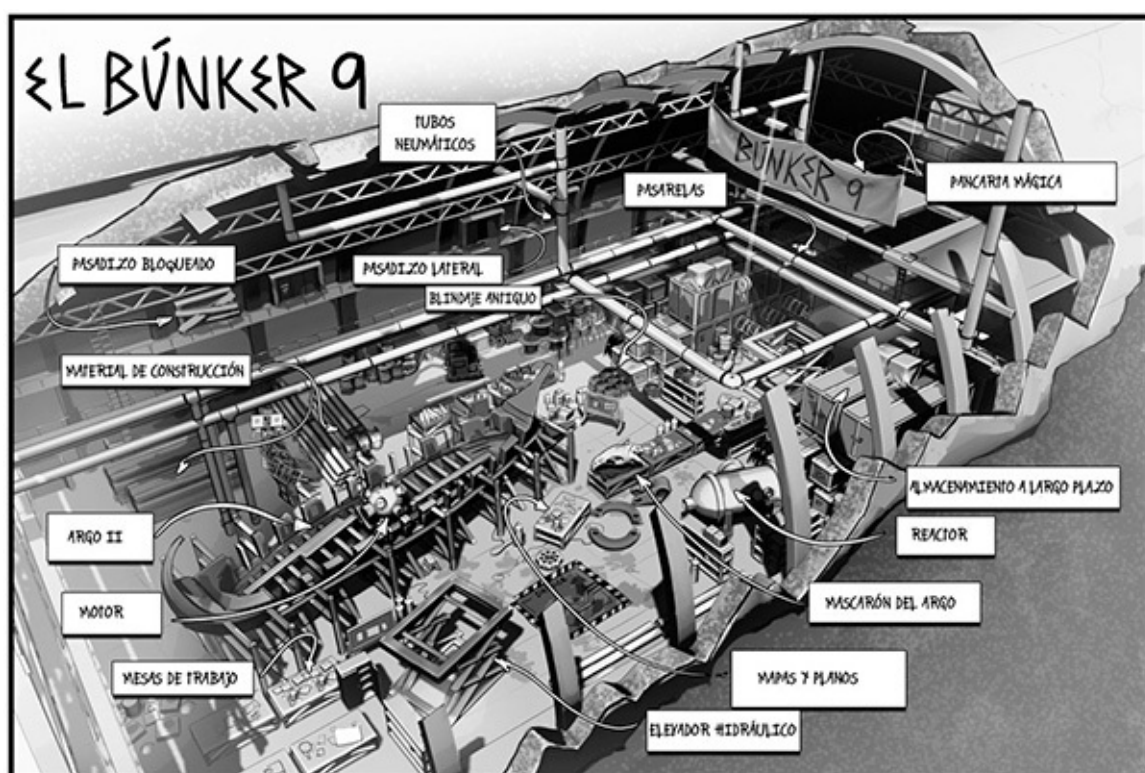
Sin embargo, de momento decidió pasárselo bien. Cuando tu vida está abocada a una explosión inevitable, es lo único que puedes hacer.

Alzó su copa de chocolate caliente.

—Por los amigos.

—Por los amigos —convinieron Piper y Jason.

Leo se quedó junto a la fogata hasta que el cantante principal de la cabaña de Apolo propuso que todos bailasen el «Hokey Pokey». Entonces decidió recogerse.



PROFECÍA



SIETE MESTIZOS

RESPONDERÁN A LA LLAMADA.

BAJO LA TORMENTA O EL FUEGO,

EL MUNDO DEBE CAER.

UN JURAMENTO QUE MANTENER

CON UN ÚLTIMO ALIENTO,

Y LOS ENEMIGOS EN ARMAS

ANTE LAS PUERTAS DE LA MUERTE.

ANAGRAMAS DE PROFECÍAS

Ordena las siguientes palabras y descubre qué siete mestizos deben juntarse para cumplir la misión de la profecía:

SNOJA	_____
ELO	_____
IEPRP	_____
FANKR	_____
ZLAHE	_____
ERYPC	_____
NHNETABA	_____

SOPA DE LETRAS OLÍMPICA

Descubre las palabras ocultas.

A	P	E	R	C	Y	B	J	S	T	C	G	N	Y	P	U
M	E	N	A	D	E	I	X	P	D	J	A	O	Ñ	I	L
O	A	L	W	H	G	O	M	B	L	A	Z	G	O	P	U
Q	N	C	A	W	Z	M	U	R	I	N	G	R	S	E	C
B	N	T	E	I	R	O	E	L	N	E	P	A	E	R	L
M	A	Y	T	E	C	V	A	Z	K	Y	G	P	D	A	E
Z	B	S	L	I	R	H	P	U	Y	B	L	I	E	F	U
O	E	L	A	P	T	A	L	S	J	R	T	N	D	U	C
M	T	S	M	O	Ñ	L	T	R	F	W	O	P	C	A	R
P	H	R	A	C	N	C	Y	T	R	E	I	V	T	S	O
T	X	Z	Y	U	H	Y	B	U	F	O	R	D	L	B	T
R	C	V	N	W	E	O	C	Y	K	J	A	S	O	N	A
L	R	T	M	P	R	N	O	E	M	S	I	U	T	R	S
Y	B	W	X	O	M	P	B	N	V	U	D	C	A	C	O
X	E	B	F	J	E	F	E	S	T	O	L	P	S	T	R
B	I	O	L	M	S	C	E	L	E	S	T	I	A	L	K

AMALTEA

ANNABETH

ARGO

BUFORD

CACO

CELESTIAL

DAGA

DIARIO

ÉGIDA

FESTO

HALCYON

HERMES

JASON

LEO

LEUCROTAS

LUKE

MÉNADE

MESTIZO

PERCY

PIPER

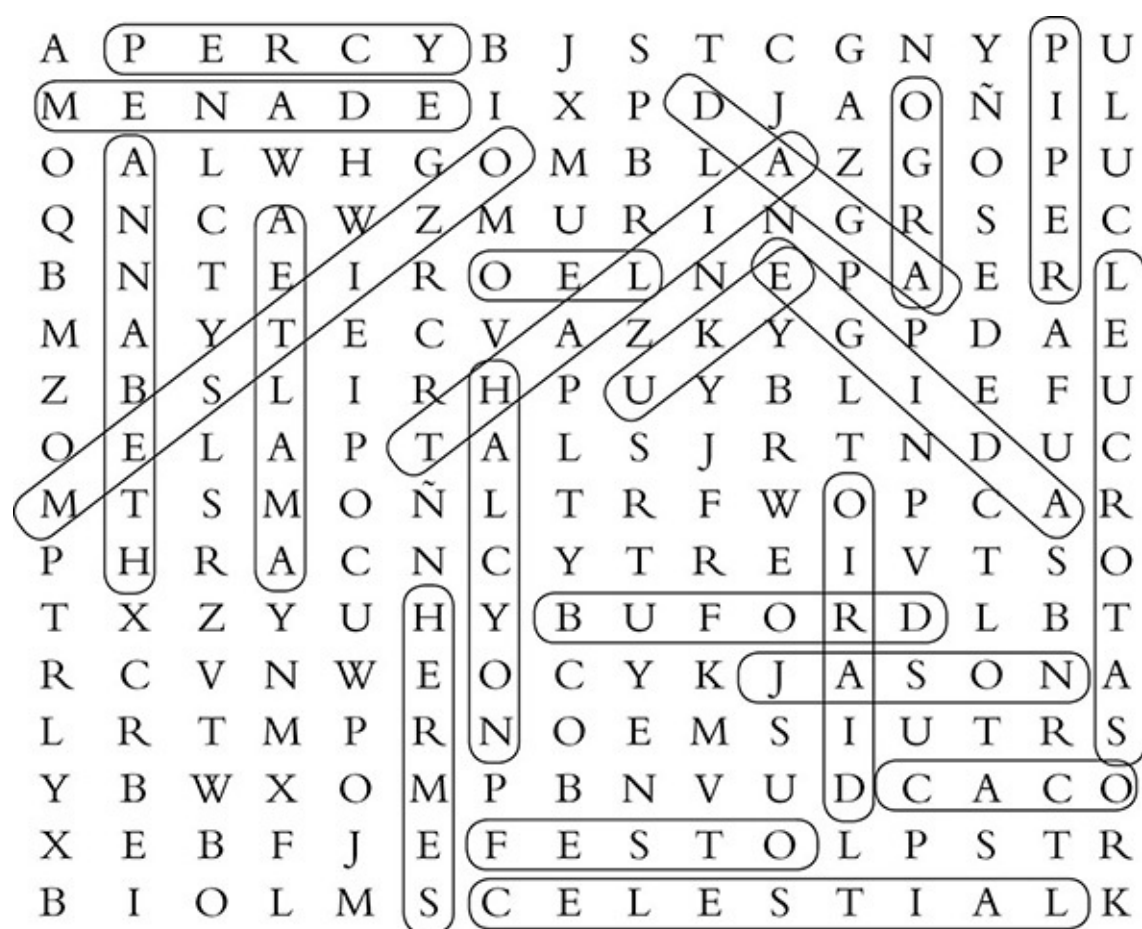
THALIA

SOLUCIONES

ANAGRAMAS

Jason, Leo, Piper, Frank,
Hazel, Percy y Annabeth
deben unirse para responder
a la llamada de la profecía

SOPA DE LETRAS OLÍMPICA



NOTA DE RICK RIORDAN

Percy Jackson comenzó como un cuento para dormir a mi hijo Haley. En la primavera de 2002, cuando Haley estaba en primero, empezó a tener problemas en el colegio. Pronto descubrimos que tenía un trastorno por déficit de atención con hiperactividad y dislexia. Eso hacía que le costase leer, pero le gustaba mucho la mitología griega, que yo había enseñado en secundaria durante muchos años. Para animarlo a que leyese, empecé a contarle mitos en casa. Cuando me quedé sin historias, Haley me pidió que me inventase una. El resultado fue Percy Jackson, el semidiós moderno con TDAH/dislexia, inspirado en las dificultades de mi hijo.

A lo largo de los años, Haley y Percy han crecido juntos. Percy se convirtió en un héroe. Haley también hizo cosas bastante heroicas. Aprendió a superar sus problemas de aprendizaje, destacó en el colegio, se convirtió en un lector voraz y —para mi sorpresa— decidió que quería escribir sus propios libros. Hace poco ha terminado el manuscrito de su primera novela, ¡y es más largo que cualquier obra que yo haya escrito! También tengo que reconocer que sus dotes como escritor están a años luz de las mías cuando tenía dieciséis años.

Cuando escribo esto, Haley y Percy tienen la misma edad: dieciséis años. Me asombra lo lejos que los dos han llegado. Pensando en este libro de relatos, se me ocurrió que Haley podía tener algo que decir sobre el mundo de Percy. Después de todo, él lo inspiró. De no ser por lo mucho que él me animó, nunca habría escrito *El ladrón del rayo*.

Le pregunté a Haley si le apetecería aportar un relato a esta antología y aceptó el desafío de inmediato. El resultado es *El hijo de la magia*, en el que Haley explora una nueva parcela en el mundo de Percy. Su relato gira en

torno a un interesante enigma: después de *El último héroe del Olimpo*, ¿qué les pasó a los semidioses que lucharon en el ejército de Cronos?

Estás a punto de conocer a uno de esos semidioses. También descubrirás cómo funciona la Niebla y por qué los monstruos pueden «oler» a los héroes. ¡Ojalá se me hubieran ocurrido a mí esas ideas!

Me parece lógico que Haley y yo hayamos cerrado el círculo. El niño que me inspiró la creación de Percy Jackson está escribiendo ahora sobre el mundo de Percy. Es un placer presentarte *El hijo de la magia*, el primer relato de Haley Riordan.

EL HIJO DE LA MAGIA

HALEY RIORDAN



—Normalmente invito a los presentes a que me hagan preguntas cuando termino, pero esta vez me gustaría ser yo quien les preguntase a ustedes. — Dio un paso atrás, tratando de establecer contacto visual con todos y cada uno de los mil miembros del público—. ¿Qué pasa cuando uno se muere? Parece una pregunta infantil, ¿verdad? Pero ¿sabe alguno de ustedes la respuesta?

Se hizo el silencio, como debía ser...

El doctor Claymore no esperaba que nadie respondiera a la pregunta después del discurso que acababa de pronunciar. No creía que nadie se atreviera a intentarlo.

Pero, como siempre, alguien frustró sus esperanzas.

Esta vez fue el chico castaño y pecoso de las primeras filas del auditorio. Claymore lo reconoció: era el mismo que se le había acercado corriendo en el aparcamiento y le había dicho que era un gran admirador suyo y que había leído todos sus libros.

—¿Sí? —dijo el doctor—. ¿Lo sabes? Adelante, todos nos morimos de ganas de oírte.

El chico que antes se había mostrado tan lleno de energía ahora parecía cohibido.

Claymore sabía que era cruel dejar en ridículo a ese niño inocente. Pero también sabía que era necesario.

Él no era más que un actor que interpretaba ante su público como un buen artista en un espectáculo de magia. Y ese chico acababa de ofrecerse voluntario para participar en su número.

Para entonces todo el público miraba al niño. El hombre sentado a su lado —el padre del chico, supuso Claymore— se movió incómodo en su asiento.

Con tanta atención centrada en él, el doctor dudaba que el niño tuviera fuerzas para respirar siquiera. Poseía un aspecto muy frágil: flaco y desmañado, probable blanco de muchas burlas en el colegio.

Pero entonces el chico aparentemente débil hizo algo sorprendente. Se levantó y recuperó el habla.

—No lo sabemos —dijo. Le temblaba todo el cuerpo, pero miró a Claymore a los ojos—. Usted critica todas las ideas de la gente sobre la otra vida. Si tanto ha investigado, ¿por qué nos pide una respuesta a nosotros? ¿No la ha encontrado usted?

Claymore tardó en responder. Si el chico hubiera dicho «cielo» o «reencarnación», habría contestado rápido, pero ese comentario no era el que esperaba. Su número experimentó un brusco parón. El público le dirigió miradas de reprensión, como si le resultase más fácil aferrarse a las simplistas palabras del niño que al trabajo desarrollado por Claymore durante toda su vida.

Pero como todo buen artista, tenía un plan alternativo. No dejó pasar más de cinco segundos. Un segundo más y habría parecido nervioso. Un segundo menos y habría parecido que estaba atacando al chico. Después de la pausa adecuada, pronunció su respuesta ensayada.

—Se lo pregunto a todos ustedes porque yo sigo buscando la respuesta —dijo, agarrándose al atril—. Y a veces las verdades más complejas vienen de los lugares más sencillos. Cuando esté en mi lecho de muerte, quiero saber con absoluta certeza lo que me espera. Estoy seguro de que todos y cada uno de ustedes piensan lo mismo.

El público aplaudió. Claymore aguardó a que terminasen.

—Mi nuevo libro, *Carretera a la muerte*, estará pronto en las librerías —concluyó—. Si quieren saber más sobre el tema, sería un honor para mí que lo leyeran. Les deseo buenas noches. Espero que todos encuentren las respuestas que buscan.

Unos cuantos miembros del público se pusieron en pie para ovacionarlo. Claymore les dedicó una última sonrisa antes de bajar del escenario. Pero cuando estuvo fuera de su vista, frunció el ceño.

En eso se había convertido su vida: en una sucesión de eventos en los que era exhibido como un animal de circo. Él era un visionario, pero al mismo tiempo un farsante. Tal vez una docena de personas del público entendían su obra, aunque fuera remotamente. Sabía que aún menos la aceptaban.

La ignorancia supina de sus admiradores le indignaba.

—¡Señor Claymore!

Su anfitriona corrió detrás del escenario, y él transformó su ceño fruncido en una sonrisa. Al fin y al cabo, esa mujer era la que pagaba.

—¡Ha sido un éxito, señor Claymore! —dijo ella dando saltos con sus zapatos de tacón alto—. ¡Nunca habíamos tenido tanto público!

La mujer aterrizó a su lado, y al doctor le sorprendió que los tacones no se rompiesen con su peso. Seguramente, era un pensamiento descortés, pero esa mujer medía casi tanto como él, a quien la gente consideraba una persona alta. La mejor forma de describirla sería como una típica abuela, de las que preparan galletas y tejen jerséis. Sin embargo, era más gruesa que la mayoría de las abuelas. Y tenía un gran entusiasmo, casi hambre. ¿Hambre de qué?, se preguntaba. Claymore suponía que de más galletas.

—Gracias —dijo, apretando los dientes—. Pero en realidad es «doctor Claymore».

—¡Ha estado increíble! —comentó ella, sonriendo de oreja a oreja—. ¡Es usted el primer escritor que nos hace colgar el cartel de «Entradas agotadas»!

Pues claro, cómo no iba a llenar el auditorio de un pueblecito como ese, pensó Claymore. Más de un crítico había dicho de él que era la mente más brillante desde Stephen Hawking. Ya de niño echaba mano de su labia para parecer poco menos que un dios a los ojos de sus compañeros y profesores. Ahora lo admiraban tanto políticos como científicos.

—Predico la verdad, y la gente desea conocer la verdad sobre la muerte —dijo, citando su nuevo libro.

La mujer parecía un poco deslumbrada, y sin duda habría seguido alabándolo durante horas, pero él ya había cumplido su cometido, de modo que Claymore aprovechó la oportunidad para marcharse.

—Tengo que irme a casa, señora Lamia. Buenas noches.

Y tras pronunciar estas palabras, salió del edificio al fresco aire nocturno.

Nunca habría aceptado hablar en un lugar apartado como Keeseville, en Nueva York, si no tuviera una casa allí. El inmenso auditorio llamaba la atención en el pintoresco pueblecito al que se había mudado para escribir con tranquilidad.

Con una población que apenas alcanzaba los dos mil habitantes, Claymore suponía que el nutrido público de esa noche debía de haber venido de todo el estado. Era un evento especial, un acto único en la vida. Pero para él era un trabajo insustancial, algo que sus editores le exigían. Un día más en la oficina.

—¡Doctor Claymore, espere! —gritó alguien detrás de él, pero hizo como si no lo hubiera oído.

Si no era su patrocinadora, no tenía por qué contestar. No tenía sentido; el acto había terminado. Pero entonces le agarraron del brazo.

Se volvió con una mirada furibunda. Era aquel chico, el mismo que había intentado dejarlo en ridículo.

—¡Doctor Claymore! —dijo el chaval jadeando—. Un momento. Tengo que preguntarle una cosa.

Claymore abrió la boca para reprenderle, pero entonces se detuvo.

El padre del chico estaba a poca distancia detrás de él. Al menos, Claymore supuso que era su padre. Tenía el mismo pelo castaño y el mismo físico desgarrado.

Pensó que debería regañar a su hijo por ser tan maleducado, pero aquel hombre se limitó a mirarlo a él con expresión vaga.

—Vaya, sí, hola —dijo el doctor, dedicando una sonrisa forzada al padre—. ¿Es este su hijo?

—Solo quiere hacerle una pregunta rápida —declaró el padre distraídamente.

Claymore dirigió sin ganas la vista al niño, que, a diferencia que su padre, tenía una mirada ardiente de determinación.

—Supongo que es culpa mía —dijo lo más cortésmente posible—. Debería haberte dado más tiempo para que hablastes al final de la charla.

—Es importante —explicó el chico—. Por favor, tómese en serio, aunque le parezca raro, ¿vale?

Claymore resistió las ganas de irse. No le gustaba ser indulgente con la gente, pero su imagen pública era importante de cara a las ventas del libro. No podía permitir que el estúpido padre de ese chico le contase al mundo que habían sido cruelmente ninguneados por él.

—Pregunta —dijo—. Soy todo oídos.

El chaval se enderezó. A pesar de estar flaco como un palo, era casi tan alto como Claymore.

—¿Qué pasaría si alguien descubriese una forma de impedir la muerte?

A Claymore se le heló la sangre cuando percibió el cambio que se experimentó en la voz del chico. Ya no tenía un tono nervioso. Era duro y frío como una piedra.

—Eso es imposible —dijo—. Todos los seres vivos se deterioran con el tiempo. Hay un punto determinado en el que uno ya no puede funcionar. Es...

—No ha respondido a la pregunta —lo interrumpió el niño—. Dígame su opinión sincera, por favor.

—No tengo ninguna opinión —replicó Claymore—. No soy un escritor de obras de ficción. No me recreo en las cosas imposibles.

El chico frunció el ceño.

—Es una lástima. ¿El papel, papá?

El hombre sacó un trozo de papel de su bolsillo y se lo dio al doctor.

—Son nuestros datos de contacto —dijo el chaval—. Si lo descubre, llámeme, ¿vale?

Claymore lo miró fijamente, procurando que no se trasluciese su confusión.

—Me entiendes, ¿verdad? No puedo responder a tu pregunta.

El chico lo miró con ojos serios.

—Inténtelo, por favor, doctor Claymore. Porque si no lo intenta, me moriré.

En el trayecto en coche a casa, Claymore no paraba de mirar por el espejo retrovisor. Francamente, era patético. El chico solo había intentado ponerlo nervioso. No podía permitir que algo así le alterase.

Cuando llegó a la entrada de su casa, sentía que ya lo había olvidado. Pero aun así se sorprendió poniendo la alarma.

Vivía en una casa que había diseñado personalmente. Entre sus muchas aptitudes se encontraba la arquitectura, y quería que su casa reflejase todas las facetas de su persona. De líneas puras extraordinariamente modernas, la vivienda se hallaba bastante apartada de la carretera. Las cámaras de seguridad y las ventanas con barrotes protegían su intimidad, pero dentro las habitaciones estaban amuebladas con sencillez y eran tranquilas y confortables.

Ni esposa, ni hijos; en la casa no había nadie que pudiera molestarle. Ni siquiera un gato. Un gato menos que nada.

Era un oasis solo para él. Estar allí siempre contribuía a calmar sus nervios crispados.

Sí, su bonita casa le ayudó a dejar de pensar en el chico, pero no tardó en estar sentado a su escritorio leyendo la tarjeta que el padre le había dado.

ALABASTER C. TORRINGTON

MORROW LANE, 273

518-555-9530

El prefijo 518 le indicó que podían vivir en Keeseville. Y recordaba un Morrow Lane al otro lado del pueblo. ¿Quién era Alabaster Torrington?, ¿el chico o el padre? Alabaster era un nombre bastante anticuado. No se oía a menudo, porque la mayoría de los padres tenían el sentido común de no ponerle a sus hijos nombres de piedras.

Claymore sacudió la cabeza. Debería haber tirado la tarjeta y haberse olvidado de ella. No podía quitarse de la mente ciertas escenas de *Misery*, de Stephen King. Pero para eso está el sistema de alarma, se dijo; para mantener alejados a los fans raros. Si le llamaban una sola vez en plena noche, la empresa de seguridad enviaría a la policía de inmediato.

Y Claymore no estaba indefenso. Tenía una respetable colección de armas de fuego escondida en distintos rincones de la casa. Todas las precauciones eran pocas.

Suspiró y lanzó el trozo de papel a la mesa con el resto de papeles. A menudo coincidía con gente extraña en los actos. Después de todo, por cada persona semiinteligente que compraba sus libros, había al menos otros tres que los elegían porque creían que eran guías para adelgazar.

Lo importante era que no estaba solo en un callejón a oscuras con esa gente. Estaba a salvo, en su casa, y no había mejor sitio en el que estar.

Sonrió para sus adentros, recostándose en su silla de trabajo.

—Sí, eso es; no hay de qué preocuparse —se dijo—. Un día más en la oficina.

Entonces sonó el teléfono, y su sonrisa se esfumó.

¿Qué podían querer a esas horas? Eran casi las once. Cualquier persona sensata estaba dormida o acurrucada con un buen libro.

Se planteó no contestar, pero el teléfono no dejaba de sonar; cosa muy extraña, considerando que el buzón de voz normalmente se activaba después del cuarto tono. Al final le pudo la curiosidad.

Se levantó y entró en el gran salón. En aras de la sencillez, solo tenía un teléfono fijo en casa. En el identificador de llamada ponía MARIAN LAMIA, 518-555-4164.

Lamia... Era la mujer que había organizado el acto.

Frunció el entrecejo y levantó el auricular mientras se sentaba en el sofá.

—¿Sí, diga? Soy Claymore. —No intentó disimular el fastidio de su voz. Estaba en su casa, y obligarlo a atender una llamada de teléfono no era mejor que presentarse en su puerta en persona. Esperaba que Lamia tuviera un buen motivo.

—¡Señor Claymore! —Pronunció su nombre como si estuviese anunciando que le había tocado la lotería—. ¡Hola, hola, hola! ¿Qué tal?

—¿Es consciente de qué hora es, señora Lamia? —preguntó él en el tono más severo del que fue capaz—. ¿Tiene algo importante que decirme?

—¡Sí, lo tengo! ¡De hecho, quería hablar con usted del asunto enseguida!

Él suspiró. Esa mujer era capaz de hacer que pasara de sentirse ligeramente molesto a sentirse directamente furioso en menos de treinta segundos.

—Bueno, pues no se dedique a exclamar inútilmente —gruñó—. ¡Suéltelo! Soy un hombre ocupado y no me hace gracia que me molesten.

La línea se quedó en silencio. Claymore estaba medio convencido de que la había espantado, pero ella continuó en un tono mucho más frío.

—Muy bien, señor Claymore. Podemos saltarnos los cumplidos de rigor, si es lo que desea.

Él estuvo a punto de reír. Parecía que esa mujer intentase abiertamente intimidarlo.

—Gracias —dijo él—. ¿Qué quiere exactamente?

—Esta noche ha conocido a un niño, y ese niño le ha dado una cosa —contestó Lamia—. Quiero que me lo entregue.

Él frunció el ceño. ¿Cómo sabía ella lo del chico? ¿Había estado siguiéndolo?

—No me gusta que me siga, pero supongo que a estas alturas no importa. Lo único que el niño me dio fue un trozo de papel con sus señas. No me sentiría cómodo dándoselo a usted, alguien a quien conocí ayer mismo.

Hubo otra pausa. Justo cuando el doctor estaba a punto de colgar el teléfono, la mujer preguntó:

—¿Cree usted en Dios, señor Claymore?

Él puso los ojos en blanco, indignado.

—No sabe cuándo parar, ¿verdad? No creo en nada que no pueda ver ni tocar en persona. Así que si me lo pregunta en un contexto religioso, la respuesta es no.

—Es una lástima —dijo ella, con una voz que apenas era un susurro—. Eso hace mucho más difícil mi trabajo.

Claymore colgó de golpe.

¿Cuál era el problema de esa mujer? Había empezado la conversación prácticamente diciendo: «He estado acechándolo», y luego había intentado convertirlo. Al final no iba a ser una abuela tan maja.

El teléfono sonó otra vez —Lamia según el identificador—, pero Claymore no tenía ninguna intención de cogerlo. Desenchufó el aparato y puso fin al problema.

Al día siguiente quizá presentase una denuncia a la policía. Era evidente que la señora Lamia estaba desquiciada. ¿Para qué demonios querría las señas de ese chico? ¿Qué quería esa mujer de él?

Claymore se estremeció. Sintió un extraño deseo de avisar al niño. Pero no, no era su problema. Dejaría que los psicópatas se eliminasen entre ellos, si es lo que deseaban. No pensaba meterse en el fuego cruzado.

Y menos esa noche. Esa noche necesitaba dormir.

Claymore sabía que la curiosidad y la excitación podían afectar a los sueños de una persona. Pero eso no explicaba el que tuvo.

Se encontraba en una sala inmensa, antigua y polvorienta. Parecía una iglesia que llevara un siglo sin limpiar. La única luz que había era un tenue resplandor verde al otro extremo de la sala. Un chico situado en el pasillo justo delante de él tapaba la fuente de luz. Aunque Claymore no podía ver con claridad, estaba seguro de que se trataba del mismo chico del auditorio. ¿Qué hacía en su sueño?

Claymore era lo que se conocía como un soñador lúcido, alguien que normalmente sabe cuándo está soñando y puede despertarse a voluntad. Podría haberse despertado si lo hubiera querido, pero no quiso hacerlo aún. Tenía curiosidad.

—Me ha vuelto a encontrar —dijo el chico. No se dirigía a Claymore. Estaba de espaldas y parecía que hablase con la luz verde—. No sé si esta vez podré defenderme de ella. Se está acercando a mi olor.

Por un momento no hubo respuesta. Entonces, por fin, una mujer habló en la parte delantera de la sala. Tenía un tono estoico y desprovisto de humor, y había algo en él que provocó un escalofrío a Claymore.

—Sabes que no puedo ayudarte, mi niño —dijo—. Es mi hija. No puedo ponerlos la mano encima a ninguno de los dos.

El chico se puso tenso, como si estuviera listo para pelear, pero se detuvo.

—Lo... lo entiendo, madre.

—Alabaster, sabes que te quiero —declaró la mujer—. Pero tú mismo te buscaste esta batalla. Aceptaste la bendición de Cronos. Luchaste con sus ejércitos en mi nombre. Ahora no puedes acudir a tus enemigos y pedir

perdón. Ellos nunca te ayudarán. He conseguido mantenerte a salvo hasta ahora, pero no puedo interferir en tu combate con ella.

Claymore frunció el entrecejo. El nombre de Cronos hacía referencia al señor de los titanes que aparecía en la mitología griega, hijo de la tierra y de los cielos, pero el resto no tenía sentido. Esperaba obtener alguna información del sueño, pero ahora le parecían estupideces: más mitología y leyendas. No era más que ficción inútil.

El chico, Alabaster, se dirigió a la luz verde.

—¡Cronos no tenía que perder! ¡Tú me dijiste que los titanes tenían posibilidades de ganar! ¡Tú me anunciaste que el Campamento Mestizo sería destruido!

Cuando el chico se movió, Claymore por fin pudo ver a la mujer con la que estaba hablando. Estaba arrodillada al final del pasillo, con la cara alzada como si estuviera rezando a una ventana con el cristal sucio situada encima del altar. Iba vestida con una túnica blanca llena de recargados motivos plateados, como runas o símbolos alquímicos. El cabello castaño apenas le llegaba a los hombros.

A pesar de la mugre y el polvo en los que se había arrodillado, estaba inmaculada. De hecho, ella era la fuente de luz. El resplandor verde la rodeaba como un halo.

Habló sin mirar al chico.

—Alabaster, simplemente te dije cuál era el desenlace más probable. No te prometí que acabaría ocurriendo. Yo solo quería que vieras las distintas opciones, con el fin de que estuvieras preparado para lo que te podía esperar.

—Está bien —dijo Claymore finalmente—. Ya he tenido suficiente. ¡Se acabó esta historia ridícula!

Esperaba despertar bruscamente, pero por algún motivo no fue lo que pasó.

El chico se dio la vuelta y lo examinó con asombro.

—¿Usted? —Se volvió otra vez hacia la mujer arrodillada—. ¿Qué hace él aquí? ¡A los mortales no se les permite poner el pie en la casa de un dios!

—Está aquí porque yo lo he invitado —explicó la mujer—. Tú le pediste ayuda, ¿no? Confiaba en que estuviese más dispuesto si entendía tu...

—¡Basta! —chilló Claymore—. ¡Esto es absurdo! ¡Esto no es real! ¡Solo es un sueño, y como su creador, exijo despertar!

La mujer seguía sin mirarlo, pero su voz tenía un tono divertido.

—Muy bien, doctor Claymore. Si es lo que desea, que así sea.

Claymore abrió los ojos. La luz del sol entraba a raudales por las ventanas de su dormitorio.

Qué raro... Normalmente, cuando decidía poner fin a un sueño, se despertaba enseguida en plena noche. ¿Por qué era de día?

Bueno, en todo caso, el chico del día anterior parecía mucho menos intimidante en el sueño. ¿La bendición de Cronos? ¿La casa de un dios? Alabaster parecía más un jugador de un juego de rol que un psicópata desquiciado. ¿Titanes? Claymore contuvo la risa. ¿Cuántos años tenía?, ¿cinco?

Se sentía aliviado y revitalizado. Era hora de empezar su rutina matutina.

Se quitó el pijama, se duchó y se puso su atuendo habitual; el mismo estilo de ropa que había llevado en la charla de la noche anterior: pantalón, camisa de vestir y mocasines marrones limpios. No era partidario de vestir informalmente.

Se puso su chaqueta de *tweed* y empezó a recoger sus cosas.

Ordenador portátil: sí. Cartera: sí. Llaves: sí.

Entonces vaciló. Necesitaba una cosa más. Era una precaución totalmente innecesaria, pero le tranquilizaría. Abrió el cajón del escritorio, cogió su pistola más pequeña —una nueve milímetros— y se la metió en el bolsillo de la chaqueta.

La noche anterior Alabaster había hecho temblar sus cimientos. Tanto que Claymore se había acostado sin escribir nada, algo que no podía permitirse a esas alturas, con la fecha de entrega a la vuelta de la esquina. No podía permitir que ningún admirador trastornado afectara a su humor y su producción. Y si para eso tenía que llevar consigo algo que le diera seguridad, que así fuera.

Black's Coffee. El nombre era un juego de palabras malísimo, pero Claymore volvía día tras día. Al fin y al cabo, era la mejor cafetería de Keeseville. Por otra parte, era la única cafetería de Keeseville...

Había llegado a conocer bastante bien al dueño. En cuanto entró, Black el Recio lo saludó diciéndole:

—¡Howard! ¿Qué tal? ¿Lo de siempre?

El Recio era..., en fin, recio. Su cara carnosa, sus enormes brazos tatuados y su permanente ceño fruncido le habrían permitido entrar en cualquier banda de moteros. Su delantal con el mensaje BESA AL COCINERO era lo único que hacía pensar que su sitio estaba detrás de la barra.

—Buenos días —contestó Claymore, sentándose ante la barra y sacando el portátil—. Sí, lo de siempre.

Iba por el capítulo cuarenta y seis, cosa que le facilitaba el trabajo. Ya no necesitaba llevar al lector de la mano. Si a esas alturas no se había enterado de qué iba la cosa, ya no se enteraría nunca.

Un café y un pastelito de arándanos aparecieron delante de él, pero apenas se fijó en ellos. Estaba en su mundo, moviendo los dedos por el teclado, mientras palabras y pensamientos se unían siguiendo una pauta aparentemente incomprensible, aunque Claymore sabía que todo era producto de su genialidad.

El café se vació poco a poco. El pastelito quedó reducido a unas migajas. Otros clientes iban y venían, pero ninguno molestaba a Claymore. No importaba nada más que su trabajo. Era lo único para lo que vivía.

Pero de repente su mundo se hizo añicos cuando una mujer se sentó a su lado.

—¡Claymore, qué sorpresa! ¡No esperaba verle aquí!

Un odio furibundo brotó de dentro de él. Pulsó Control + S y cerró el portátil.

—Señora Lamia, si no fuera un hombre más civilizado, le quitaría el asiento de debajo.

Ella hizo un mohín y puso ojos de cachorrito, una expresión que no resultaba convincente en una mujer de su edad.

—Eso no está bien, señor Claymore. Solo estoy saludándolo.

Él la fulminó con la mirada.

—Doctor Claymore.

—Perdone —dijo ella con poco entusiasmo—. Siempre me olvido... No tengo mucha memoria para los nombres, ¿sabe?

—Lo único que quiero es que desaparezca de mi vista —replicó él—. Me niego a ser un miembro de la secta a la que usted pertenece.

—Solo quiero hablar —insistió ella—. No tiene nada que ver con dioses. Tiene que ver con el chico, Alabaster.

Él la miró con recelo. ¿Cómo sabía el nombre del chico? Él no lo había mencionado en su conversación telefónica de la noche anterior.

La señora Lamia sonrió.

—Busco a Alabaster desde hace tiempo. Soy su hermana.

Claymore se rio.

—¿No se le ocurre una mentira mejor? ¡Pero si es usted mayor que el padre del chico!

—Bueno, las apariencias engañan. —Sus ojos eran extrañamente brillantes, de un verde luminoso, como la luz del sueño de Claymore—. El chico se ha escondido bien —continuó—. Debo reconocer que ha mejorado en la *magia occultandi*. Confiaba en que la charla que usted dio le haría salir a la luz, y así fue. Pero antes de que pudiera atraparlo consiguió escapar. Deme sus señas y le dejaré en paz.

Claymore procuró no perder la calma. No era más que una vieja chiflada que desvariaba. Aunque la *magia occultandi*... Sabía latín. Significaba «hechizo de ocultación». ¿Quién demonios era esa mujer y qué interés tenía en el chico? Era evidente que quería hacer daño a Alabaster.

Mientras la miraba, reparó en otro detalle: la señora Lamia no parpadeaba. ¿La había visto parpadear alguna vez?

—¿Sabe qué? Ya estoy harto. —A Claymore le tembló la voz muy a su pesar—. Black, ¿has estado escuchando?

Miró al Recio detrás de la barra. Por algún motivo, el hombre no contestó. Se limitó a seguir limpiando tazas de café.

—Oh, no puede oírle. —Lamia bajó la voz y habló con el mismo susurro áspero que él había oído la noche anterior por teléfono—. Podemos controlar la Niebla a voluntad. Él no tiene ni idea de que estoy aquí.

—¿La Niebla? —preguntó Claymore—. ¿De qué narices está hablando? ¡Está loca!

Se levantó y retrocedió instintivamente llevándose la mano al bolsillo de la chaqueta.

—¡Recio, echa a esta mujer antes de que acabe de arruinarme la mañana, por favor!

El dueño de la cafetería tampoco respondió esta vez. El corpulento hombre miraba más allá de Claymore como si él no estuviera allí.

Lamia le sonrió con petulancia.

—¿Sabe qué, señor Claymore? Creo que nunca me he encontrado con un mortal tan arrogante como usted. Tal vez necesite una demostración.

—¿No lo entiende, señora Lamia? ¡No tengo tiempo para esto! Me largo, y en cuanto a...

No le dio tiempo a terminar. La mujer se levantó, y su silueta empezó a brillar. Sus ojos fueron lo primero que cambió. Los iris se ensancharon emitiendo un brillo verde oscuro. Las pupilas se estrecharon hasta convertirse en hendiduras serpentinas. Alargó la mano, y enseguida sus dedos se arrugaron y se endurecieron, y sus uñas se transformaron en garras de lagarto.

—Puedo matarte ahora mismo, Claymore —susurró.

Un momento... No, no era un susurro. Parecía más un siseo.

Claymore sacó la pistola de la chaqueta y apuntó a la cabeza de Lamia. No entendía qué estaba pasando: tal vez le habían echado un alucinógeno en el café. Pero no podía permitir que esa mujer, esa criatura, le venciera.

Las garras podían ser una ilusión, pero ella seguía preparándose para atacarle.

—¿De veras crees que me comportaría tan arrogantemente con una loca si no estuviera dispuesto a defenderme? —preguntó.

Ella gruñó y avanzó levantando las garras.

Claymore no había disparado nunca, pero se impusieron sus instintos. Apretó el gatillo. Lamia se tambaleó siseando.

—La vida es algo frágil —dijo él—. ¡Deberías haber leído mis libros! ¡Solo estoy actuando en defensa propia!

Ella se abalanzó de nuevo sobre él. Claymore le disparó otras dos veces a la cabeza, y la mujer se desplomó en el suelo.

Él esperaba que hubiera más sangre..., pero daba igual.

—Lo... lo has visto, ¿verdad, Recio? —dijo—. ¡Ha sido inevitable!

Se volvió hacia el hombre y frunció el ceño. Seguía limpiando tazas de café.

Era imposible que no hubiera oído los disparos. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo?

Y entonces ocurrió otra cosa imposible. El cadáver del suelo empezó a moverse.

—Espero que ahora lo entiendas, Claymore. —Lamia se levantó y lo miró con el único ojo serpentino que le quedaba. Toda la mitad izquierda de la cara le había reventado, pero donde debería haber sangre y huesos había una gruesa capa de arena negra.

Parecía más bien que Claymore hubiera destrozado parte de un castillo de arena... e incluso esa parte estaba recomponiéndose.

—¡Atacándome con tu arma de mortal —dijo siseando—, has declarado la guerra a los hijos de Hécate! ¡Y yo no me tomo la guerra a la ligera!

Eso... eso no era un sueño, inducido con fármacos o no. Era imposible... ¿Cómo podía ser real? ¿Cómo podía seguir viva?

«¡Céntrate!», se dijo Claymore. «¡Es evidente que es real porque acaba de pasar!».

Y, entonces, como era un hombre de lógica, hizo lo más lógico. Cogió la pistola y echó a correr.

La última vez que había visto un cepo para ruedas había sido hacía dos años, en un coche de alquiler que había aparcado en una zona prohibida en Manhattan, y ahora, precisamente esta mañana, había uno en el neumático de su coche. Huir en vehículo ya no era una opción.

Lamia se acercaba. Salió del café arrastrando los pies mientras su ojo izquierdo se regeneraba poco a poco y adoptaba una mirada de furia.

Pasó un coche, y Claymore hizo señas para que parase, pero como le había ocurrido con Black, el conductor no pareció verlo.

—¿No lo entiendes? —dijo Lamia siseando—. ¡Tus compañeros mortales no pueden verte! ¡Estás en mi mundo!

Claymore no discutió. Aceptó su explicación.

Ella se dirigió a él cojeando, sin prisa. Ya no parecía una serpiente, ahora era como un gato jugando con su presa.

No había forma de que él pudiera luchar contra ella. Solo le quedaban cinco tiros. Si no la detenían tres balas en la cabeza, Claymore dudaba que, salvo una granada de mano, algo pudiera detenerla.

Él contaba con una ventaja. En el estado en que Lamia se encontraba, parecía que le costaría llegar del sofá a la nevera, así que, aunque él ni por asomo era un buen atleta, podía correr y escapar de ella, fuera el monstruo que fuese.

Lamia estaba ahora a tres metros. Claymore le dirigió una sonrisita desafiante y acto seguido se volvió y echó a correr por la calle principal. Solo había una docena de tiendas en el centro del pueblo, y la calle estaba demasiado descubierta. Tendría que meterse en la Segunda Avenida y con suerte darle esquinazo en una de las calles laterales. Luego volvería a su casa, activaría la alarma y llamaría a la policía. Cuando estuviera allí...

—*Incanto: Gelus Semita!* —gritó Lamia detrás de él.

Era latín; un conjuro. Estaba recitando algún tipo de hechizo.

Él no había terminado de traducir la frase cuando la temperatura pareció bajar quince grados. Aunque no había ni una nube en el cielo, empezó a granizar. Se volvió, pero Lamia había desaparecido.

—«Conjuro: sendero de hielo...» —tradujo en voz alta, echando vaho por la boca—. ¿En serio? ¿Está utilizando magia? ¡Es absurdo!

Entonces la voz de ella habló detrás de él:

—Eres verdaderamente un hombre inteligente, Claymore. Ahora entiendo por qué mi hermano te busca.

Él se dio la vuelta hacia la voz, pero había desaparecido otra vez.

Seguía jugando con él. Muy bien. Claymore tendría que hacer algo más que huir. Ella no era humana, pero él la encararía como a cualquier adversario. Tendría que estudiar a su oponente, aprender sus puntos débiles.

Y entonces escaparía.

Estiró la mano hacia el granizo.

—Puede que hace diez minutos no supiera que esto era posible, pero tengo clara una cosa: si este es todo tu poder, no me extraña que no veamos más monstruos como tú. —Sonrió—. ¡Debemos de haberlos matado a todos!

Ella siseó furiosa. Empezó a granizar más, y el aire se llenó de una niebla gélida. Claymore apuntó con el arma, preparado para recibir un ataque por cualquier lado.

Aunque no le interesaba la ficción, había dedicado su carrera a investigar las creencias antiguas. En realidad, los conjuros se basaban en un sencillo concepto: si dices algo con la suficiente fuerza, puede hacerse realidad.

Ese conjuro tenía que ser algún tipo de hechizo de translocación. De lo contrario, no habría utilizado la palabra *semita*. Estaba abriéndose un sendero, y el hielo era su método de transporte: ocultaba su posición y hacía que a Claymore le resultase difícil moverse o adelantarse a su próximo ataque.

Era una estrategia pensada para ponerlo nervioso, pero se obligó a concentrarse. El suelo estaba cubierto de hielo a su alrededor. Se quedó quieto y escuchó. Sabía que ella aprovecharía la oportunidad para atacar.

Puede que hubiera estado jugando con él, pero no tenía intención de morir a manos de una idiota como ella, sobre todo si caía tan fácilmente en sus provocaciones.

Oyó el sonido delator de sus tacones altos crujiendo contra el hielo. Se dio la vuelta enseguida y se hizo a un lado justo cuando ella lanzaba un zarpazo al lugar que él había ocupado. Antes de que Lamia pudiera recuperar el equilibrio, disparó.

La rodilla izquierda de ella estalló en una nube de polvo negro, y el granizo remitió. Lamia se tambaleó, aunque por la expresión de su cara, la herida no le había afectado en lo más mínimo.

La parte inferior de su pierna se había desintegrado, pero ya estaba volviendo a formarse.

Esta vez él no esperaba matarla. Observó con cautela cómo se curaba, cronometrando su regeneración. Con una bala, calculó que había conseguido un minuto de tiempo.

—¡No lo entiendes, mortal! —dijo ella—. ¡Esas armas no pueden matarme! ¡Solo me entorpecen!

Claymore la miró y se rio.

—¡Si crees que intento matarte, debes de ser muy estúpida! Evidentemente, sé que eres inmortal, así que ¿por qué iba a tratar de matarte? No, no puedo hacerlo. Pero he aprendido algo importante del tiempo que hemos pasado juntos. —Apuntó con la pistola—. Tú no quieres matarme todavía. Si no, no habrías perdido el tiempo arrojándome cubitos de hielo. Quieres asustarme con la esperanza de que te lleve hasta el niño. Supone una amenaza para ti, ¿verdad? Lo único que tengo que hacer es encontrarlo para que él se deshaga de ti. ¡Y sé exactamente dónde está!

Ella siseó mientras su pierna izquierda se reimplantaba, pero él le arrancó la otra de un disparo.

—¡Si tuviera suficientes balas, me quedaría sentado aquí todo el día! —se burló Claymore—. ¡Estás indefensa! ¡Debería ir a por una aspiradora y acabar contigo!

Pensaba que la bestia asumiría que ahora estaba a su merced, pero por algún motivo ella sonrió.

Había dejado de caer granizo. El del suelo ya se había derretido, de modo que él sabía que el hechizo que estaba utilizando se había deshecho. ¿Cómo tenía el descaro de sonreír?

—¡Eres el mortal más arrogante que he visto jamás! ¡Muy bien! ¡Si no quieres llevarme hasta el chico, disfrutaré acabando contigo! —Sacó una lengua serpentina—. *Incanto: Templum Incendere!*

—Templo de Fuego —tradujo Claymore.

Probablemente, se trataba de un hechizo ofensivo: estaba a punto de atacarle con fuego. Claymore disparó a la pierna restablecida, la redujo otra vez a polvo y echó a correr.

Evidentemente, el hechizo no surtió efecto en el acto, pero él no tenía intención de averiguar lo que hacía. Iba a aprovechar que ningún mortal podía verlo. Volvió corriendo a toda velocidad a Black's Coffee y cruzó la puerta.

Black debía de estar pasándose la bomba limpiando tazas porque seguía dale que te pego.

A Claymore le daba igual. Metió la mano en su bolsillo y sacó las llaves de su camioneta, y el camarero ni se enteró.

Justo cuando creía que estaba libre de peligro, oyó la voz áspera de Lamia:

—Me tomas por tonta, ¿verdad?

Estaba justo detrás de él. Pero ¿cómo era posible? Él había calculado que tardaba en regenerarse uno o dos minutos. No había manera de que lo hubiera

seguido tan rápido.

No le dio tiempo a reaccionar. En cuanto se volvió, ella le sujetó el cuello con sus garras de lagarto, y la pistola se le cayó al suelo con gran estruendo.

—¡He recorrido este mundo durante miles de años! —susurró ella, mirándolo fijamente con sus ojos verde intenso—. ¡Eres un mortal! ¡Ciego! Yo era antes como tú. Me creía por encima de los dioses. Era la hija de Hécate, la diosa de la magia. ¡El mismísimo Zeus se enamoró de mí! ¡Me consideraba una igual! ¿Y qué me hicieron entonces los dioses?

Su mano se cerró más alrededor del cuello de Claymore, al que ahora le costaba respirar.

—¡Hera mató a mis hijos delante de mis ojos! ¡Ella...! ¡Esa mujer...!

Una lágrima cayó por su cara escamosa, pero a Claymore no le importaba lo más mínimo la tragedia de esa criatura. Con todas las fuerzas que pudo reunir, le golpeó el pecho con la rodilla y oyó el grato crujido de sus costillas al romperse.

Lamia cayó hacia atrás. Con suerte, sus costillas tardarían tiempo en regenerarse. La criatura se encorvó resollando como si le doliese mucho levantarse.

—Ya he invocado el Templo de Fuego —dijo—. Es un conjuro que destruirá tu santuario: el lugar en el que más confías. ¡No conseguiré hacerte sentir mi dolor, pero puedo arrebatarte lo más valioso para ti! ¡Puedo arrebatártelo todo con un gesto de la mano!

De repente la temperatura del café aumentó bruscamente. Parecía una sauna en la que cada vez hacía más y más calor.

Las mesas fueron lo primero que se incendió, luego las sillas y luego...

Claymore se precipitó hacia Black, que seguía limpiando alegremente tazas de café.

—*Incanto: Stulti Carcer!* —chilló Lamia.

Las piernas de Claymore se volvieron de plomo. Intentó obligarse a dar pasos, pero no podía. Estaba pegado al suelo.

Las llamas empezaron a subir poco a poco por el delantal de Black y pronto todo su cuerpo estaba en llamas. Y lo peor era que ni siquiera sabía lo que le estaba pasando.

Claymore intentó llamarlo a gritos, pero era inútil. Tuvo que presenciar cómo su único amigo genuino de Keeseville era devorado por las llamas delante de sus ojos.

—¡Los dioses pueden hacer esto! —gritó Lamia—. ¡Pueden eliminar todo lo que aprecias en un segundo, y eso es lo que pienso hacer yo! —Se volvió

hacia el portátil de Claymore—. ¡También destruiré tu última obra!

Señaló su ordenador mientras las llamas avanzaban hacia él sobre la barra. La cubierta de plástico empezó a derretirse.

—¡Intenta salvarlo, Claymore! —lo provocó ella—. Si apagas las llamas ahora, puede que todavía no sea demasiado tarde.

Flexionó la mano, y él notó súbitamente los pies.

—Ve, hijo de hombre —dijo ella susurrando—. Salva lo más preciado para ti. ¡Fracasarás! Como...

A Lamia no le dio tiempo a terminar porque el puño de Claymore se estampó contra su cara.

La criatura cayó contra una mesa. Él se abalanzó sobre ella y le dio otro puñetazo, con la mano cubierta de arena negra.

—¿Cómo puedes quedarte ahí diciendo esas cosas después de quitarle la vida a un hombre? —gritó.

Ella alargó sus garras hacia él, pero Claymore las apartó de un manotazo. Volcó la mesa, y ella se desplomó al suelo.

—¡Lo has matado! —chilló—. ¡Recio no tenía nada que ver con esto, y lo has matado! ¡No me importa qué monstruo seas! ¡Cuando haya terminado contigo, desearás que Hera te hubiera matado a ti también!

La criatura abrió la boca.

—*Incanto: Stu...!*

Claymore le asestó una patada en la mandíbula, y la parte inferior de su cara se deshizo en arena.

Las llamas se estaban intensificando. El humo acre le quemaba los pulmones, pero le daba igual. Propinó patadas y puñetazos a Lamia hasta reducirla a un montón de arena mientras ella trataba de regenerarse una y otra vez.

Con todo, sabía que no podía seguir así. No podía dejarse consumir por la rabia. Eso era lo que esa criatura quería. Ella se recuperaría por mucho que él le hiciese, pero él no era invulnerable: el humo no le dejaba respirar bien. Tenía que salir de allí. De lo contrario, el montón de arena que tenía bajo los pies sería el que riese el último.

Ella tardaría como mínimo un minuto en regenerarse, calculó Claymore, el tiempo justo para que él desapareciese.

Miró la masa revuelta de polvo preguntándose si podía oírle.

—La próxima vez que te vea sabré cómo matarte. Tu muerte es inevitable. Cuando te vuelvan a crecer piernas, te recomiendo que corras.

Recogió la pistola del suelo y disparó al montón de arena; un último disparo por Black el Recio.

Pero no bastaba con eso. Tenía que hacerse justicia, y si su intuición no le engañaba, conocía a la persona idónea para impartirla.

Cuando la policía descubriese que se había llevado la camioneta de Black, ¿lo culparían del incendio? ¿Lo acusarían del asesinato del dueño de la cafetería?

Le perseguía un auténtico monstruo, pero la policía podía considerarlo un enemigo de la ley. En otras circunstancias, la ironía de la situación le habría resultado graciosa, pero con Black muerto no.

Seguro que a él le habría parecido bien que se llevase su camioneta. Claymore pisó el acelerador y condujo lo más rápido que pudo sin tener un accidente.

Lamia tenía una colección de hechizos a su disposición. Lo único que él tenía era una ventaja de un minuto.

No le gustaban sus probabilidades de éxito, pero sabía la forma de volver las tornas a su favor. En la vida, nadie le había regalado nada, y sin embargo había conseguido doctorarse y convertirse en un escritor de éxito. Gracias a su brillantez, se había hecho famoso. Había entrado en un extraño mundo en el que los monstruos y los dioses existían, pero no pensaba dejarse vencer de ninguna manera. Ni por Lamia, ni por Hécate, ni por nadie.

Se metió en el camino de acceso de su casa, entró corriendo y activó la alarma mientras cerraba la puerta con llave detrás de él.

No pensaba estar allí más de un minuto, pero la alarma le avisaría si Lamia llegaba antes de lo que él esperaba.

Trató de ordenar sus pensamientos. Alabaster debía de saber lo de Lamia. En su sueño, el chico le decía a la mujer de blanco que lo estaban persiguiendo y ella le advertía que no podía interferir en una competición entre sus hijos. Eso significaba que la mujer de blanco era Hécate, y Lamia y Alabaster, sus hijos, enzarzados en una lucha mortal.

«¿Qué pasaría si alguien descubriese una forma de impedir la muerte?», le había preguntado el chico fuera del auditorio. Alabaster necesitaba una forma de vencer a Lamia, una criatura inmortal. De lo contrario, esta lo mataría a él. Así que había acudido al principal experto en la muerte: el doctor Howard Claymore.

Cogió la tarjeta de su escritorio y marcó el número de teléfono con el móvil, pero la respuesta que obtuvo no fue precisamente un grito de socorro.

—¿Qué quiere? —preguntó Alabaster en un tono frío como el hielo—. Ya sé que me dio un no por respuesta. ¿Qué pasa ahora? ¿Quiere que le diga que lo que soñó anoche no fue real?

—No soy tonto —replicó Claymore, y volvió a poner la alarma al salir—. Ahora sé que fue real, y también sé que tu hermana intenta matarme. Me atacó en la zona comercial, seguramente porque tú me pediste ayuda.

El chico se quedó tan anonadado que enmudeció. Finalmente, cuando Claymore estaba subiendo a la camioneta de Black, Alabaster preguntó:

—Si ella le atacó, ¿cómo es que sigue vivo?

—Ya te he dicho que no soy idiota —declaró Claymore—. Pero si no me hubieras arrastrado a esto, mi amigo no estaría muerto.

Le explicó brevemente lo que había pasado en Black's Coffee.

Hubo otro silencio.

Claymore arrancó la camioneta.

—¿Y bien?

—Tenemos que dejar de hablar —dijo Alabaster—. Los monstruos pueden rastrear las llamadas de teléfono. Venga a mi casa y le explicaré lo que necesito que haga. Deprisa.

Claymore lanzó el teléfono al asiento y pisó a fondo el acelerador.

La calle de Alabaster era un callejón sin salida, una vía cortada detrás de la cual solo había acantilados de piedra caliza que descendían hasta el río Hudson. Eso quería decir que no había forma de que los atacasen por detrás, pero también que no había posibilidad de huir.

Alabaster no se había instalado allí por casualidad, dedujo Claymore. El chico buscaba un sitio en el que pudiera defenderse fácilmente, aun renunciando a la opción de la retirada. Un sitio perfecto para una última batalla.

De hecho, el número 273 estaba al fondo del callejón sin salida.

No era nada del otro jueves. La hierba necesitaba que la cortaran y las paredes necesitaban una mano de pintura. No era la casa más bonita del mundo, pero era una casa que una familia normal podía considerar su hogar.

Claymore se acercó y llamó a la puerta, que no tardó en abrirse.

Era el hombre del día anterior, el padre de Alabaster. Sus ojos vacíos lo escrutaron y luego sonrió.

—¡Hola, amigo! Pase. Le he preparado té.

Claymore frunció el ceño.

—Sinceramente, en este momento no me apetece. Lléveme con su hijo.

Sin dejar de sonreír, el hombre lo hizo pasar.

A diferencia del exterior, la sala de estar era pulcra. Todo estaba perfectamente encerado, ordenado y limpio de polvo. Parecía que los muebles acabasen de salir de un envoltorio de plástico.

En la chimenea rugía el fuego, y según lo prometido, había té en la mesita para el café.

Claymore no le hizo caso. Se sentó en el sofá.

—El señor Torrington, ¿verdad? ¿Conoce la situación en la que me encuentro? He venido a por respuestas.

—El té se va a enfriar —informó el hombre, sonriendo alegremente—. ¡Bébaselo!

Claymore lo miró a los ojos. ¿Esa era su arma secreta?

—¿Es usted tonto?

El hombre no tuvo ocasión de responder porque se abrió una puerta que daba a la habitación principal, y el chico entró.

Tenía las mismas pecas y el mismo pelo castaño que el día anterior, pero su atuendo era de lo más raro. Llevaba un chaleco antibalas por encima de una camisa de manga larga gris oscuro. El pantalón también era gris, pero lo más extraño de su ropa eran los símbolos.

Tenía unas marcas sin sentido dibujadas en zonas aleatorias de la camisa y los pantalones. Parecía que hubiera dejado a un niño de cinco años desmadrarse con un rotulador verde.

—Doctor Claymore —dijo—, no se moleste en hablar con mi compañero. No le contará nada interesante.

Todo el nerviosismo y la inquietud parecían haber abandonado al chico. Estaba serio y resuelto, como cuando había intentado burlarse de Claymore en el auditorio.

Este miró al hombre y acto seguido volvió a mirar a Alabaster.

—¿Por qué no? ¿No es tu padre?

Alabaster se rio.

—No. —Se dejó caer pesadamente en el sofá y cogió una taza de té—. Es un nebuliforme. Lo creé para que hiciese de mi tutor y la gente no preguntase.

Claymore abrió mucho los ojos. Miró al hombre, que parecía totalmente ajeno a su conversación.

—¿Lo creaste? ¿Con magia, quieres decir?

Alabaster asintió con la cabeza, metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta en blanco. La puso sobre la mesa y le dio dos golpecitos.

El hombre, el nebuliforme, se desintegró delante de las narices de Claymore, se deshizo en vapor y fue absorbido por la tarjeta. Una vez que desapareció, Alabaster recogió la tarjeta, y el doctor vio que tenía impreso el tosco perfil verde de un hombre.

—Eso está mejor. —Alabaster forzó una sonrisa—. Se pone pesado al cabo de un rato. Sé que debe de ser difícil de asimilar para un mortal.

—Me las apañaré —dijo Claymore—. Me interesa más saber cosas de Lamia, sobre todo cómo matarla.

El chico suspiró.

—Ya le dije que no lo sé. Por eso le pedí ayuda. ¿Se acuerda de lo que le pregunté en el aparcamiento?

—¿Qué pasaría si alguien descubriese una forma de impedir la muerte? —repitió Claymore—. ¿Por qué es tan importante? ¿Tiene algo que ver con la capacidad de regeneración de Lamia?

—No, todos los monstruos se regeneran. Solo hay dos formas de matar a un monstruo: una es con algún tipo de metal divino; la otra, con una forma de magia que le impida regenerarse en este mundo. Pero matarla no es el problema; eso ya lo he hecho. El problema es que no se muere.

Claymore arqueó una ceja.

—¿Cómo que no se muere?

—Lo que oye —respondió Alabaster—. Si la mato, no sigue muerta por mucho que lo intento. Cuando la mayoría de los monstruos se desintegran, sus espíritus vuelven al Tártaro y tardan años, a veces siglos, en poder regenerarse. Pero Lamia vuelve enseguida. Por eso acudí a usted. Sé que ha investigado los aspectos espirituales de la muerte, probablemente más que nadie en el mundo. Esperaba que pudiera dar con una forma de que algo siga muerto.

Claymore lo pensó un instante y luego sacudió la cabeza.

—No hay nada que desee más que acabar con esa criatura, pero esto me supera. Necesito entender mejor vuestro mundo: cómo actúan esos dioses y monstruos, y las reglas de vuestra magia. Necesito datos.

Alabaster frunció el entrecejo y bebió un sorbo de té.

—Le contaré lo que pueda, pero es posible que no tengamos mucho tiempo. Lamia ve cada vez mejor a través de mis hechizos de ocultación.

Claymore se recostó.

—En mi sueño, Hécate dijo que fuiste miembro del ejército de Cronos. Seguro que hay otros miembros de tu ejército. ¿Por qué no les pides ayuda?

Alabaster negó con la cabeza.

—La mayoría están muertos. El verano pasado hubo una guerra entre los dioses y los titanes, y la mayoría de los mestizos (semidioses como yo) lucharon por los dioses del Olimpo. Yo luché por Cronos.

El chico respiró temblorosamente antes de continuar.

—Nuestro principal buque de transporte, el *Princess Andromeda*, fue arrasado por una facción enemiga de mestizos. Íbamos a invadir Manhattan, donde los dioses tienen su base. Yo estaba en el barco cuando los mestizos enemigos lo volaron por los aires. Solo yo sobreviví porque pude defenderme con un conjuro de protección. Después, en fin..., perdimos la guerra. Luché en el campo de batalla contra el enemigo, pero la mayoría de nuestros aliados huyeron. El mismísimo Cronos marchó sobre el Olimpo, pero murió a manos de un hijo de Poseidón. Después de la muerte de Cronos, los dioses del Olimpo aplastaron la resistencia que quedaba. Fue una masacre. Si mal no recuerdo, mi madre me dijo que el Campamento Mestizo y sus aliados tuvieron un total de dieciséis bajas. Nosotros tuvimos cientos.

Claymore observó a Alabaster. No se consideraba alguien empático, pero le dio pena aquel chico que había sufrido tanto a tan tierna edad.

—Si vuestras fuerzas fueron destruidas del todo, ¿cómo conseguiste escapar?

—No acabaron con todos nosotros. La mayoría de los mestizos que quedaron escaparon o fueron capturados. Estaban tan desmoralizados que se unieron al enemigo. Hubo una especie de amnistía general: un trato negociado por el mismo chico que mató a Cronos. Ese chico convenció a los dioses del Olimpo de que aceptasen a los dioses menores que habían seguido a Cronos.

—Como tu madre, Hécate —dijo Claymore.

—Sí —asintió Alabaster amargamente—. En el Campamento Mestizo decidieron aceptar a cualquier hijo de dioses menores. Nos construirían cabañas en el campamento y fingirían que no nos habían masacrado ciegamente por resistirnos. La mayoría de los dioses menores aceptaron el tratado de paz en cuanto los dioses del Olimpo lo propusieron, pero mi madre no. Verá, yo fui el único hijo de Hécate que sirvió a las órdenes de Cronos. Mi madre nunca tuvo muchos hijos, y yo era el más fuerte, de modo que mis hermanos siguieron mi ejemplo. Los convencí a casi todos de que luchasen, pero yo fui el único que sobrevivió. En esa guerra, Hécate perdió a más hijos que ningún otro dios.

—¿Por eso rechazó la oferta de los dioses? —aventuró Claymore.

Alabaster bebió otro sorbo de té.

—Sí. Al menos, la rechazó al principio. Yo la animé a que siguiera luchando. Pero los dioses decidieron que no querían que otra diosa rebelde les amargase la victoria, de modo que le propusieron un trato. Yo perdería para siempre su favor y la oportunidad de vivir en su campamento (era mi castigo por adoptar una actitud hostil), pero me perdonarían la vida si Hécate se unía a ellos. Es decir, que si no lo hacía, se asegurarían de que yo muriese.

Claymore frunció el ceño.

—De modo que ni siquiera los dioses le hacen ascos al chantaje.

Alabaster se quedó mirando la acogedora chimenea con una expresión de desagrado.

—Es preferible no imaginarlos como dioses. La mejor forma de pensar en ellos es como una mafia divina. Utilizaron la intimidación para obligar a mi madre a aceptar el trato. Y, de paso, para desterrarme del campamento a fin de que no pueda corromper a mis hermanos y hermanas. —Se terminó el té—. Pero no pienso inclinarme nunca ante los dioses del Olimpo después de las atrocidades que cometieron. Sus seguidores están ciegos. Jamás pondré el pie en su campamento, y si lo hiciera, solo sería para darle a ese hijo de Poseidón lo que se merece.

—Entonces no cuentas con ayuda —concluyó Claymore—. Y ese monstruo, Lamia, te persigue... ¿por qué?

—Ojalá lo supiera. —Alabaster dejó su taza vacía—. Desde que me exilié he luchado y matado a muchos monstruos que vinieron a por mí. Perciben a los semidioses de forma instintiva. Yo soy un semidiós solitario, lo que me convierte en un objetivo tentador. Pero Lamia es distinta. Ella es una hija de Hécate de la antigüedad. Parece que quiera vengarse de mí. Por mucho que la mato, no sigue muerta. Ha estado poniendo a prueba mi resistencia obligándome a ir de pueblo en pueblo. Ha forzado mis conjuros de protección al límite. Ya ni siquiera puedo dormir sin que ella intente atravesar mis defensas.

Claymore estudió al chico más atentamente y reparó en las ojeras que tenía. Debía de hacer días que no dormía.

—¿Cuánto hace que estás solo? —preguntó Claymore—. ¿Cuándo te desterraron?

Alabaster se encogió de hombros como si lo hubiera olvidado.

—Hace siete u ocho meses, pero parece más. El tiempo es distinto para los mestizos. Nosotros no tenemos las vidas fáciles de los mortales. La mayoría de los mestizos no pasan de los veinte.

Claymore no contestó. Incluso para él, era difícil de asimilar. Ese niño era un semidiós real, el hijo de un humano y de la diosa Hécate.

No tenía ni idea de cómo funcionaba esa forma de procreación, pero era evidente que funcionaba, porque el chico estaba allí, y estaba claro que no era un mortal corriente. Se preguntó si poseía la capacidad de regeneración de Lamia. Lo dudaba. Fueran hermanos o no, Alabaster se refería continuamente a Lamia como un monstruo. No era la clase de palabra que uno utilizaba para referirse a su familia.

El chico estaba verdaderamente solo. Los dioses lo habían desterrado. Los monstruos querían matarlo, incluido uno que era su hermana. Su único compañero era un hombre nebuliforme que saltaba de una tarjeta de siete por doce. Y, sin embargo, el niño había sobrevivido. Claymore estaba profundamente impresionado.

Alabaster empezó a servirse otra taza de té, pero de repente se quedó inmóvil. Uno de los símbolos escritos en su manga derecha estaba emitiendo un brillo verde.

—Lamia está aquí —murmuró—. Tengo suficiente poder para no dejarla entrar durante un rato, pero...

Se oyó un crujido como si una bombilla hubiese estallado, y el símbolo de su manga se hizo añicos como el cristal y emitió rayos de luz verde.

A Alabaster se le cayó la taza.

—¡Es imposible! No puede haber roto mi barrera con su magia a menos que... —Miró a Claymore—. Dioses míos. ¡Claymore, está utilizándolo a usted!

El doctor se puso tenso.

—¿Utilizándome? ¿Qué dices?

Antes de que Alabaster pudiese contestar, otra runa de su camisa explotó.

—¡Levántese! ¡Tenemos que irnos! Acaba de traspasar la barrera secundaria.

Claymore se puso en pie.

—¡Espera! ¡Dime! ¿Cómo me está utilizando?

—¡Usted no escapó de ella; ella le dejó irse! —Alabaster le lanzó una mirada fulminante—. ¡Lleva encima un conjuro que ha afectado a mis insignias mágicas! ¡Dioses, cómo he podido ser tan tonto!

Claymore apretó los puños. Lamia había sido más astuta que él.

Había estado tan ocupado tratando de comprender las reglas de ese mundo y pensar una estrategia que no había contemplado la posibilidad de que Lamia

utilizase una estrategia propia. Y ahora, gracias a sus errores, ella había podido alcanzar su objetivo.

Alabaster tocó suavemente a Claymore en el pecho.

—*Incanto: Aufero Sarcinam!*

Hubo otra explosión. Esta vez de la camisa de Claymore salieron disparados rayos de luz verde, y retrocedió tambaleándose.

—¿Qué has...?

—Elimino el conjuro de Lamia —explicó el chico—. Y ahora...

Tocó unas cuantas runas más de su atuendo, y todas se destruyeron. Como reacción, un símbolo de la pernera de su pantalón empezó a emitir un brillo verde.

—He reforzado las paredes interiores, pero no la retendrán mucho tiempo. Sé que usted quiere comprender, sé que quiere hacer más preguntas, pero no es necesario. No voy a dejarle morir. ¡Sígame! ¡Deprisa!

Hasta entonces se había sentido confundido, inquieto, asustado e increíblemente cabreado. Pero entonces experimentó una emoción que hacía años que no sentía. El gran y seguro doctor Claymore empezó a dejarse llevar por el pánico.

Había caído en la trampa. No había vencido tan fácilmente a Lamia. Todo había sido una treta urdida por ella para poder superar las defensas de Alabaster. Y lo había conseguido por su culpa.

El chico salió corriendo, y Claymore lo siguió murmurando todos los improperios que conocía... y no eran pocos.

Una parpadeante cúpula verde que no había visto antes cubría toda la casa y llegaba como mínimo hasta la mitad de la manzana. La luz verde parecía estar debilitando, y también la runa de la pierna de Alabaster.

Aunque momentos antes hacía un día radiante y soleado, los nubarrones cubrían ahora el cielo y bombardeaban la barrera con rayos.

Lamia se encontraba allí fuera, y esta vez no estaba jugando. Había venido a matarlos.

Claymore murmuró otro juramento.

El chico se detuvo cuando llegó a la calle y contempló el cielo.

—No podemos escapar. Nos tiene atrapados. Esta tormenta es un hechizo de amarre. No puedo hacerlo desaparecer mientras la barrera esté levantada. Huir no es una opción; tenemos que luchar.

Claymore lo miró con incredulidad.

—La camioneta de Black está aquí al lado. Podemos cogerla y...

—Y luego, ¿qué? —Le devolvió la mirada al doctor, que se quedó paralizado—. Por muy rápido que vayamos, lo único que haremos será ofrecerle un objetivo más grande. Además, eso es exactamente lo que ella espera que haga un mortal como usted. No se meta en esto. ¡Intento salvarle la vida!

Claymore le lanzó una mirada furibunda; le hervía la sangre. Había ido a ayudar a ese chico, no a quedarse parado como un inútil. Estaba a punto de protestar cuando la runa brillante de la pierna de Alabaster estalló en una llama. El chico hizo una mueca de dolor y cayó de rodillas. Por encima de ellos, la cúpula verde se hizo pedazos con el sonido de un millón de ventanas que se rompen.

—¡Hermano! —gritó Lamia por encima del rugido de un trueno—. ¡Estoy aquí!

Cayeron rayos a su alrededor que destrozaron postes eléctricos e incendiaron árboles.

El resto del mundo no parecía percatarse de nada. A pocas casas de allí, un hombre regaba su jardín. Al otro lado de la calle, una mujer salía de su todoterreno charlando por el móvil, ajena al hecho de que su arce estaba en llamas. La misma clase de llamas que habían matado al Recio. Por lo visto, para los mestizos y los monstruos, el mundo de los mortales no suponía más que daños colaterales.

Alabaster se obligó a levantarse y sacó una tarjeta del bolsillo. En lugar de un hombre, esa tarjeta tenía una espada dibujada toscamente. Cuando el chico dio unos golpecitos en el dibujo, empezó a brillar, y de repente la espada se volvió menos tosca.

Un sable de oro macizo brotó de la tarjeta, se materializó lanzando destellos y cobró forma en su mano. La espada tenía grabadas relucientes runas verdes como las de la ropa de Alabaster. Y aunque debía de pesar cincuenta kilos, el niño la cogió con una mano sin problemas.

—Póngase detrás de mí y no se mueva —dijo, plantando firmemente los pies en el suelo.

Por una vez en su vida, Claymore no intentó discutir.

—¡Lamia! —gritó Alabaster al cielo—. ¡Antigua reina del imperio libio e hija de Hécate! Eres mi objetivo, y mi espada te busca. *Incanto: Persequor Vestigium!*

Los símbolos de la espada de Alabaster resplandecieron todavía más intensamente, y todas las runas de su ropa brillaron como focos en miniatura.

Un *collage* de hechizos mágicos lo rodeó, y su cuerpo entero irradió poder.

Se volvió hacia Claymore, quien dio un paso atrás. Los ojos de Alabaster emitían un brillo verde, como los de Lamia.

El chico sonrió.

—No nos pasará nada, Claymore. Los héroes no mueren, ¿no?

Al doctor le dieron ganas de decir que, en realidad, en los mitos griegos los héroes morían siempre.

Pero antes de que pudiera recobrar el habla, un trueno retumbó, y Lamia apareció en el linde del césped.

Alabaster atacó.

Cuando levantó la espada, sintió algo que no sentía desde que había invadido Manhattan con el ejército de Cronos: estaba dispuesto a dar su vida por una causa. Había metido a Claymore en ese lío. No podía dejar que otro mortal muriese por culpa de ese monstruo.

Su primera estocada impactó a Lamia, y el brazo derecho de la criatura se deshizo en arena.

Para los monstruos normales, una herida como esa infligida con una espada de oro imperial habría supuesto una sentencia de muerte, pero Lamia se limitó a reír.

—¿Por qué insistes, hermano? Solo he venido a hablar...

—¡Mentira! —le espetó Alabaster, amputándole el brazo izquierdo—. ¡Eres una vergüenza para el nombre de nuestra madre! ¿Por qué no te mueres?

Lamia le sonrió con sus dientes de cocodrilo.

—No me muero porque mi señora me mantiene.

—¿Tu señora? —El chico frunció el ceño. Le daba la impresión de que no se refería a Hécate.

—Oh, sí. —Lamia esquivó su ataque. Sus brazos ya habían empezado a regenerarse—. Cronos fracasó, pero mi señora se ha alzado. Es más poderosa que cualquier titán o que cualquier dios. Ella destruirá el Olimpo y llevará a los hijos de Hécate a su edad de oro. Por desgracia, mi señora no se fía de ti. No te quiere vivo interfiriendo.

—¡Por mí, tú y tu señora podéis iros al Tártaro! —gritó Alabaster, partiendo limpiamente la cabeza de Lamia por la mitad—. ¿Ahora te alias con los dioses? ¿Te ha mandado Hera a matarme?

Las dos mitades de la boca de Lamia gimieron.

—¡No menciones ese nombre en mi presencia! ¡Esa vieja bruja acabó con mi familia! ¿No lo entiendes, hermano? ¿No has leído mis mitos?

Alabaster sonrió burlonamente.

—¡No me molesto en leer sobre monstruos inútiles como tú!

—¿Monstruo? —chilló ella mientras su cara se curaba—. ¡Hera es el monstruo! Ella destruye a todas las mujeres de cuyos maridos se enamora. ¡Caza a sus hijos por celos y despecho! ¡Mató a mis niños! ¡Mis niños!

El brazo derecho de Lamia se regeneró, y lo levantó delante de ella temblando de ira.

—Todavía puedo ver sus cuerpos sin vida delante de mí... Altea quería ser artista. Me acuerdo de la época en que fue aprendiz de los mejores escultores del reino... Era su protegida. Sus aptitudes rivalizaban con las de Atenea. Demetrio tenía nueve años; le faltaban cinco días para cumplir diez. Era un niño fuerte y maravilloso que siempre quería hacer sentir orgullosa a su madre. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para prepararse para el día que ocupase el trono de rey de Libia. Los dos se esforzaban mucho, y los dos tenían brillantes futuros por delante. Pero ¿qué hizo Hera? ¡Los asesinó brutalmente para castigarme por aceptar el cortejo de Zeus! ¡Ella es la que merece pudrirse en el Tártaro!

Alabaster blandió de nuevo la espada. Esta vez Lamia hizo lo imposible: detuvo la hoja atrapando el filo de oro imperial con su garra de reptil.

El chico trató de liberar la espada, pero ella la sujetaba firmemente y acercó su cara a la de él.

—¿Sabes qué pasó entonces, hermano? —susurró. El aliento le olía a sangre recién derramada—. Mi vida de reina había terminado, pero mi odio no había hecho más que empezar. Utilizando el poder de madre, creé un conjuro muy especial, uno que permitía a todos los monstruos del mundo percibir la impureza de los mestizos... —Sonrió—. ¡Cuando varios miles de vosotros muráis, Hera, la diosa de la familia, por fin entenderá mi dolor!

Alabaster contuvo el aliento.

—¿Qué has dicho?

—¡Sí, ya me has oído! ¡Yo fui la que convirtió vuestras vidas en una pesadilla! ¡Les concedí a los monstruos la capacidad de seguir a los semidioses! ¡Soy Lamia, la asesina de los impuros! Y cuando muráis, nuestros hermanos me seguirán como a su reina. ¡Se unirán a mí o morirán! Mi señora, la mismísima Madre Tierra, ha prometido que me devolverá a mis hijos. —Lamia se rio de placer—. ¡Volverán a vivir, y lo único que tengo que hacer es matarte!

Alabaster consiguió soltar la espada de un tirón, pero Lamia estaba demasiado cerca y estiró las garras para arrancarle el corazón. Hubo un repentino ¡BANG!, y el monstruo retrocedió tambaleándose con un agujero de bala en su escamoso pecho. Alabaster blandió la espada y partió a su hermana por la mitad a la altura de la cintura. Lamia se desmoronó en un montón de arena negra.

El chico miró hacia atrás a Claymore, que se encontraba a tres metros a su derecha con una pistola en la mano.

—¿Qué hace aquí? ¡Podría haberlo matado!

El doctor sonrió.

—He visto que te iba tan mal como a mí, así que he pensado en echarte una mano. Tenía que hacer algo con la última bala.

Alabaster lo miró asombrado.

—Dioses, qué arrogante es usted.

—Últimamente me lo dicen mucho. Voy a empezar a tomármelo como un cumplido. —Miró el cuerpo de Lamia, que estaba empezando a regenerarse—. Ahora mismo nos vendría bien una mopa. Resucitará en cualquier momento.

El semidiós trató de pensar, pero se sentía agotado. Se había quedado sin la mayoría de sus conjuros. Sus defensas estaban destruidas.

—Tenemos que largarnos de aquí.

Claymore negó con la cabeza.

—Huir no te ha servido de nada. Necesitamos un método para enfrentarnos a ella. Ha dicho que la mantenía con vida su señora...

—La Madre Tierra —apuntó Alabaster—. Gaia. Intentó derrocar a los dioses una vez en la antigüedad. Pero ¿de qué nos sirve eso?

Claymore recogió un puñado de arena negra y observó cómo se retorció tratando de regenerarse.

—Tierra... —meditó—. Si enviar a Lamia otra vez al Tártaro no da resultado, si no sigue muerta, ¿no existe una forma de encerrarla en esta tierra?

Alabaster frunció el entrecejo. Entonces se le encendió una bombilla.

Él esperaba que a ese hombre, ese genio, se le ocurriría una respuesta más compleja. Esperaba que si le hablaba a Claymore del inframundo y de lo que causaba la muerte a los monstruos, la mente más brillante del siglo pudiera decirle cómo matar para siempre a Lamia.

Pero la respuesta era mucho más sencilla. Claymore acababa de resolver el problema sin querer.

No podían matar a Lamia definitivamente. La diosa de la tierra Gaia la dejaría volver al mundo de los mortales una y otra vez. Pero ¿y si no intentaban enviarla al Tártaro? ¿Y si esa tierra se convertía en la cárcel de Lamia?

Alabaster lo miró a los ojos.

—¡Tenemos que volver a mi casa! Creo que se me ha ocurrido una forma de detenerla.

—¿Estás seguro? —preguntó Claymore—. ¿Cómo?

El chico negó con la cabeza.

—¡No hay tiempo! Tenemos que ir a buscar el cuaderno que está en mi mesita de noche. Si lo conseguimos, podremos detenerla. ¡Vamos!

Claymore asintió con la cabeza y corrieron hacia la puerta principal.

Alabaster había tenido desde el principio el poder para detener a Lamia y no lo había sabido. Pero ahora tenía la respuesta. Y no había monstruo en el mundo que pudiera detenerlo.

Claymore estaba cansado de correr.

Su joven amigo Alabaster parecía capaz de seguir durante kilómetros a pesar de la espada de cincuenta kilos con la que cargaba. Y eso que hacía semanas que el niño soportaba los ataques de Lamia.

El doctor no se encontraba tan bien. Él solo llevaba unas horas tratando de escapar de esa criatura, pero estaba a punto de desplomarse. Los mestizos debían de estar hechos de un material más resistente que los humanos.

Alabaster cruzó la sala de estar a toda velocidad. Miró atrás sonriendo de oreja a oreja e indicó con la mano a Claymore que se diera prisa.

—¡Estaba aquí desde el principio! ¡Dioses, ojalá lo hubiera sabido!

Un trueno retumbó afuera, y el doctor frunció el ceño.

—Deja la charla para cuando hayamos ganado. Esperemos que tu bala mágica funcione.

Alabaster asintió con la cabeza.

—¡Estoy seguro! Toda forma de invencibilidad tiene un punto débil. Los tanques tienen una escotilla, Aquiles tenía un talón, y Lamia tiene el suyo.

Al ver su expresión, Claymore estuvo a punto de sonreír. Ese era el chico despreocupado que debía ser; no un guerrero mestizo cuya esperanza de vida era de veinte años. Parecía un chaval de dieciséis años normal con una vida entera por delante...

Tal vez cuando Lamia muriese, Alabaster podría vivir esa vida. Tal vez, si los dioses le permitían disfrutarla...

Pero ¿qué iba a hacer él? Había dedicado toda su vida a buscar una respuesta a la muerte, y durante el último día había descubierto que todo lo que había llegado a creer era mentira. O, mejor dicho, que las mentiras que había descartado toda su vida eran verdad.

¿Cómo se suponía que iba a cambiar las cosas ahora? ¿Cómo un hombre maduro sin poderes especiales podía influir en un mundo de dioses y monstruos?

Su antigua vida parecía carente de sentido: sus plazos de entrega, sus firmas de libros... Esa vida se había esfumado junto con su portátil en Black's Coffee. ¿Habría en ese nuevo mundo un sitio para un mortal como él?

Alabaster lo llevó por la escalera hasta un pequeño cuarto. Las paredes estaban llenas de las mismas runas verdes que el chico llevaba en su ropa. Todas se encendieron cuando él entró y cogió el cuaderno de la mesita de noche.

—Este es un conjuro abreviado —explicó—. Estoy seguro de que funcionará. ¡Tiene que funcionar!

Se volvió hacia Claymore, que esperaba en la puerta. La sonrisa de Alabaster se esfumó. Su expresión se tornó de horror.

Una fracción de segundo más tarde el doctor comprendió por qué. Unas garras frías le pincharon en la nuca y la voz de Lamia crujió junto a su oído.

—Como pronuncies una palabra de ese conjuro, lo mataré —amenazó—. Suelta el cuaderno y, a lo mejor, le perdono la vida.

Claymore miró fijamente al chico esperando que leyera el hechizo igualmente, pero Alabaster soltó el cuaderno como un tonto.

—¿Qué haces? —Gruñó el hombre—. ¡Lee el hechizo!

El chaval se quedó inmóvil, como si mil personas lo estuvieran mirando.

—No... no puedo... Ella...

—¡No pienses en mí! —chilló Claymore, mientras Lamia le clavaba más las uñas en el cuello.

Entonces la criatura le susurró al oído:

—*Incanto: Templum Incendere.*

El cuaderno caído a los pies de Alabaster estalló en llamas.

—¿Qué haces, idiota? —gritó Claymore al chico—. ¡Eres más listo, Alabaster! ¡Si no lees el hechizo, tú también morirás!

Una lágrima descendió por la mejilla del joven.

—¿No lo entiende? No quiero que nadie más muera por mi culpa. ¡Yo llevé a la muerte a mis hermanos!

Claymore frunció el entrecejo. ¿Es que no veía que el cuaderno estaba ardiendo?

Lamia reía a carcajadas mientras la portada del cuaderno se rizaba hasta convertirse en cenizas. Las páginas no durarían mucho más. No había tiempo para convencer a ese terco chaval. Claymore tendría que empujarlo a actuar.

—Alabaster..., ¿qué pasa cuando morimos?

—¡No diga eso! —gritó el chico—. ¡No le va a pasar nada!

Pero el doctor negó con la cabeza. Él era lo único que impedía que Alabaster leyera el cuaderno, de modo que estaba claro lo que tenía que hacer. Tenía que acabar con el último obstáculo que se interponía en su camino.

Para vengar al Recio, para salvar a ese niño de los dioses, sabía lo que tenía que hacer.

—Alabaster, tú me dijiste que los héroes no mueren. Puede que tengas razón, pero te aseguro una cosa. —Claymore lo miró a los ojos—. Yo no soy un héroe.

A continuación, empujó con fuerza hacia atrás y él y Lamia cayeron al pasillo. Claymore se dio la vuelta e intentó luchar contra el monstruo, confiando en darle unos segundos a Alabaster, pero sabía que no podía ganar el combate.

Oyó el grito de horror del chico muy lejos. Entonces se sumió en otro mundo. La fría mano de la muerte envolvió a Howard Claymore como una cárcel helada.

No había un barquero esperándolo, ni siquiera un bote. Fue arrastrado a través del agua glacial de la Laguna Estigia, empujado hacia el castigo que le aguardaba por la vida que había llevado.

Podía alegar que era un hombre de motivos puros que intentaba divulgar el sentido común, pero hasta él sabía que no era verdad. Había descartado la mera idea de la existencia de los dioses y había tenido una actitud desdeñosa para con todo aquel que idolatraba a uno. Se había burlado de todos, pero si había aprendido algo en las últimas seis horas, era que esos dioses no tenían sentido del humor.

Lo peor de todo, pensaba mientras era arrastrado por la corriente helada, era que, como Alabaster no era enemigo de los dioses, Claymore podría haber sido recibido como un héroe por salvar la vida del chico.

Pero el destino tenía otros planes para él. Cuando fuese juzgado, también tendría que ser castigado por ayudar a un traidor.

En realidad, era irónico. Había muerto haciendo algo bueno, pero podía ser condenado a una eternidad en las tinieblas. Eso era lo que temía de niño: morir y que lo rechazasen en el cielo.

Sin embargo, mientras flotaba por las frías aguas, tenía una sonrisa en el rostro.

El hecho de que Alabaster no hiciera el viaje con él indicaba una cosa: que Lamia no lo había matado. Sin el obstáculo de un rehén, seguro que había leído el hechizo por pura rabia y había vencido a su maléfica hermana.

Y con eso le bastaba a Claymore, le impusieran el castigo que le impusieran los dioses.

Él sería ahora el último en reír, y por el resto de la eternidad.

Pero, sorprendentemente, el destino no le deparó esa suerte. Una luz brilló trémula en la oscuridad por encima de él y se fue volviendo más intensa y más cálida. Una mano descendió hasta él: una mano de mujer tendida a través de la oscuridad. Como era un hombre de lógica, hizo lo más lógico. La cogió.

Una vez que se le acostumbraron los ojos, vio que estaba en una iglesia. No la resplandeciente iglesia sagrada del cielo, sino una que se había desmoronado. Era la misma capilla sucia y cubierta de polvo que había visto en sueños. Y rezando ante el altar se hallaba la joven con ropa ceremonial: la madre de Alabaster, la diosa Hécate.

—Supongo que espera que le dé las gracias por salvarme la vida —dijo Claymore.

—No —contestó ella solemnemente—. Porque no le he salvado la vida. Sigue usted muerto.

El primer impulso de Claymore fue protestar, pero no lo hizo. No hace falta ser un genio para saber que no te late el corazón.

—Entonces, ¿qué hago aquí? ¿Por qué me ha traído a este sitio?

Se acercó al altar y se sentó en el polvo, al lado de Hécate, pero ella no lo miró. Siguió rezando con los ojos cerrados. Su rostro era como el de una estatua griega: pálido, hermoso y eterno.

—Los he salvado a ellos —dijo—. A mis dos hijos. Me odiará por ello.

Los dos... Había salvado a Lamia...

Claymore supuso que no era prudente gritarle a una diosa, pero no pudo evitarlo.

—¿Le dijo a Alabaster que no podía interferir! —chilló—. Después de todo lo que he sacrificado para ayudar a ese chico, ¿interviene en el último momento y salva a ese monstruo?

—No quiero que muera ningún hijo mío más —dijo Hécate—. La solución de Alabaster habría funcionado. Gracias a su muerte desinteresada, a mi hijo le dio tiempo de salvar el cuaderno y buscar el hechizo. Era un conjuro de amarre: lo contrario de un hechizo pensado para curar y fortalecer un cuerpo vivo. Si se lo hubiera lanzado a Lamia, habría quedado reducida a un montón de polvo negro, pero no habría muerto. Ni tampoco se habría regenerado. Habría seguido viva eternamente como un montón de polvo negro. Yo lo impedí antes de que ocurriera.

Claymore parpadeó. La solución del chico habría sido brillante a la vez que sencilla. Lo admiró más que nunca.

—¿Por qué no le dejó hacerlo? —preguntó—. Lamia es una asesina. ¿No se merecía el castigo de Alabaster?

Hécate tardó en contestar. Apretó más las manos.

Después de lo que a Claymore le pareció un silencio eterno, la diosa susurró:

—Usted le cae bien a Alabaster. He visto lo feliz que le hace. Será porque a los dos nos recuerda a su padre. —Sonrió débilmente—. Mi hijo siempre quiere que su madre se sienta orgullosa de él, aunque a veces puede ser imprudente. Pero Lamia también tuvo un pasado difícil. Ella no pidió el destino que le tocó. Quiero verla feliz como a Alabaster.

—¿Me ha traído aquí para decirme esto? —preguntó Claymore arqueando una ceja—. ¿Para decirme que todos mis esfuerzos han sido en vano?

—No lo serán, doctor. Porque voy a hacer que cuide de mi hijo.

Él la observó con curiosidad.

—¿Y cómo voy a hacerlo si estoy muerto?

—Mi principal cometido como diosa es mantener la Niebla, la barrera mágica entre el mundo de los dioses del Olimpo y el de los mortales. Yo mantengo separados los dos mundos. Cuando los mortales alcanzan a ver algo mágico, planteo alternativas oportunas para que se las crean. Alabaster también tiene poder sobre la Niebla. Seguro que le ha enseñado algunas de sus creaciones: unos símbolos que se pueden convertir en objetos sólidos.

—Los nebuliformes. —Claymore se acordó del padre falso y la espada dorada—. Sí, me hizo una demostración.

La expresión de Hécate se volvió más seria.

—Últimamente, las fronteras entre la vida y la muerte se han desdibujado por culpa de la diosa Gaia. Así es como hace volver tan rápido del inframundo a los monstruos que le sirven y como consigue que se regeneren casi en el acto. Pero yo puedo utilizar esa debilidad en nuestro provecho. Podría devolver su alma al mundo en un cuerpo nebuliforme, doctor. Me consumiría mucho poder, pero podría darle una nueva vida. Alabaster siempre ha sido terco e impaciente, pero si usted estuviera a su lado, podría guiarlo.

Claymore miró fijamente a la diosa. Volver a la vida como nebuliforme... Tenía que reconocer que pintaba mejor que un castigo eterno.

—Si tanto poder tiene, ¿por qué no separó a Lamia y Alabaster antes? ¿No ha sido innecesaria mi muerte?

—Lamentablemente, doctor, su muerte ha sido muy necesaria —dijo Hécate—. La magia no puede crear algo a partir de la nada. Hace uso de lo que ya existe. Un sacrificio noble genera una poderosa energía mágica. Yo he utilizado esa fuerza para separar a mis hijos. En efecto, su muerte me ha permitido salvarlos a los dos. Y lo más importante, Alabaster ha aprendido algo de su muerte. Y sospecho que usted también.

Claymore se mordió la lengua. No entendía que su muerte se utilizase como lección.

—¿Y si vuelve a pasar? —preguntó—. ¿No seguirá yendo Lamia a por su hijo?

—A corto plazo, no —respondió Hécate—. Alabaster tiene ahora un poderoso hechizo para vencerla. Ella no cometería la imprudencia de atacar.

—Pero con el tiempo encontrará una forma de contrarrestar ese hechizo —aventuró Claymore.

Hécate suspiró.

—Puede que ese momento llegue. Mis hijos siempre han luchado entre ellos. El más fuerte dirige a los demás. Alabaster se sumó a la causa de Cronos y llevó a sus hermanos a la guerra. Se culpa de sus muertes. Ahora Lamia se ha alzado para cuestionar su liderato, confiando en que los hijos de la magia la sigan bajo el estandarte de Gaia. Tiene que haber otra salida. Los demás dioses nunca se han fiado de mis hijos, pero la rebelión de Gaia no traerá más que sangre. Alabaster debe dar con otra solución: un nuevo arreglo que lleve la paz a mis hijos.

Claymore vaciló.

—¿Y si no les interesa la paz?

—Yo no tomaré partido —dijo ella—, pero espero que con usted allí para orientarlo, Alabaster tome la decisión correcta, una decisión que conduzca a

mi familia a la paz.

Un motivo para vivir, pensó Claymore. Una forma de que un hombre mortal sin poderes especiales influya en el mundo de los dioses y los monstruos.

Sonrió.

—Me parece un reto. Muy bien, acepto. Y aunque no seré más que un nebuliforme, me aseguraré de que él triunfe.

Se levantó. Estaba a punto de salir por la puerta de la iglesia, pero se detuvo.

Aunque estuviera muerto, la respuesta que buscaba se hallaba delante de sus narices.

—Tengo una pregunta más que hacerle, Hécate. —Se armó de valor para hablar, como debió de hacer Alabaster ante el público en la charla que él había dado—. Si usted es una diosa, ¿a quién está rezando?

Ella se detuvo un momento, se volvió hacia él y abrió sus brillantes ojos verdes. Entonces, como si la respuesta fuera obvia, sonrió y dijo:

—Espero que lo averigüe.

Alabaster se despertó en un campo. Todas las runas de su ropa se habían destruido, y su chaleco antibalas tenía tantos cortes que estaba inservible.

Sin embargo, sorprendentemente se encontraba bien.

Se quedó tumbado en la hierba un instante tratando de averiguar dónde estaba. Lo último que recordaba era a Claymore chocando contra el monstruo, las garras de Lamia cerrándose sobre el cuello del doctor, el cuaderno en llamas, el conjuro... Se disponía a lanzar el hechizo y entonces... había despertado allí.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó las tarjetas de los nebuliformes, pero todas las inscripciones se habían convertido en manchas negras: gastadas, como el resto de su magia.

Entonces la silueta de un hombre apareció a su lado tapando la luz del sol. Le tendió una mano para ayudarlo a levantarse.

—¿Claymore? —Alabaster se animó enseguida—. ¿Qué le ha pasado? Creía... ¿Qué hace aquí?

El doctor le dedicó una sonrisa que le duraría el resto de la vida.

—Vamos —dijo—. Creo que los dos tenemos cosas que investigar.



RICHARD RUSSELL RIORDAN nació el 5 de junio de 1964 en San Antonio, Texas (Estados Unidos). Estudió inglés e historia en la Universidad de Texas. Ejerció la docencia antes de alcanzar el éxito literario con la serie de novelas de fantasía protagonizadas por Percy Jackson, un adolescente que descubre que es hijo del dios mitológico Poseidón.

Rick Riordan es un autor de fantasía, misterio y literatura juvenil, conocido principalmente por su serie de libros acerca de Percy Jackson y los dioses del Olimpo. Ha recibido diversos galardones para sus relatos de misterio, como un Premio Edgar, y ha publicado en revistas como *Ellery Queen*.

También escribió la serie de misterio dedicado para el público adulto *Tres Navarres*, y ayudó en la edición de *Demigods and Monsters*, una colección de ensayos sobre el tema de su serie Percy Jackson. La mayoría de sus libros están basados sobre las mitologías griega, romana y egipcia, y la trama ambientada sobre la época actual.